

NO LO PENSÉS MÁS

¡SUSCRIBÍTE!

Y RECIBÍ UN
REGALO

Recibís la V. donde vos querés y con el pago de la suscripción te llevás gratis un montón de números atrasados a elección. Si además sos de Capital Federal o Gran Buenos Aires te llevás un libro como obsequio.

También podés regalarle la suscripción a algún amigo, familiar, pareja o a quien se te ocurra y se la llevamos el día que vos decidás. Basta de regalar siempre CDs y libros. Ahora podés ser original y regalar una suscripción de la mejor revista culturalmente incorrecta.

VALOR DE LAS
SUSCRIPCIONES:

Suscripción por cuatro
números: 24 pesos. (Regalo:
tres ejemplares atrasados)

Suscripción por seis números:
35 pesos (Regalo: cuatro números
atrasados y un libro)

Dos suscripciones de seis
números: 60 pesos (Regalo: ocho
números atrasados y dos libros)

LLAMÁNOS
953-4476

Año VIII Nº32 \$ 5.90.-

V DE VIAN

[REVISTA CULTURALMENTE INCORRECTA]

Especial ficción

Boris Vian

Ian McEwan

Philippe Djan

Alberto Laiseca

Jean Rhys

Ana Lydia Vega

Raymond Queneau

Guillermo Martínez

Etc, Etc.

Crónicas de motel

me encontré con la doble de la Estrella
al abrirse hacia los lados la puerta del ascensor
y yo salía
y ella entraba
a las cuatro de la madrugada
y vi que estaba absolutamente pirada
le pregunté qué había tomado
dijo 6 Valium y Vino Blanco
porque hoy era el último día de rodaje
y le pareció que había que celebrarlo
cogiendo con algún tipo del equipo
y colocándose
porque éste era su pueblo
y ella iba a quedarse
mientras nosotros nos íbamos
y la tortura de no ser más que una doble
dejada atrás
en un pueblo en el que le dolía haber nacido
estaba destrozándola ahora
de verdad
y eso hizo que volviera a avergonzarme
de trabajar como actor en una película
y provocar ilusiones tan estúpidas
de modo que me la llevé a la habitación
sin planes con respecto a su cuerpo
y ella se sintió desesperadamente decepcionada
intentó arrojarse por la ventana
y le dije que no valía la pena
no es más que una película estúpida
no tan estúpida, dijo ella, como la vida

SAM SHEPARD

Staff

Año VIII N°32 febrero 1998

Director Sergio S. Olguín

Equipo Elvio E. Gandolfo
Christian Kupchik
Santiago Pazos
Gisel Picca
Pedro B. Rey
Cecilia Szperling
Claudio Zeiger

Coordinación Diana Arbiser

Producción Carolina Sitnisky
Gráfica

Fotografía Diana Arbiser
Mónica Hasenberg
Lucía Vassallo

Colaboran Enrique Butti
Daniel Collico Savio
Belén Gache
Guillermo Martínez
Patricia Suárez
Ramón Tarruella

Embajadora Karina Galperín
en Harvard

Diseño Gabriel Miró
de logotipo

Aplicaciones Eduardo Arechaga

CON V DE VIAN ES PUBLICADA POR VIAN EDI-
CIONES. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTE-
LECTUAL EN TRAMITE. PROHIBIDA SU
REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL SIN
AUTORIZACIÓN PREVIA. LAS NOTAS FIRMA-
DAS REPRESENTAN LAS OPINIONES DE SUS
AUTORES Y NO NECESARIAMENTE DE LA
REVISTA. REDACCIÓN: ALSINA 2260 3º E. TE-
LÉFONO: 953-4476. IMPRESO EN: EDITO-
RIAL TRENQUE LAUQUEN (FOTOMECÁNICA).
DISTRIBUCIÓN: MOTOR PSICO.

CAPITAL FEDERAL
REPÚBLICA ARGENTINA
TERCER MUNDO

Correspondencia a:
Alsina 2260 3º E
1090 - Capital
E-Mail:

vdevian@ciudad.com.ar

Sumario 32

4/ El ABC de los escritores:
confesiones varias y polémicas.

8/ Guillermo Martínez: *teoría
del cuento.*

10/ Boris Vian
14/ Alberto Laiseca

18/ Jean Rhys
22/ Patricia Suárez

24/ Ana Lydia Vega
26/ Philippe Djan

30/ Gisel Picca
33/ Ian McEwan

40/ Ramón D. Tarruella
42/ Enrique Butti

48/ Raymond Queneau
50/ Anónimo

Modelo de Tapa, Contratapa y
Sumario: Cameron Diaz

El ABC de los escritores

SELECCIÓN: SERGIO S. OLGUÍN

Una vez más, la V. recurre a los excelentes tomos de Confesiones de escritores (editados por El Ateneo) para conocer la opinión de novelistas y cuentistas sobre el arte de la escritura. A los tomos ya aparecidos de Narradores (I, II y Latinoamericanos), Poetas y Mujeres escritoras se acaba de agregar el dedicado a los Críticos. En esta selección sólo tomamos a los narradores y escritoras. Guardamos el resto para la próxima.

Apreciación

La apreciación del arte es una erección moral; de otro modo, es mero diletantismo. (Jean Cocteau)

Comentarios

Aunque los hechos nunca se vuelven obsoletos ni rancios, los comentarios sí, siempre. Cuando un escritor trata de explicar demasiado, o de psicologizar, desde el principio esta desfasado. Imagínese a Homero explicando los actos de sus héroes según la antigua filosofía griega, o la psicología de su época. (Isaac Bashevis Singer)

Contradicciones

No estoy en contra de la contradicción... ¡estoy absolutamente a favor! La contradicción es uno de los motores de la ficción. (Alain Robbe-Grillet)

Correcciones

A medida que pasa el tiempo, corrijo cada vez menos. Cuando era joven, solía escribir tres veces más de lo que terminaba siendo el resultado final. Si escribía un cuento, tenía tres veces la extensión de la extensión final. Pero eso fue cuando recién empezaba a escribir. Los cuentos son una maravillosa disciplina para evitar el exceso de escritura. Una se acostumbra a eliminar lo innecesario. (Nadine Gordimer)

Críticos

No es bueno cuando un escritor es al mismo tiempo crítico.

No importa si escribe una reseña de tanto en tanto, o hasta un ensayo sobre crítica. Pero si se dedica todo el tiempo a esa clase de análisis y se gana el pan con eso, puede convertirse en parte de su escritura: es muy malo cuando un escritor es medio escritor y medio crítico. Escribe ensayos sobre sus personajes en vez de contar una historia. (Isaac Bashevis Singer)

Dificultades

La dificultad de escribir—entre las dificultades—es escribir en un lenguaje que funcione silenciosamente sobre la página para un lector que no escucha nada. Para lograrlo, hay que trabajar muy cuidadosamente con lo que está entre las palabras. Con lo que no se dice. La medida, el ritmo, y todo eso. Así, lo que una no escribe suele ser lo que da poder a lo que escribe. (Toni Morrison)

Una de las cosas más difíciles es el primer párrafo. Me he pasado muchos meses con un primer párrafo, y una vez que lo tengo, el resto sale muy fácilmente. En el primer párrafo uno resuelve casi todos los problemas del libro. Al menos en mi caso, el primer párrafo es una especie de muestra de lo que será el resto del libro. Por eso escribir un libro de relatos es mucho más difícil que escribir una novela. Cada vez que uno escribe un relato hay que empezar todo de nuevo. (Gabriel García Márquez)

"Dijo él"

No puedo soportar más todo ese dijo él/dijo ella. Y si no logro que los lectores sepan quién habla por el tono de voz, por las expresiones, bien, entonces he fallado. Y no puedo hacer nada al respecto. (Nadine Gordimer)

Dinero

El escritor no necesita independencia económica. Todo lo que necesita es un lápiz y un poco de papel. Nunca supe de ninguna buena obra literaria que haya existido como consecuencia de hacer aceptado dinero gratis. El buen escritor nunca se presenta a becas o fundaciones. Está demasiado preocupado escribiendo algo. (William Faulkner)

Vivir en una buhardilla no le hace a nadie ningún bien, a menos que una sea una especie de Keats. La gente que vivía y escribía bien en los '20 estaban desahogados y vivían tranquilos. Eran capaces de descubrir relatos y novelas, y buenos, en conflictos que surgían de dos millones de dólares por año, no de una buhardilla. En cuanto a mí, me gustaría tener dinero. Y me gustaría ser una buena escritora. Esas dos cosas pueden venir juntas y espero que así sea, pero si eso es demasiado pedir, preferiría tener dinero. Odio a casi todas las personas ricas, pero creo que yo sería encantadora. (Dorothy Parker)

Economía

Yo escribo de manera muy diferente que Borges, pero la gran lección que me dio es la econo-

mía. Cuando empecé a leerlo, siendo muy joven, me enseñó que uno debía tratar de decir lo que quería con economía, pero con una economía bella. Esa es la diferencia, tal vez, entre una planta, que sería considerada barroca, con su multiplicación de hojas, casi siempre muy bella, y una piedra preciosa, un cristal... eso es para mí todavía más bello. (Julio Cortázar)

Editor

Supongo que con editor usted se refiere al corrector de pruebas. Entre estos últimos he conocido algunas criaturas límpidas, de tacto y ternura ilimitados que han discutido conmigo un punto y coma como si se tratara de una cuestión de honor... que es lo que suele ser con frecuencia una cuestión de arte. Pero también me he cruzado con algunos pomposos brutos sobreprotectores que intentaron hacerme "sugerencias", a las que yo respondí con un atronador "¡tal como está!". (Vladimir Nabokov)

Los editores que son buenos son realmente útiles. Es como un sacerdote o un psiquiatra: si a una le toca uno malo, está mejor sola. Pero hay editores tan raros e importantes que vale la pena buscarlos, y una siempre se da cuenta cuándo le ha tocado uno de esos. (Toni Morrison)

Entretenimiento

El arte es una forma de entretenimiento ¿no? Tanto para el productor como para el consumi-



Morrison

dor. Quiero decir que de cierto modo es lo mismo que el billar o jugar a las cartas o al bowling... es sólo una forma diferente—yo diría más elevada—de entretenimiento. (Raymond Carver)

Estilo

Nunca me ha gustado la concepción convencional de "estilo". Lo que resulta confuso es que el estilo usualmente significa alguna forma de escritura fantástica... cuando la gente dice, oh, sí, Fulano es un "maravilloso estilista". Pero si por estilo nos referimos a la voz, la irreductible y siempre reconocible cosa viva, entonces por supuesto que el estilo lo es todo. (Mary McCarthy)

Excusas

Conozco a mucha gente que todo el tiempo se queja: "Oh, me gustaría escribir mi novela, pero tengo que vender la casa, y después están los impuestos... ¿qué voy a hacer?" Razones como: "Trabajo en la oficina todo el día, ¿cómo pretenden que escriba?" Yo trabajaba todo el día en la UNESCO y después, al volver a casa, escribía Rayuela. Cuando uno quiere escribir, escribe. Si uno está condenado a escribir, escribe. (Julio Cortázar)

Éxito

Nada puede destruir a un buen escritor. Lo único que puede alterar al buen escritor es la muerte. Los que son buenos no tienen tiempo de preocuparse por el éxito ni por hacerse ricos. El éxito es femenino y, como una mujer, si uno se doblga ante ella, lo aplastará. Así que la manera de tratarla es darle la espalda. Entonces tal vez se arrastre ante uno. (William Faulkner)



Burgess

Fórmula

Noventa y nueve por ciento de talento... Noventa y nueve por ciento de disciplina... Noventa y nueve por ciento de trabajo. Nunca hay que estar satisfecho con lo que se hace. Nunca es tan bueno como podría serlo. Siempre hay que soñar y apuntar más alto de lo que es posible hacer. No hay que preocuparse simplemente por ser mejor que los contemporáneos o los predecesores. Hay que tratar de ser mejor que uno mismo. (William Faulkner)

Horarios

¡Siéntese a escribir! Usted es escritor, ¿no es verdad? ¡Voilà! Lo he intentado. El resultado no sirve para nada. Nunca es bueno. Claudel sentado ante su escritorio de 9 a 12. ¡Es imposible trabajar así! (Jean Cocteau)

Nunca puedo escribir regularmente. Nunca he podido hacerlo... en particular porque siempre he tenido un empleo de nueve a cinco. He tenido que escribir o bien fuera de esas horas, apresuradamente, o pasarme escribiendo casi todo el fin de semana o antes del amanecer. (Toni Morrison)

Adoro la rutina. No puedo desviarme de ella. Tengo que hacer lo mismo cada día. Me lleva mucho tiempo despertarme, así que de mañana escribo cartas, reviso traducciones... cosas que no me exijan demasiado. A mediodía voy a la playa a nadar durante veinte minutos. Vuelvo, como y descanso un rato. Sin esa siesta no tengo posibilidad creativa. De cuatro a ocho trabajo verdaderamente. Después ceno, y eso es todo. No puedo trabajar después de comer. Paro y veo algo por video. Odio interrumpir esta rutina los fines de semana. Después

me resulta muy duro volver a trabajar. (Manuel Puig)

Imaginación

¿Qué es la imaginación? A la larga, sólo se trata de alcanzar cierto grado de generalidad, de verdad acerca de lo que existe, acerca de lo que una realmente vive. Las obras que no están basadas en la realidad no me interesan, a menos que sean absolutamente extravagantes, por ejemplo las novelas de Alejandro Dumas o de Victor Hugo, que son una suerte de épicas. Pero las historias "inventadas" no son para mí obras de imaginación, sino más bien obras de artificio. (Simone de Beauvoir)

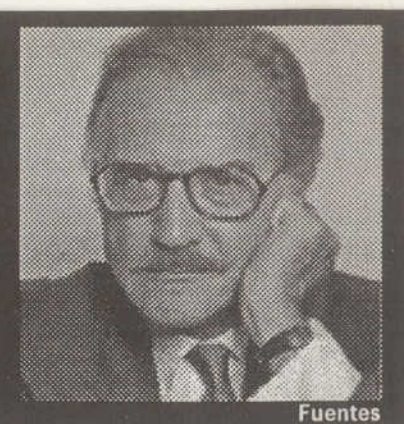
Infelicidad

Escribir se considera una profesión, y yo no creo que sea una profesión. Creo que alguien que no necesite ser un escritor, que crea que puede ser alguna otra cosa, debe hacer otra cosa. Escribir no es una profesión sino una vocación de infelicidad. No creo que un artista pueda ser feliz. (Georges Simenon)

Lector

No puedo ponerme en lugar del lector, ni saber qué es lo que él está buscando, lo que ve. Nunca pienso en el lector cuando escribo. De otro modo escribiría cosas que le vienen bien, que lo complacen. Y durante años al lector no le gustaron mis cosas, no le interesaron. (...) Basta con tener un sólo lector que se dé cuenta de lo que una quiere hacer. (Nathalie Sarraute)

¿Dónde hubiera llegado Shakespeare si sólo hubiese pensado en un público especializado? Lo que él intentó fue gustar en todos



Fuentes

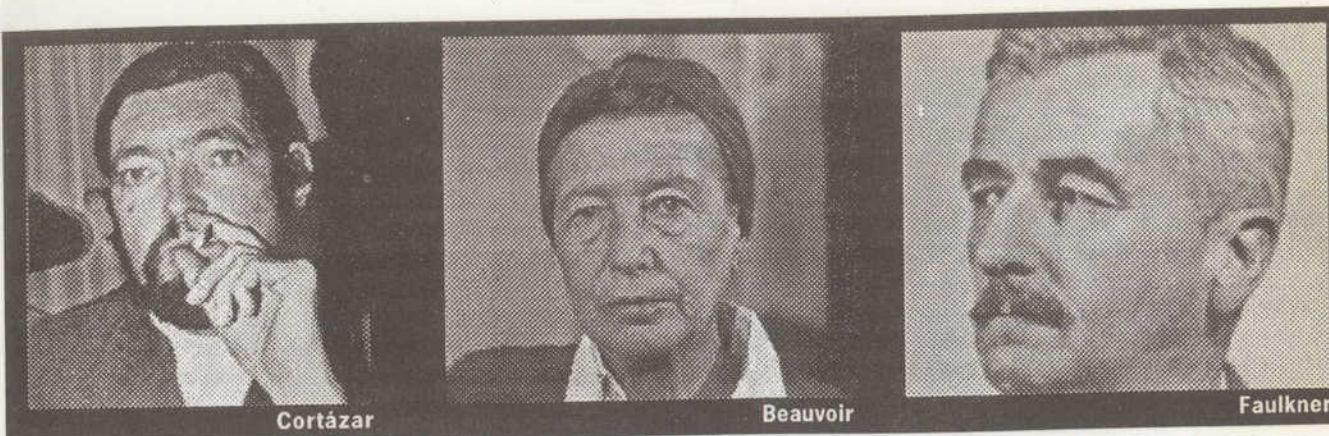
los niveles. Con algo para los intelectuales más sofisticados (que habían leído a Montaigne) y mucho más para aquellos que sólo podían apreciar el sexo y la sangre. (Anthony Burgess)

Limitaciones

Los escritores escriben lo que pueden. El acto de escribir es una función que se torna efectiva solamente si permite al escritor expresar sus propio yo interior. Un escritor siente varias clases de limitaciones... limitaciones literarias tales como el número de versos en un soneto, o las leyes de la tragedia clásica. Estas limitaciones son parte de la estructura de la obra, y dentro de ella la personalidad del escritor tiene libertad para expresarse. Pero después hay limitaciones sociales, tales como los deberes religiosos, éticos, filosóficos y políticos. Estas limitaciones no pueden imponerse directamente a la obra, sino que deben ser filtradas a través del yo interior del escritor. Sólo cuando forman parte de la verdadera personalidad del escritor pueden encontrar su lugar en la obra sin asfixiarla. (Italo Calvino)

Literario

Yo estaba escribiendo cuentos para *Le Matin*, donde en ese momento Colette se desempeñaba como editora literaria. Recuerdo que le di dos cuentos y ella me los devolvió, y yo volví a intentarlo un par de veces más. Finalmente ella me dijo: "Mira, es demasiado literario, siempre demasiado literario". Así que seguí su consejo. Es lo que hago cuando escribo, y el trabajo principal cuando reescribo. (...) Elimino adjetivos, adverbios y cualquier pa-



Cortázar

Beauvoir

Faulkner

labra que esté allí solamente para causar un efecto. Cada oración que esté allí solamente por la oración misma. Ya sabe, una oración bella... hay que eliminarla. Cada vez que encuentro algo así en una de mis novelas debo eliminarlo. (Georges Simenon)

Mente

Si no se tiene una mente que piense ideas frías, frías, que una puede vestir con cualquier estado de ánimo, entonces no hay nada. Tienen que ser ideas frías, frías. Quiero decir frías, o al menos cool. La mente. Eso es lo único que hay. (Toni Morrison)

Método

Escribo quinientas palabras por día, cifra que sube hasta setecientas cincuenta a medida que el libro avanza. Releo el mismo día, otra vez a la mañana siguiente y una y otra vez hasta que el pasaje ha quedado muy atrás como para tener alguna importancia para la parte que estoy escribiendo. Corrijo en la copia mecanografiada, y una vez más en las pruebas. (Graham Greene)

En cuanto tengo el principio, no soporto demorar mucho tiempo, de modo que al día siguiente busco mi sobre, mi guía telefónica para buscar nombres, y mis mapas de ciudades... ya sabe, para ver exactamente donde ocurren las cosas. Y dos días después empiezo a escribir. Y el principio será siempre el mismo, es casi un problema geométrico: tengo a tal hombre, a tal mujer, en tal entorno. ¿Qué puede ocurrirles para que sean empujados hasta su propio límite? Esa es la cuestión. A veces será un incidente muy simple, cualquier cosa que cambie sus vidas. Entonces escribo mi

novela capítulo por capítulo. (Georges Simenon)

Creo que es importante hacer un plan detallado antes de escribir la primera oración. Alguna gente cree que hay que escribir: "George se despertó y supo que algo terrible había ocurrido ayer"... y después ver qué ocurre. Yo planeo todo detalladamente antes de empezar. Tengo un esquema general y un montón de notas. Cada capítulo está planeado. Cada conversación está planeada. Por supuesto, es una etapa primaria, y muy atemorizante porque en ese punto una ya se ha comprometido. Quiero decir: una novela es un trabajo largo, y si se la concibe mal al empezar, todo se pondrá mucho peor más tarde. (Iris Murdoch)

Misterio

Si se es escritor, se puede hacer que la muerte de un canario represente todo el misterio de la muerte. Ese es el desafío. (Nadine Gordimer)

Moral

No divorcio la moral de la estética. Simplemente creo que la grandeza literaria de un hombre no es índice de su ética personal. Es cierto, no creo que la tarea de la literatura sea enseñarnos a comportarnos, pero creo que puede esclarecer todo el tema de la elección moral mostrándonos cuál es la naturaleza de los problemas de la vida. Su propósito es la verdad, que no es el bien. (Anthony Burgess)

Un artista es una criatura impulsada por los demonios. Nunca sabe por qué lo eligieron a él y suele estar demasiado ocupado como para preguntárselo. Es completamente amoral en el sentido

de que puede llegar a robar, a pedir prestado o a mendigar ante cualquiera para poder hacer su obra.

La única responsabilidad del escritor es hacia su arte. Será completamente despiadado si es buen escritor. Tiene un sueño. Lo angustia tanto que debe librarse de él. No tiene paz hasta que lo logra. Todo lo demás se arroja por la borda: el honor, el orgullo, la decencia, la seguridad, la felicidad, todo, para que el libro se escriba. Si un escritor tiene que robarle a su madre, no vacilará en hacerlo: la Oda a una urna griega vale un incontable número de ancianas señoras. (William Faulkner)

No se puede escribir una novela sin involucrar valores. No se puede escribir una novela tradicional sin atribuir a los personajes problemas y juicios morales. Eso es lo más difícil de todo. (Iris Murdoch)

Música

La música enseña recursos formales útiles a los que practican otras artes, pero el lector no tiene por qué conocer su procedencia. Le doy un ejemplo. Un compositor modula de una clave a otra por medio del uso de un acorde "equivoco", la sexta aumentada ("equivoco" porque es también una séptima dominante). En una novela, uno puede pasar de una escena a otra usando una frase o una afirmación común a ambas... es algo común. Si la frase o la afirmación significa cosas diferentes en diferentes contextos, tanto más musical. (Anthony Burgess)

Personajes

Cuando empiezo un libro hago bocetos de varios personajes

diferentes. A medida que mi trabajo en el libro avanza, esos personajes ficticios suelen empezar a vivir sus propias vidas. (...) Con frecuencia he descubierto que, en el curso de los años, esta gente inventada empieza a plantearme exigencias, a contradecirme e incluso a negarse a que las usen. Conviene prestar atención a esta gente de tanto en tanto. Por supuesto, también es necesario escucharse a uno mismo. Se convierte en una especie de diálogo, a veces bastante acalorado. Es cooperación. (Günter Grass)

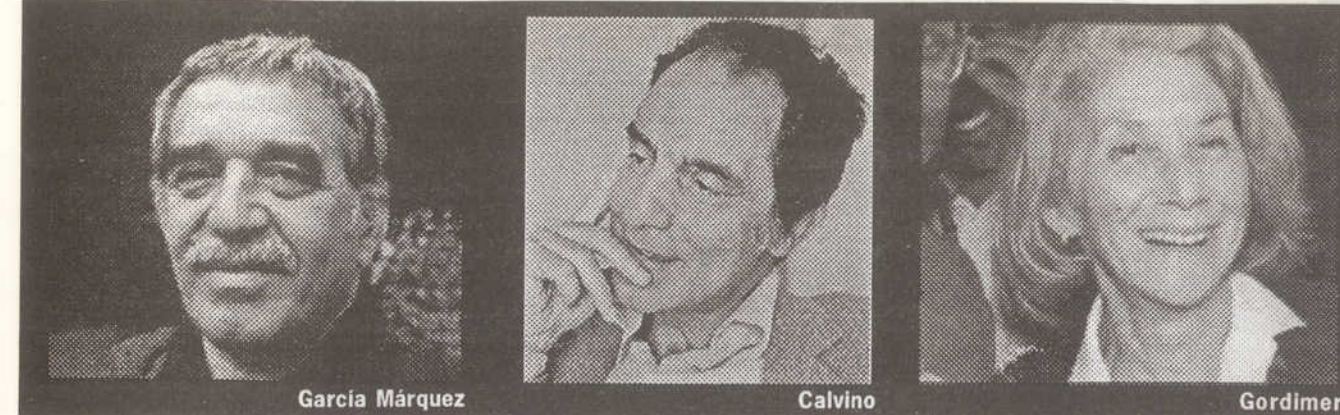
Si llego a un punto en el que me siento insegura, busco confirmación en los personajes. Para entonces, los personajes y yo estamos tan próximos que ellos mismos pueden decirme si la exposición de sus vidas es auténtica o no. Pero hay muchas cosas que tan sólo yo puedo decidir. Después de todo, se trata de mi obra. Tengo que asumir toda la responsabilidad, tanto si la hago bien como si la hago mal. (Toni Morrison)

Pico

Me gustaría decir algo acerca de lo que creo que debe ser una novela, o un cuento. Es una cita de Kafka. El dijo: "Un libro debe ser un pico que quiebre el helado mar que nos rodea." (Nadine Gordimer)

Preocupaciones

No sé qué son el argumento ni los personajes. Dickens creó todos los personajes posibles (e imposibles), así que con eso se termina el asunto del personaje. Y el argumento, para mí, pertenece a las películas y narraciones policiales. A mí me preocupa el espacio literario, que es el len-



García Márquez

Calvino

Gordimer

guaje, y no el tiempo literario. (Guillermo Cabrera Infante)

Razones

Cuando ya ha pasado la mitad de la vida, creo que uno debe ver el rostro de la muerte para poder empezar a escribir seriamente. Hay gente que ve el fin rápidamente, como Rimbaud. Cuando uno empieza a verlo, siente que debe rescatar esas cosas. La muerte es el gran Mecenas, la muerte es el gran ángel de la escritura. Uno debe escribir porque no va a vivir más. (Carlos Fuentes)

Salud

Hubo algo que escribió Hemingway que siempre me impresionó mucho: que para él escribir era como boxear. El se ocupaba de su salud y de su estado físico. Faulkner tenía fama de borracho, pero en cada entrevista que concedía decía que le resultaba imposible escribir una sola línea cuando estaba ebrio. Hemingway también dijo lo mismo. Algunos malos lectores me han preguntado si estaba drogado cuando escribí ciertas partes de mi obra. Pero eso da la pauta de que no saben nada de literatura ni de drogas. Para ser un buen escritor hay que estar absolutamente lúcido en el momento de escribir, y en buen estado de salud. Estoy en contra del concepto romántico de la escritura que sostiene que el acto de escribir es un sacrificio y que cuanto peores son las condiciones económicas o el estado emocional, tanto mejor será el resultado escrito. Creo que hay que estar en muy buen estado, físico y emocional. Para mí, la creación literaria requiere buena salud. (Gabriel García Márquez)

Sentido

Lo que hace un escritor es tratar de darle sentido a la vida. Creo que eso es escribir, eso es pintar. Es buscar una hebra de orden y de lógica en el desorden, y en el increíble desperdicio y el carácter maravillosamente disipado de la vida. (Nadine Gordimer)

Sexo

Es difícil escribir sobre sexo porque no es suficientemente sexy. La única manera de escribir sobre sexo es escribir poco. Permitir que el lector ponga en el texto su propia sexualidad. Por lo general, admiro a un escritor que escribe sobre sexo de manera elusiva. Hay demasiada información. Si una empieza a decir "la curva de..." muy pronto suena como si fuera un ginecólogo. Sólo Joyce se salvó de eso. Dijo todas esas palabras prohibidas. Dijo concha, y eso fue chocante. La palabra prohibida puede ser provocativa. Pero al cabo de un tiempo se vuelve monótona en vez de excitante. (Toni Morrison)

Silencio

Cuando el contador de cuentos es eterna e inflexiblemente leal a la historia, al final, el silencio hablará. Cuando la historia ha sido traicionada, el silencio es tan sólo vacío. Pero nosotros, los fieles, cuando hayamos dicho la última palabra, escucharemos la voz del silencio. (Isak Dinesen)

Suerte

La experiencia de toda una vida me insta a pronunciar algún grito de advertencia: hagan alguna otra cosa, lleven a dar un paseo al perro de alguien, fúguense con un saxofonista. Tal vez lo que está

mal de ser un escritor es que uno ni siquiera puede decir "buena suerte": la suerte no desempeña ningún papel en la escritura de una novela. Nunca hay accidentes felices como puede ocurrir con el pincel o el cincel. (J. G. Ballard)

Técnica

No se puede usar las técnicas de Joyce sin ser Joyce. La técnica y el material son la misma cosa. (Anthony Burgess)

Que el escritor se dedique a la cirugía o la albañilería si está interesado en la técnica. No hay ninguna manera mecánica de escribir, ni hay atajos. El escritor joven que siga alguna teoría es un tonto. Hay que aprender de los propios errores: las personas sólo aprenden por el error. El buen artista cree que no hay nadie suficientemente bueno para darle consejo. Su vanidad es suprema. (William Faulkner)

Temas

Es más fácil escribir acerca de los que una odia... del mismo modo que es más fácil criticar una mala obra teatral o un mal libro. (Dorothy Parker)

Tiempos

Es importante abordar una novela con cierta urgencia. Si uno se demora demasiado en ella o se permite grandes intervalos entre las sesiones de escritura la unidad de la obra tiende a perderse. Ese es uno de los problemas del Ulises. El final es diferente del principio. La técnica cambia a mitad de camino. Joyce demoró demasiado tiempo con ese libro. (Anthony Burgess)

Es un poco como la historia del gran artista chino: el emperador le pidió que dibujara un can-

grejo, y el artista respondió: "Necesito diez años, una gran casa y veinte criados". Pasaron los veinte años, y el emperador le pidió el dibujo del cangrejo. "Necesito otros dos años", respondió el artista. Después pidió una semana más. Y finalmente, tomó su lápiz y dibujó el cangrejo en un momento, con un solo gesto rápido. (Italo Calvino)

Si las ideas vienen, uno debe apurarse a escribir, por miedo a olvidarse. Las ideas vienen una vez, sólo una vez. (Jean Cocteau)

Me lleva seis meses escribir un cuento. Lo pienso entero y después lo escribo, oración por oración... sin primer borrador. No puedo escribir cinco palabras sin cambiar siete. (Dorothy Parker)

Vivir

Toda mi obra está dirigida en contra de aquellos que, por estupidez o conscientemente, están abocados a hacer estallar el planeta o a hacerlo inevitable. Como la gente de la publicidad estoy preocupado por la precisa manipulación de palabra e imagen para crear una acción, no para salir a comprar una Coca-Cola, sino para crear una alteración de la conciencia del lector. Sabe, me han preguntado si de estar en una isla desierta sabiendo que nadie vería nunca lo que yo pudiera escribir, lo mismo seguiría escribiendo. Mi respuesta es un enfático sí. Seguiría escribiendo para tener compañía. Porque estoy creando un mundo imaginario—siempre es imaginario—en el que me gustaría vivir. (William Burroughs)

Y

Y ahora sigue adelante desde esta nueva nada de nuevo. (Samuel Beckett)

El cuent^o com^o sistem^a lógic^o

POR GUILLERMO MARTÍNEZ

AUTOR DE DOS LIBROS IMPRESCINDIBLES -EL LIBRO DE CUENTOS INFIERNO GRANDE Y LA NOVELA ACERCA DE RODERER-,

MARTÍNEZ ES UNO DE LOS MEJORES NARRADORES ARGENTINOS DE HOY. NADIE MEJOR QUE ÉL PARA PERMITIRSE UN SERIO DELIRIO SOBRE LA GÉNESIS DEL CUENTO. TAN RIGUROSO COMO IMAGINATIVO, EL SIGUIENTE ARTÍCULO FUE PRESENTADO COMO PONENCIA EN EL 2º FORO INTERNACIONAL PARA EL FOMENTO DE LA LITERATURA EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE.

Hay elementos en la estructura del cuento -posiblemente la brevedad, la rigurosidad- que llevan fácilmente a la tentación de enunciar reglas para el género y a imaginar posibles clasificaciones y decálogos. La suerte común que corren estos intentos es que o bien son demasiado vagos y generales como para tener algún interés o bien dejan escapar, cualquiera sea la cantidad de axiomas considerados y de precauciones tomadas, un exponente de cuento perfectamente legítimo y admirable que se burla de la ley. Y de la misma manera que en el libro "Las cien formas de decir NO a la prueba de amor", la respuesta número cien es sí, en todo decálogo del cuento la máxima número diez parece condenada a ser, como sugirió Abelardo Castillo: no tomen las nueve anteriores demasiado en serio. Esta insuficiencia de todos los intentos de formalización propuestos puede conducir a la opinión teórica rápida y aliviada de que no hay en realidad preceptos a tener en cuenta a la hora de acometer un cuento. Y sin embargo, y esto lo sabe cualquiera

que se haya puesto seriamente a la prueba, a poco de empezar se descubre que las leyes que uno creyó haber echado por la puerta volvieron por la ventana. Son leyes escurridizas, intangibles, que se reconocen en ejemplos particulares pero no se dejan abstraer con mucha generalidad ni enunciar fácilmente. Menciono dos que me parecen particularmente profundas: la primera la sugiere Borges por oposición en un párrafo en que trata de establecer la distinción entre cuento y novela. Borges pasa por alto la diferencia más inmediata y superficial de la extensión y observa que lo que caracteriza a la novela es que la atención está centrada en los personajes, que lo que importa en una novela, por sobre todo, es el desarrollo de los personajes. En los cuentos, lo primordial es la trama, los personajes sólo tienen importancia como nodos de esa trama y pierden, por lo tanto, grados de libertad.

La segunda la enuncia Piglia en sus "Tesis sobre el cuento", en un artículo aparecido en *Clarín* hace algunos años. Dice allí que todo cuento es la articula-

ción de dos historias, una que se cuenta sobre la superficie y otra subterránea, secreta, que el escritor hace emerger de a poco durante el transcurso del cuento y sólo termina de revelar por completo en el final. Esta idea coincide con la imagen más frecuente que tengo yo del cuentista: el escritor como ilusionista que desvía la atención del público con una de sus manos mientras realiza su acto de magia con la otra. Un mérito adicional de esta aproximación es que permite mirar al cuento no como un objeto terminado, listo para los desarmaderos de los críticos, sino como un proceso vivo todavía en formación.

Una ligera variación sobre esta idea permite pensar al cuento como un sistema lógico. Déjame decir antes que nada que la palabra *lógica*, deslizada en un contexto artístico, no debería provocar necesariamente sobresaltos: la lógica -que no debe confundirse con los rígidos silogismos de secundario ni con el fragmento binario que usa la matemática- ha probado ser una materia muy maleable. Desde el momento histórico en que el

joven estudiante Lobachevsky, a principios de 1800, niega el quinto postulado de la geometría euclidiana creyendo que llegará a un absurdo y se asoma en cambio a un nuevo mundo geométrico perfectamente extraño, pero perfectamente consistente, una revolución silenciosa estalla en el pensamiento humano. Desde entonces diferentes disciplinas y ramas del pensamiento se han dado su propia lógica. Así, el Derecho formaliza y trata de automatizar sus criterios de validez y demostración, la matemática empieza a razonar con lógicas po-

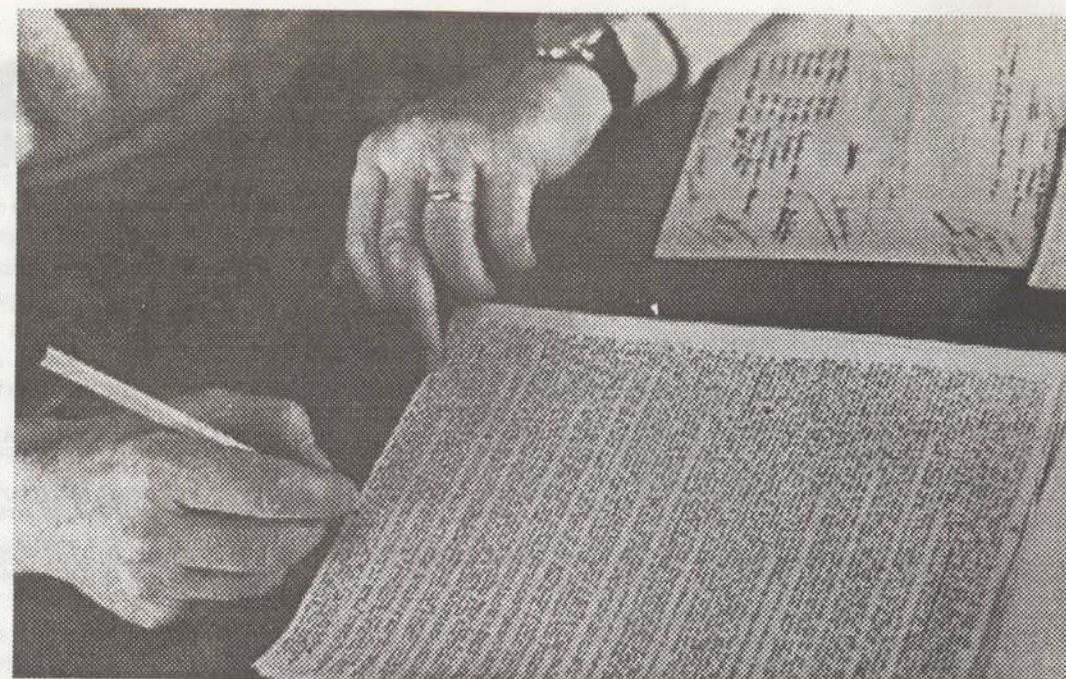
livalentes, la psiquiatría hace ensayos para modelar la lógica de la esquizofrenia y los lavarropas incorporan la lógica difusa. ¿Qué es en definitiva un sistema lógico? Es un conjunto de presupuestos iniciales y una serie de reglas de deducción -pueden pensarse como reglas de juego- que permiten pasar "con legitimidad" de los presupuestos iniciales a enunciados nuevos. La variedad y diversidad de las lógicas depende fundamentalmente de las reglas de deducción elegidas. Así, por ejemplo, en la lógica intuicionista no se admiten las demostraciones por reducción al absurdo, y en la lógica trivalente se puede afirmar y negar a la vez sin escándalo una misma proposición. Mirados de cerca, también los cuentos operan y proceden dentro de este esquema. En efecto, todo cuento empieza, igual que las películas de terror, creando una ilusión de cierta normalidad, en el estado -digamos- del sentido común. Pero desde el principio -por definición- este estado está amenazado veladamente, dentro del pacto tácito entre el autor y el lector de que "algo va a pasar". Las primeras informaciones que pueden parecer casuales son aceptadas dentro de ese contexto de normalidad. Es decir, al principio del cuento la lógica de la ficción coincide -o quizá deba decir se disimula- bajo la lógica usual del sentido común. En nuestro esquema los presupuestos iniciales son estas primeras informaciones que se disponen como las piezas de ajedrez sobre un tablero al principio de la partida. Pero por supuesto estos datos iniciales, que para el lector

pueden parecer más a menos intercambiables o aleatorios, no son cualesquiera para el escritor: lo que es contingente en la lógica inicial es necesario en la lógica de la ficción; le hacen falta en uno u otro sentido para un segundo orden, que por el momento sólo él conoce. Este segundo orden está regido por otra lógica y todo el acto de prestidigitación, el juego de manos del cuentista, consiste en la transmutación y en la sustitución de la lógica inicial de la normalidad por esta segunda lógica ficcional que se va adueñando poco a poco de la escena, y a partir de la cual debe deducirse el final -si las cosas han salido bien -como una fatalidad y no como una sorpresa. De este modo la idea de Piglia de las dos historias puede sustituirse por la idea -menos exigente y por eso, más general- de dos órdenes lógicos posibles o, más precisamente, de una lógica única que se desdobra en dos en el transcurso del cuento.

Pensar al cuento de este modo, como un sistema lógico, permite imaginar también una explicación para la insuficiencia crónica de todas las reglas y decálogos propuestos para el género. Es sabido que a los sistemas lógicos con un mínimo de complejidad les alcanza el Teorema de incompletitud de Godel. Este teorema, cuyo enunciado es matemático pero cuyas consecuencias son filosóficas, dice justamente que los ejemplos generados a partir de un conjunto finito de reglas -por más larga que sea la lista de reglas propuestas- no alcanzarán a agotar nunca el universo total de casos posibles. Esto muestra que pueden convivir

perfectamente la idea de que los cuentos están regidos por leyes con la idea de que es inútil intentar enunciar estas leyes de una manera general y definitiva.

Hablé hasta aquí del escritor como un manipulador de lógicas más o menos astuto; pero también -a veces- el escritor es un artista. No hace mucho -y para volver a la imagen del ilusionista- vi en un programa de televisión a un viejo mago argentino al que le falta una mano, haciendo un show con cartas en Las Vegas. Estaba sentado en una mesa, con su única mano desnuda extendida sobre el tapete verde y rodeado completamente de personas que vigilaban desde todos los ángulos su rutina. La prueba era simple. Arrojaba de a una, boca arriba seis cartas sobre la mesa, con los colores intercalados: rojo negro, rojo negro, rojo negro. Las recogía tal como habían quedado y cuando volvía a arrojarlas los colores se habían juntado: rojo rojo rojo, negro negro negro. *No puede hacerse más lento*, decía entonces. *O quizá sí... quizá pueda hacerse más lento*. Arrojaba entonces otra vez las cartas, más despaciosamente: rojo, negro, rojo, negro, rojo, negro. Las recogía, y los colores hablaban vuelto a juntarse: rojo rojo rojo, negro negro negro. Y entonces se sonreía para sí y repetía otra vez esa frase: *No puede hacerse más lento... o quizá sí, quizá pueda hacerse más lento*. Este sería entre los escritores el artista: un ilusionista con una sola mano que siempre puede decir, bajo todos los ojos: o quizá sí, quizá pueda hacerse más lento.



Las manos de un artista prolífico y prodigioso: Georges Simenon.

Maternidad

POR BORIS VIAN

TRADUCCIÓN: DIANA ARBISER

DESPUÉS DE TANTO TIEMPO DE INJUSTIFICADA AUSENCIA, VUELVE EL GRAN BORIS (1920-1959) A LAS PÁGINAS DE LA V. COMO NO PODÍA SER MENOS, EL MENTOR Y GUÍA ESPIRITUAL DE ESTA REVISTA REGRESA CON UN CUENTO ABSOLUTAMENTE INÉDITO EN ESPAÑOL TOMADO DE SU LIBRO PÓSTUMO **LE RATICHON BAIGNEUR**. QUEDAN MÁS CUENTOS INÉDITOS DE VIAN. PÍDANLOS Y LES SERÁN OTORGADOS.

Cuando René Lantulé se enamoró de Claude Bédale con quien se carteaba desde hacía algunas semanas a través del pequeño correo de la **Revue du Ciné**, todavía ignoraba que Claude era un muchacho. Ambos se escribían cartas muy tiernas; les gustaban los mismos artistas, practicaban los mismos deportes, los dos adoraban la danza... un idilio sin la sombra de una nube. Claude vivía en la provincia y sólo venía a París muy raramente; le había enviado por cierto su foto a René, pero como tenía el cabello bien largo, René, engañado por la moda, comprendió que se trataba de una muchacha un poco emancipada (para la provincia) que se había hecho cortar el cabello a escondidas de sus padres. La ortografía de las cartas, se dirá, habría podido iluminar a René... pero él mismo estaba bastante inseguro en éste tema como para no tener la audacia de notar lo que quiera que fuese. Su pasión epistolar duró mucho tiempo; luego ocurrió que una pequeña herencia forzó a Claude a una estadía de cierta importancia en la capital; loco de alegría, René fue a la estación con un ramo de flores. Naturalmente, como esperaba ver una jovencita, no reconoció a Claude, pero Claude, él sabía lo que quería, y es así que, muy naturalmente, los dos amigos se pusieron en pareja, cosa muy corriente en esta época de gran amplitud de espíritu. René sintió, desde el principio, algunos escrúpulos, pero Claude le hizo notar, según su conciencia, que desde *Samedi Soir*, no se veía en Saint-Germain-des-Prés otra cosa que no fueran homosexuales, en Florette, en la Tante Blanche y en Montata, y que una moda seguida en gran escala por toda una parte de la juventud intelectual y artista no podía existir sin fundamentos serios. Poco a poco, René se acostumbró a la cosa, y Claude y él formaron pronto una de esas pequeñas parejas gentiles de pederastas que son la honra de las tradiciones francesas de fidelidad y de conformismo.

II

Su vida transcurría sin incidentes. René Lantulé, mimado por Claude, disfrutaba de una vida deliciosa y mantenía su interior en un orden meticuloso. Tenía una disposición natural para la cocina y llevaba a cabo las labores menudas de la casa con un cuidado vigilante. Claude, como muchacho inteligente,

había depositado su herencia en un negocio de confianza; durante el día, se dirigía a su oficina y llevaba bien el timón de sus asuntos, aunque utilizaba en realidad un Renault 4CV. Hacia las seis de la tarde, archivaba sus papeles, cerraba los cajones y, muy contento, reemprendía el camino del hogar dulce hogar en donde René lo esperaba tejiendo alguna manita. Allí, bajo la lámpara, hacían proyectos a futuro y Claude sentía a veces fundirse su corazón pensando en la **Revue du Ciné** de la que leían el número quincenal con un sentimiento que se asemejaba a la gratitud.

III

Mientras tanto, a medida que se mantenía su relación, el humor de René se hacía raro. Muchas veces, al regreso de Claude, éste constató la tristeza de su amigo; con la cara larga, René respondía apenas a las gentiles atenciones de Claude que le contaba con humor los mil y un avatares cotidianos. Algunas veces incluso, volviendo la cabeza, René se levantaba y abandonaba el living room para aislarse en su habitación. Al principio Claude no dijo nada, pero una tarde en que René parecía más inquieto que de costumbre, esperó que su amigo se fuera a su habitación para reunirse con él algunos minutos más tarde. Lo encontró tirado sobre la cama, la cabeza en la almohada. Cuando le puso la mano sobre el hombro para consolarlo, se dio cuenta de que René lloraba.

- ¿Qué pasa, mi tesoro?- preguntó Claude.
- Nada- dijo René entre dos grandes sollozos.
- ¿Pero qué, mi dulzura, mi bien, mi vida?
- No quiero decírtelo...- murmuró René.
- Decímelo, mi amorcito- insistió Claude.
- No me atrevo- dijo René.
- Vamos, mi belleza azul, decílo...
- Es que tengo vergüenza de decirlo- dijo René en voz muy baja.

- Vamos, vamos, mi bebé, animáte.
- Quisiera tener un hijo- dijo René.
Y luego se puso a llorar nuevamente sobre la almohada. El rostro de Claude expresaba una gran estupefacción. Incluso se habría llegado a creer que estaba un poco molesto. No respondió y abandonó la pieza para disimular su pena a los

ojos de René.

IV

Evidentemente, a partir de ese momento, la vida se hizo difícil. Claude tenía un humor sombrío y perdió numerosos negocios. Sus relaciones permanecían anormales, pero ni René ni él mismo estaban alegres como antes. Claude dudaba, pero luego una tarde se decidió.

- Escucha, mi vida -dijo-. Dado que no puedes tener hijos, vamos a adoptar uno.

- ¡Oh!- dijo René, cuyo rostro empezó a resplandecer de alegría. ¿Harías eso?

Conmovido por la felicidad de su amigo, Claude asintió.

- ¿Qué quieres?- le preguntó-. ¿Un varón o una niña?

- ¡Una niña!- dijo René extasiado... ¡Son tan dulces! Y además aman más a sus madres.

- Bien- dijo Claude-, tendrás una pequeña niña.

René le saltó al cuello y pasaron una tarde muy agradable, la primera después de mucho tiempo. Claude estaba feliz y al día siguiente logró una bellísima operación comercial. A partir del mediodía, otorgándose media jornada de libertad, partió en la búsqueda.

Se dio cuenta enseguida de que era muy difícil encontrar una hija para adoptar. Todas las que le ofrecían eran muy pequeñas; tenía miedo de que René no las pudiera alimentar, y un niño al que su madre no ha alimentado es frágil, todo el mundo lo sabe. Y encima los hijos de los refugiados ya estaban colocados, una gran cantidad de ellos ya asesinados por los sádicos, brevemente reinó la escasez. Esa tarde, regresó con las manos vacías y no le dijo nada a René de sus búsquedas infructuosas. Esto duró una buena semana durante la cual azotó las calles con la esperanza de un descubrimiento. Sus anuncios no tuvieron ningún resultado. En fin, en una comisaría de la circunscripción XIV^a le ofrecieron algo. Era una adolescente un poco flacucha, con hermosos ojos azules y cabello negro despeinado.

- Es todo lo que tengo- dijo el comisario.

- ¿Qué edad tiene?- preguntó Claude.

- Diecisiete años- dijo el comisario-, pero parece de catorce.

- No es exactamente lo que yo hubiese deseado- dijo Claude- pero en fin. Me la llevo.

Mientras la llevaba a la casa, le preguntó su nombre; se llama Andrée. Le recomendó decirle a René que tenía catorce años. Experimentaba un poco de disgusto por encontrarse tan cerca de una persona de ese sexo, pero pensó en la alegría de René y se tranquilizó. Por otra parte, flaca y nerviosa como estaba, Andrée parecía un muchacho; pero a pesar de todo, se veían claramente dos senos por debajo de su blusa.

- Vas a esconder eso- dijo Claude mostrándoselos.

- ¿Cómo?- preguntó Andrée.

- Ponéte una venda- sugirió Claude.

- No tengo tanto...- protestó Andrée.

- Es cierto- admitió Claude-, es cierto que no tienes mucho. Pero igualmente, es un poco asqueroso.

- Entonces, ¿por qué me adoptó?- preguntó Andrée con rabia-. ¡Si le doy asco, no está obligado!

- Vamos- dijo Claude-, no te enojés. No quise decir nada desagradable. Vas a ver, René te va a mimar mucho.



- ¿Es mi mamá?- preguntó Andrée.

- Sí- dijo Claude-. Ella es muy dulce.

Mientras pasaban delante de la vidriera iluminada de una gran peluquería, Claude se preguntó si de-

bía dejar allí a Andrée para que estuviera más presentable al llegar, pero pensó que eso sería privar a René del placer delicado de arreglar él mismo a su hija a su manera.

Cuando se iban acercando, le recomendó nuevamente a Andrée ocultar su edad real.

- René quería una niña- le explicó-. Eso no cambia que le digas que tienes catorce años, y eso le va a dar un gran placer.

- Usted ama mucho a mi mamá- dijo Andrée con admiración. - Piensa sólo en ella.

Claude enjugó una dulce lágrima de felicidad, mientras evocaba las de René. El pequeño auto se detuvo delante del edificio en donde vivían.

- Es aquí...- dijo él.

- Es una hermosa casa- dijo Andrée con admiración.

La pobre chica no había vivido hasta entonces más que en los barrios bajos de la ciudad.

- Vas a ver- dijo Claude, un poco afectado, a pesar suyo, por la emoción de la pequeña-, vas a estar bien con nosotros, y hay un ascensor.

- ¡Oh! ¡Qué fino!- dijo Andrée-. ¡Uno que funciona! Y voy a tener ropa.

- Si- dijo Claude-, pero no te olvidas... tienes catorce años... y vas a jugar a las muñecas.

- Bueno- dijo Andrée-, voy a parecer una imbecil... pero en fin; después de todo, hay que hacer sacrificios.

Tenía la sensatez innata de una niña de París.

V

La alegría de René, una vez que Claude y Andrée franquearon el umbral del pequeño departamento, es difícil de describir. Abrazó a Andrée con pasión, luego, saltando al cuello de Claude, lo besó en la boca con arrebató. Andrée contemplaba la escena con cierta sorpresa.

"Seguro que son", pensó.

Y, ahora en voz alta, agregó:

- ¿Dónde está mi mamá?

- Soy yo, mi amor- dijo René, quien, soltando a Claude, la tomó por la cintura y la llenó de caricias.

- Ah, bueno- dijo Andrée, no muy sorprendida-. ¿Hay pollo?

- Todo lo que quieras, mi amor, mi dulce, mi vida- dijo René.

Claude, un poco afectado por los besos que René prodigaba a su nueva hija, intentó bromear para esconder su tristeza.

- ¿Pollo?- dijo-. ¿No tuviste suficiente?

Hacía una alusión graciosa a la comisaría. Andrée rió y le explicó a René, quien rió a su vez. Claude, pesándole el corazón, experimentaba sin embargo una alegría melancólica al ver el rostro radiante de René.

VI

Su vida de a tres se organizó fácilmente. Se decidió que Andrée dormiría en la habitación de René, distinta de la de Claude: sería más conveniente. Claude, a la vuelta de su trabajo, encontraba ahora a René y a su hija siempre ocupadas con algún nuevo descubrimiento. Andrée adoraba a su madre adoptiva a quien, por una timidez comprensible para una niña de su edad, llamaba "Tía René". En cuanto a René, no paraba de hablar maravillas de Andrée. Con los buenos cuidados con que la colmaban Claude y René, conviene decir que Andrée se volvió una encantadora persona, bien metida en carnes, con un ojo agudo y una boca maliciosa. Claude no había podido disimular mucho tiempo la edad verdadera de su protegida, pero lejos de indisponer a René, esta revelación pareció tranquilizarlo. Todos los días, había nuevos regalos; un esmalte de uñas, un sombrero, un par de hermosos zapatos, medias de nylon; la vida de Andrée se había vuelto una fiesta perpetua. Cuando, del brazo de René, se iba de compras por las tiendas elegantes de la Rue Royale y del faubourg Saint-Honoré, eran raros los paseantes que no se dieran vuelta para verla, seducidos por su gracia y el fuego de su mirada. Su educación, descuidada durante largo tiempo, había sido completada de la manera más correcta y su lenguaje, un poco rudo, se había pulido en contacto con el de los dos amigos. Además, adoraba el cine, lo que constituía un lazo adicional entre estos tres seres afectuosos.

Ahora que sabía la edad real de su hija, René no dudaba

"Cuando René le quitaba delicadamente su ropa y su lencería para disponer sobre ella alguna pieza de tela de pesado satén o de muaré, ella bajaba la cabeza, sostenía sus senos escondidos entre sus manos y apretaba púdicamente los muslos."

deras redondas de su hija adoptiva, parada con una pequeña combinación de encaje en medio de los empleados, y quien parecía disfrutar un placer extremo al verse así parada como un ídolo. Balmango alentaba a René con todas sus fuerzas, y René se sentía muy atraído por esta profesión encantadora a la cual su naturaleza lo predestinaba. Por la noche, en su casa, entretenían a Claude contándole acerca de las sesiones en lo de Balmango. René se consiguió algunos materiales de corte y algunos buenos manuales y a menudo, en lugar de salir, desvestía a Andrée en su cuarto y le probaba nuevos modelos de su creación. Andrée, al principio, se mostraba muy entusiasta; pero con el tiempo, se volvió casi tímida; ahora, cuando René le quitaba delicadamente su ropa y su lencería para disponer sobre ella alguna pieza de tela de pesado satén o de muaré, ella bajaba la cabeza, sostenía sus senos escondidos entre sus manos y apretaba púdicamente los muslos. René, es verdad, le probaba ahora la ropa con un gran placer y sus manos se retrasaban para alisar los pliegues de la tela sobre los contornos rollizos de su hija adoptiva. Un buen día, sin poder contenerse más, la besó en la boca de una manera tan significativa que la joven se perturbó y, sintiendo quién sabe qué recuerdos de su triste vida pasada que le volvían a la memoria, le devolvió su beso tan apasionadamente que René estuvo a punto de desvanecerse. No pudiendo parar ni el uno ni la otra, se embriagaron con caricias cada vez más audaces, tales que media hora más tarde, salían del éxtasis en los brazos (y en las piernas) el uno de la otra y que las ojeras de Andrée demostraban el placer que había sentido en el asunto. René, por su parte, no deseaba más que una cosa: comenzar de nuevo, y se lo hizo ver bien en las dos horas que siguieron.

Parecía difícil a partir de ese momento continuar con la vida de antes; René, por la noche, ahora se juntaba con Claude cada vez menos y reservaba todo su ardor para Andrée; el acuerdo asumido para la vida en común y el hecho de que durmiera en la misma habitación facilitaban las relaciones tan culpables. Mientras tanto, René trabajaba ahora con Balmango quien, creyéndolo siempre de su lado, le develaba los secretos de la profesión y le pagaba regularmente. Andrée, por su lado, había sido empleada como modelo en lo de Dioros, una costurera famosa; y René aprovechaba la información que ella recogía diariamente.

René no pudo disimular mucho tiempo ante Claude su evolución completa y la profunda transformación que se había obrado en él. Claude sufría mucho esta situación incomprensible, y ni sus súplicas ni sus amenazas pudieron hacer retratarse a René de su decisión de vivir de su trabajo con Andrée, naturalmente. Se separaron en la primavera del año siguiente. Cosa escandalosa, el proceso iniciado a René por Claude de abandono de domicilio conyugal fue pronunciado en favor de René, a quien le fue confiada, además, la custodia de su hija. En ningún otro lugar excepto en Francia, país donde la moral se disgrega, es que horrores semejantes pueden producirse a vista y conocimiento de todos.

más en llevarla con los grandes modistos, en particular, con Pierre Balmango, a quien había conocido en el Club Saint-Germain-des-Pieds. Concurriendo a las pruebas de ropa, René descubrió que tenía grandes aptitudes para la alta costura. Muchas veces, bajo la dirección de Balmango, dispuso él mismo las preciosas telas alrededor de las ca-

Los contrabandistas de fósforos a pilas

POR ALBERTO LAISECA



ILUSTRACIÓN: PIERRE & GILLES

SI EXISTE UNA NOVELA MÍTICA EN LA LITERATURA ARGENTINA ES **LOS SORIAS** DE ALBERTO LAISECA (1941). MUCHAS VECES SE HA ANUNCIADO LA PUBLICACIÓN DE ESTA OBRA MONUMENTAL DE MÁS DE MIL PÁGINAS PERO NUNCA SE CONCRETÓ. AHORA, FINALMENTE, LA EDITORIAL SIMURG VA A HACER UNA EDICIÓN LIMITADA (MUY LIMITADA) DE LA OBRA MÁS PARADÓJICAMENTE FAMOSA DE LAISECA. LA V. PUBLICA COMO ADELANTO EXCLUSIVO SU CAPÍTULO CUARTO.

Algunos meses antes de la llegada de Personaje Iseka a la Tecnocracia, había comenzado en todo el país una gran campaña contra los contrabandistas de fósforos a pilas. Los mencionados administrículos eran un invento tecnócrata. Servían para encender cigarrillos, el gas de la cocina, madera o papel, una vez y otra, durante larguísimo tiempo. Tenían el tamaño de un fósforo de madera común. Sus diminutas pilas de energía resultaban increíblemente longevas. Los habitantes de Soria intentaron plagiar el invento, pero logrando resultados muy pobres. Sus fósforos eran grandísimos, además no duraban tanto y salían más caros. No obstante comenzaron a aparecer fósforos sorias en toda la Tecnocracia. En apariencia, una sórdida cuadrilla de contrabandistas traía esos objetos desde Soria a fin de hundir a la industria nacional. A juzgar por las diatribas del Gobierno, y su preocupación, millones de tontos ciudadanos preferían comprar los caros artículos contrabandeados antes que los baratos fósforos tecnócratas, a todas luces superiores.

Cada tanto el Ejército o las I doble E decomisaban gran cantidad de mercadería contrabandeada y la destruían por el fuego.

Esta campaña contra los traficantes de fósforos a pilas, que llegó al extremo de una obsesión nacional, estaba organizada por la Monitoría de las Lenguas, la cual, entre otras funciones, estaba a cargo de una parte de la economía del país¹. Funcionarios de la Monitoría escribían estribillos y canciones contra los que plagiaban patentes, realizaban espionaje industrial y en relación a los que contrabandaban "con toda arrogancia" fósforos a pilas. Estas canciones eran luego coreadas por los activistas y miembros del Movimiento Juvenil Tecnócrata.

Lo del espionaje industrial tenía sentido, no así lo de los fósforos. Era evidente que el mismo gobierno tecnócrata traía desde Soria aquellos fósforos de mala calidad, para tener elementos probatorios contra sus enemigos.

Toda la campaña estaba orientada a combatir a las religiones y sectas adversas a la Tecnocracia, y a permitir las consideradas potables; o sea: estimular en estas últimas su libre juego y subsistencia.

En aquel sentido, contra la confesión exateísta estaban dirigidos en secreto los cañones de más grueso calibre.

La religión exateísta era un culto sangriento que admitía los sacrificios humanos. Pero más que esto, lo que la hacía tan particular era la *manera* en que tales sacrificios se llevaban a cabo.

Cada uno de sus seis Dioses tenía un templo especialmente diseñado y dedicado a su culto. Aquellas resultaban unas construcciones extrañas, mezcla de rococó chino, estilo pagoda y mezquita árabe con altos minaretes.

Los Dioses se llamaban: Monocateca, Bitecapoca, Tritaltetoco, Tetramqueltuc, Pentacoltuco y Exatlaltelico. Cada Dios determinaba el número de minaretes que tendría su templo, cuántos sacerdotes (uno por minarete), la cantidad de sacrificios humanos que le serían ofrecidos y la edad de las víctimas.

Así, el templo de Monocateca tenía un solo minarete, un sacerdote y se le sacrificaba un anciano por cada medio año. Bitecapoca requería dos minaretes, igual número de sacerdotes y, en las gemelas piedras sacrificiales, morían dos viejos, aunque sus edades eran algo menores que la del consagrado a Monocateca.

Todo seguía en la misma forma hasta llegar a Exatlaltelico,

en cuyos minaretes eran liquidados seis niños en cada mitad anual.

Dentro de lo posible, a Monocateca le estaban consagrados los hijos únicos o bien los primogénitos. A Bitecapoca los mellizos y, cuando había, gemelos. Tritaltetoco engullía trillizos, etc.

El primer y séptimo mes pertenecían a Monocateca, el segundo y octavo estaban regidos por Bitecapoca, y así sucesivamente. En total cuarenta y dos sacrificios al año.

Una vez que las víctimas estaban desnudas y atadas sobre las piedras sacrificiales de los altos minaretes, en la hora y día del mes correspondiente, y sobre la multitud de fanáticos reunidos en el patio del templo, el sacerdote pronunciaba unas palabras mágicas. Entonces ocurría algo extraordinario: sobre el minarete descendía una aparición, tan rápida y fugaz que nadie alcanzaba a vislumbrar de qué se trataba. La creencia de la gente, nunca desmentida por el sacerdocio, el cual siempre se refería a este tipo de sacrificio con medias palabras, era que ese bicharraco poseía a sus víctimas contra natura; sin importar si se trataba de hombres o mujeres los ofertados en primicias.

Todo el acto, deseo que se comprenda bien, no duraba más allá de unas fracciones de segundo. Pese a encontrarse amordazadas y a gran altura, cuando se producía el Descenso, llegaba a oírse con claridad un grito de dolor sofocado al instante. En realidad eran varios gritos, truncados por la muerte y sucesivos, sólo que, al propagar aquel bicho sus "favores" con tanta rapidez, se escuchaban como uno solo.

En el acto caían chorros de sangre sobre los fanáticos, quienes aullaban: "¡Bitecapoca es grande!" —o el nombre del Dios que fuera.

Se consideraba que aquel tocado por la sangre, aunque se tratara de una única gota, tenía el paraíso asegurado sin importar cuántos crímenes hubiese cometido. Así los fieles se disputaban con ferocidad los lugares más propicios.

Los tecnócratas acusaban a los sacerdotes exateístas de alucinar a la multitud mediante algún truco escenográfico. Según decían, los mismos sacerdotes despanzuraban a sus víctimas a cuchilladas y luego las quemaban en holocausto para eliminar las pruebas. No se producía Descenso de divinidad alguna ni cosa semejante.

Ahora bien, los tecnócratas sabían perfectamente que no había truco alguno. Decían lo anterior para desprestigiar a los santones y hacerlos pasar por mentirosos. Infiltrando la duda entre la gente disminuirían el poder sugestivo de aquel terrible milagro.

A sus seis Dioses, particularmente a Exatlaltelico, el más

venerado y poderoso, solían barnizarlos con una pomada sobremanera santa, una especie de yogur alcohólico. Vaya un ritual rarísimo.

Pero en la Tecnocracia había muchas otras religiones y sectas, las cuales apenas disimulaban el odio y la desconfianza que se tenían entre sí. Estaban, por ejemplo, los momificantes, cuyos fieles de sexo masculino, mediante complicado proceso químico y quirúrgico, producían la necrosis de sus penes. Estos quedaban unidos a sus dueños pero momificados. Inútiles para todo uso sexual. Las mujeres de la secta hacían lo mismo con sus senos.

Adoraban dos Dioses. Uno de ellos era todo de piedra, salvo su pene: hecho con manteca y unido a la estatua. Al llegar la primavera, con el consiguiente elevamiento de la temperatura, el miembro se ablandaba y caía. Pero en invierno le colocaban otro. Era un culto exactamente opuesto a los de la fertilidad.

La segunda deidad de estas bellísimas personas era una enorme Diosa de oro con los senos de plomo atornillados en los lugares correspondientes.

Sostenían que estos dos Dioses eran los únicos que existían, manifestando gran odio por los exateístas. El problema fue que los exateístas también defendían a sus seis Dioses diciendo que no había otros verdaderos y, como tenían infinitamente más adeptos que ellos, los sometieron a una persecución implacable por todo el mundo logrando casi exterminarlos. Unos pocos miles se refugiaron en la Tecnocracia, donde al principio del gobierno monitorial había libertad religiosa y los exateístas distaban de ser bien mirados.

Pero la tranquilidad de los momificantes duró poco. El Estado tecnócrata comenzó a perseguir a todas las religiones sangrientas, ya fuera que efectuasen sacrificios humanos sobre víctimas consagradas o mutilaciones del cuerpo de sus fieles. La presión fue gradual, encubierta al principio. Bien sabían los tecnócratas el poder que tenían todos aquellos fanáticos; en particular los derviches, sacerdotisas y santones que obedecían a los dictados de la Sublime Puerta exarcal (así denominaban a Daipichilysis, el Exarca, a veces también llamado Su Devoción Triunfante).

Había otras religiones, de mayor o menor poder: icosaedristas, monoteístas y muchas más.

Curiosa en grado sumo era la secta de los naricerarios, cuyo Dios era una nariz. Así, no bien nacía un niño, le cortaban el apéndice nasal al rape.

Estaban los orejarios, que adoraban dos grandes orejas; una de oro y otra de plata. No necesito informar, supongo, el destino de las orejas de los niños, hijos de éstos sectarios. Pero lo más notable era el odio que se tenían con los naricerarios. Mutuamente se acusaban de herejes, apóstatas, crueles e inhumanos.

Teníamos de la misma manera a los ojarios, quienes se arrancaban los ojos. Los cularios, que se cortaban el culo. Los piernaderecharios, los izquierdaperarios.

Una secta le tenía ojeriza al testículo derecho y se lo rebanaban a tijeretazos. Del seno de esta congregación surgió un núcleo que afirmaba que lo del testículo derecho estaba bien, pero que era preciso arrancárselo con una tenaza calentada al rojo. "Usar tijeras es sacrilegio". Esto sostenían. Sobrevino un sangriento cisma que fue resuelto a cuchilladas.

Otra secta, la de los izquierdotesticularios, defendía la misma cosmovisión maniqueísta de la anterior, sólo que invertía la

polaridad. El huevito izquierdo era el maléfico, en tanto que el derecho resultaba santísimo. Los pecados de la carne venían por culpa de ese diablo de huevito izquierdo. Una vez rebanado, el creyente quedaba limpio *per secula*. De ahí en más estaba autorizado a todo.

No faltaban quienes tenían prohibidas las relaciones sexuales. Una vez al año practicaban la masturbación colectiva sobre una gran vasija del templo. Con ese semen los sacerdotes procedían a la inseminación artificial de las feligrasas, a fin de perpetuar la especie.

Otros, en fin, podían realizar el coito pero sin caricias y con el mínimo placer posible.

Como ya se dijo, la gran campaña contra "plagiarios de patentes y contrabandistas" estuvo dedicada, sobre todo, al ataque contra la Congregación Exateísta; no porque las otras sectas mencionadas les gustasen a los tecnócratas, sino por el hecho de que ésta era la más poderosa.

Los derviches y santones exateístas imprimieron volantes y afiches, en sus imprentas clandestinas, distribuyéndolos o pegándolos en las cercanías de las pagodas. Eran más o menos de este tenor:

"Teníamos de la misma manera a los ojarios, quienes se arrancaban los ojos. Los cularios, que se cortaban el culo. Los piernaderecharios, los izquierdaperarios. Una secta le tenía ojeriza al testículo derecho y se lo rebanaban."

"¿Puede haber existido jamás en la historia de nuestra Patria un régimen que, como el tecnócrata, atente contra el santo tra-jín religioso del exateísmo? Todas nuestras diligencias y prontitudes, hasta las mínimas, se ven bloqueadas por el Estado.

Señalaremos a este respecto —y es sólo un ejemplo entre cientos— la supresión, por directriz monitorial, de la festividad del Altísimamente Benéfico Exatlaltelico, en cuyo día dejó de ser obligatorio para el comercio el cerrar sus puertas. ¿Y qué diremos de la persecución implacable a que son sometidas las integrantes del Colegio de Sacerdotisas, festejantes inextinguibles

del Montoncito de Lepra? Nuestras Vestales Eviternas se sobreexcitan al verse insólitamente atacadas en sus laboriosas gimnasias.

Por lo demás, ¿cómo podrá la Congregación Exateísta seguir bendiciendo al pueblo, ahora que éste ha sido privado, por el Estado, de la continua putrefacción de la sangre que caía desde las santas piedras sacrificiales? Se esgrime como argumento la crueldad (?) de nuestros ritos. Si es así, ¿por qué se persigue a la Congregación Separada de Exateístas Espirituales, que sólo realiza los sacrificios de manera simbólica, sin llegar a verter líquidos preciosos? Ellos también están bajo la fatídica carátula *Religiones sangrientas*.

El Congreso de Santones reunidos en Velolar, capital de Exaspirifacia, bajo la presidencia de Daipichilysis, Sublima Puerta, ha emitido una triternaria como advertencia y admonición. Seguramente, ni los Venerables del Diván ni el Exarca desean llegar a un aumento en su severidad, tal como podría ser una tetragonia, una pentagloria o algo peor aún. Por ello justamente no lo hacen. Pero este estado persecutorio de cosas debe finalizar, por el bien de todos.

Conmovidos de dolor suplicamos, de rodillas ante el Monitor pero con el Vector de Piedra en alto, la supresión de tan injustas medidas suyas."

La alusión al Vector era un eufemismo para referirse ya sabemos a qué. Esto fue aprovechado por los tecnócratas quienes, haciéndose los tontos, decían: "¿Ven, ven?: están admitiendo que son ellos mismos quienes matan".

1 Los tecnócratas, por estar más cerca de un gobierno imperial y teológico que de una democracia, aunque conservasen algunas esencias de ésta, no tenían Ministerios sino Monitorías. Economía, por lo demás, no existía como entidad autónoma, sino dependiente de Monitoría de las Lenguas, de Campo de Marte y de Gimnasia y Trabajo.

Palabra de mujer

EL BANO TURCO

Victoria Cáceres Mauri

"El mundo que la autora propone es [...] un mundo de mujeres [...] comprendidas en la intimidad expuesta, naturalmente desnudas, despojadas de los atributos con que la mirada del hombre las altera."

Requiere Revisión

e-mail: arde@lvd.com.ar C.C. 97 - Suc. 23 (1423) Capital

Otro volante:

“Informamos a todos los creyentes que asisten a los ritos de la pagoda de los cuatro minaretes tetramqueltúquicos, perteneciente a nuestro distrito, que en el día de ayer fueron suprimidas por *inconvenientes* las siguientes fiestas que eran la alegría de los niños: El Dedo Pútrido Que Te Hurga La Colita, El Fantasma Que Viene De Noche, El Agujero Negro Estelar Que Te Traga Pa'siempre y la más conmovedora de todas: Celebración Del Aquettedestripo En Mis Minaretes.

En definitiva y a las claras, lo que para esta altura resulta ya evidente, es que el objetivo del Gobierno tecnócrata es no otro que el de suprimir por completo toda la actividad religiosa de la Congregación Exateísta.

Pero el más detestable, insufrible y horrible decreto de todos —horripilancia ésta en grado selectísimo—, es el que prohibió de un solo plumazo los sacrificios humanos. Esos cuarenta y dos muertos anuales son necesarios para la estabilidad del Cosmos. Resultan una flojez, bien mirados, teniendo en cuenta la multitud de beneficios. Quién sabe cuántos desastres, tales como inundaciones, terremotos y guerras evitan. Miles y miles de muertos y catástrofes. Cuarenta y dos al año no son tantos, por lo demás, y las víctimas que tienen la alegría de ser elegidas van al paraíso directo, como si las largaran por un tubo. Recordamos que se prestan voluntariamente. Salvo los niños de corta edad, como es lógico, pero por ellos eligen sus padres.

Varios penosos incidentes tuvieron lugar anteayer —silenciados por toda la prensa tecnócrata— en el vecino barrio de Entelequia, de los cuales fueron víctimas los miembros de su respectiva Congregación Exateísta.

En momentos en que el santón de alto grado Sebastián Chanchín Iseka estaba en la pagoda de cinco minaretes pentacoltuquísticos, cubriendo con pomada mística la imagen de Pentacoltuco, un grupo de muchachones de uniforme, pertenecientes al Movimiento Juvenil Tecnócrata irrumpió en la pagoda lanzando vivas a la Tecnocracia y mueras a los plagiarios de patentes y contrabandistas de fósforos a pilas. Como se sabe, los Muy Venerables Santones son acusados, con toda barbarie, de plagio de patentes y contrabando.

Fue feísimo.

Luego de armar un gran escándalo durante diez minutos, todos graznaron la siguiente marchiña acosadora:

‘Los plagiarios de patentes,
los asquerosos plagiarios de patentes,
pronto de un poste colgarán.

Con la mirada puesta en nuestro Monitor,
el contrabando de fósforos a pila terminará,
terminará,
terminará.

Dales, dales bien duro

hasta que del culo salgan destellos.’

Aquellos indeseables truchimanes prosiguieron así durante otros diez interminables minutos.

El santón tenía en ese momento puestos los ornamentos

plúmbeos —pues sólo con ellos el ritual permite tocar con pomada a Pentacoltuco—, los cuales, gravitando pesadamente, casi le impedían todo tipo de ingravidos movimientos. Téngase en cuenta que cargaba casi veinticinco kilos de plomo, el pobre anciano.

Faltos de todo tipo de honra y vergüenza, esos pícaros bergantes, ruines follones y menguados golfos, con toda vileza y aires de apaches, agredieron de palabra y obra al Muy Venerable Santón. De la manera más desaprensiva, los muy granujas.

Un poco antes, viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, el Muy Venerable procedió a comerse la pomada a fin de evitar que fuese profanada por el enemigo. Esta última fue la causa del estado enfermizo en que se encontraba el Muy Venerable Santón, y no que se hallara ebrio ‘como la pícara mosca’, como se dijo con desfachatez y malevolencia, y que no respetara ‘ni a su misma pagoda de cinco minaretes’.

Cuando los perdularios ubicaron al servidor de Pentacoltuco, empezaron a dirigirle insultos soeces —los gritos más frecuentes eran: ‘¡Asesinos de niños! ¡Criminales! ¡Dejen de matar mujeres y ancianos!’ O si no: ‘¿Por qué no se matan entre ustedes sobre las piedras?’, en una clara alusión a las piedras del holocausto. Y también: ‘¡Vayan a asesinar gente a Soria!’ —y a tironearlo del pectoral de plomo.

Es de hacer notar que, mientras se defendía con valor de pasillo, propio de un abencerraje en Patio de Leones, el Muy Venerable Santón Chanchín Iseka entonces continuaba cantando en loor de Pentacoltuco, pletórico de justa ira ante la profanación, y no porque —como de manera canallezca se afirmó después ‘estaba de lo más alegre por todo el yogur alcohólico que se había comido’.

Por fortuna se retiraron luego de befarlo a gusto, *conformándose* con esto sin hacerle nada más, salvo dos últimas pullas ultristas, futuristas en su salvaje maldad de horda cavernícola, y que cayeron como piedras, propagando círculos sobre las agobiadas espaldas del Muy Venerable: ‘Ahora nos vamos, pero volveremos para encofrarte las piernas’ ‘¡Sí, eso! —aulló otro de los ogros—. Las piernas encofradas, una mano a la curtiembre y el culo al saladero’.

Los padres de parvulillos, por otra parte, fueron notificados de que los niños tenían prohibido el acceso a las pagodas, aunque el sacrificio no fuese humano sino de los más inocentes. La Monitoría de las Lenguas sostiene que las criaturas se ven expuestas a una ‘horrible maceración ideológica’ (sic), al contemplar en el interior de las pagodas ciertos cuadros y láminas. Dichas obras de arte muestran, como es bien sabido, sólo imágenes edificantes. Por ejemplo: dos Muy Venerables Santones, delante del semi velado Bitecapoca, presencian el Descenso del Vector sobre un par de contentos ancianos quienes se refocilan de gusto en sus respectivos cercanos minaretes. Los viejitos son casi idénticos, de lo cual nos percatamos de que se trata de gemelos.

Este acto, casi indirecto en lo físico, simplificado hasta el punto de que casi ni se ve, pero pletórico de sugestivos detalles en lo espiritual y simbólico, tiene como objeto recordar al párvulo, ya desde su más tierna infancia, que este doloroso mundo está lleno, desgraciadamente, de horribles actos de sadismo inspirados por Minoloco, el Dios del Mal; así, pues, uno debe estar preparado para enfrentar cualquier empalme prematuro a la vuelta de una esquina, y en las manos del primer malvado. Para evitar todo ello y frustrar las apetencias de Minoloco, la deidad maléfica que se sienta sobre las piedras rojas y tiene las uñas largas y verdes, fue establecido el rito. Las gentes son llevadas con toda alegría hasta las

santas manos de un holocausto bondadoso, donde no hay sufrimiento de ninguna especie sino al contrario, y desde el cual se va por entubamiento sacro hasta el paraíso prometido por el Profeta Policulitetoca, muerto hace tres mil ochocientos ochenta y seis años, escasamente.

En la misma lámina puede observarse una gran cantidad de niños, asistentes al sacrificio. Por sus rostros, dulcemente felices, puede percibirse que aceptan la iniciación mediante la cual no serán privados de su piedra sacrificial, a donde irán a parar sin duda cuando sean grandes, o en cualquier momento y si se portan bien. Y hasta aunque se porten mal, porque así de tolerante es Bitecapoca.

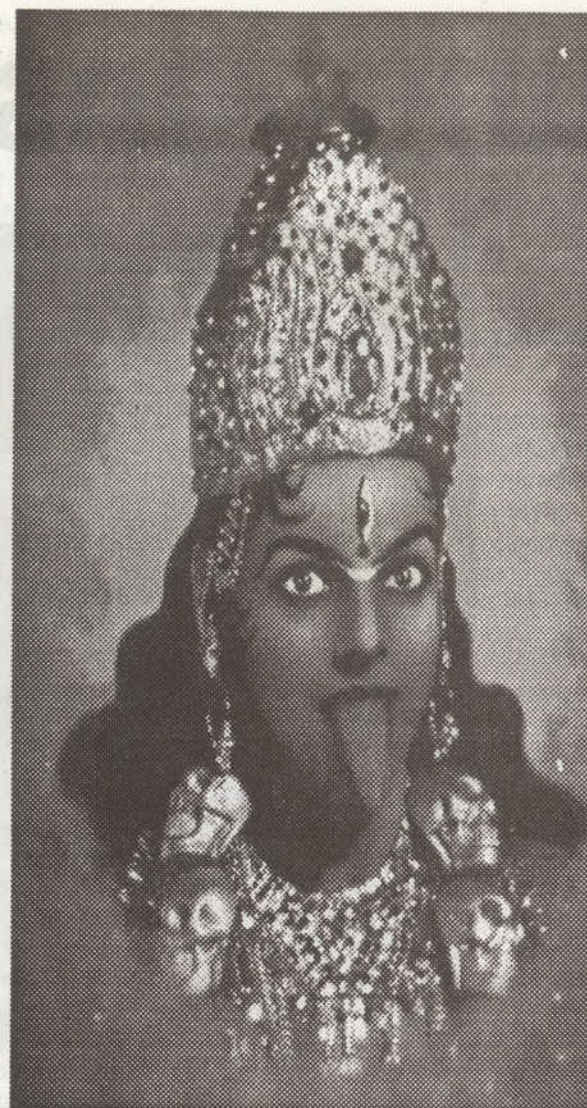
Según directriz de la Monitoría, los menores no podrán concurrir a las pagodas, a menos que de éstas sean retirados los mencionados cuadros e imágenes. El pretexto, enarbolado como argumento (?) fue: ‘Se trata de obras altamente sádicas (!!) y obscenas’ (sic). Los signos de admiración entre paréntesis nos pertenecen. ¿De qué sadismo hablan? Las muertes rituales son por completo indoloras, está probado.

Otro incidente. En el día de anteayer, un oficialito (mocoso del Movimiento Juvenil) se acercó a una joven feligresa, muy dotada físicamente, que estaba a punto de entrar a una pagoda de tres minaretes tritaltetóquicos. ‘¿Cómo te llamas?’, preguntó el monstruo. ‘Soria’, contestó ella con dulce ingenuidad. ‘¡Soria! —graznó el otro endureciendo sus facciones. Lanzó un bestial aullido para luego agregar este poco edificante comentario:— Ni por tetona te vas a salvar’.

La niña fue arrestada y no volvió a saberse de ella, por mucho que los tres Muy Venerables de la pagoda rogaron en la policía.

Continuamente se acercan a las puertas de nuestras pagodas una cantidad de jóvenes facinerosos, con o sin uniforme, quienes dicen levantando la nariz mientras los adoradores del Dios de turno entran al Patio de los Leones bajo minaretes: ‘¿Qué es este horrible olor a soria que se siente?’. Y otras agresiones descabelladas por el estilo.

¿Es que el Superior Gobierno no entiende que nosotros no



somos sorias ni queremos que nos obliguen a serlo? La molesta historia alrededor del yogur con el cual pincelamos a nuestros Dioses es una simple casualidad. Los exateístas, en nuestra vida privada, jamás, pero jamás de los jamases comemos yogur. Es más: lo tenemos prohibido por dogma, pues sería un sacrilegio comer las viandas de los Dioses. ¿Es que no comprenden nuestros autotitulados enemigos, que podríamos ser los mejores, más fieles y leales servidores del Estado que éste podría tener si quisiera? ¿Por qué nos obligan a tener que optar entre nuestras creencias y la idea tecnócrata, que en muchísimos casos también compartimos? Esperamos que este estado inamistoso desaparezca, y que nuestro Superior Gobierno por fin comprenda que la Congregación Exateísta y la causa tecnócrata no son, ni mucho menos, incompatibles.

Un buen primer paso hacia la reconciliación, podría ser que el Superior Gobierno permita la continuación de los sacrificios humanos. Tenemos unos quintillizos regordetes y magníficos que hace rato esperan turno. Podemos empezar por aquí. Esperamos, no sólo que el Monitor lo autorice sino que, también, asista al holocausto. No hace falta que acuda a nivel oficial. Puede hacerlo por

curiosear, como persona interesada en el estudio de nuestra religión. Sabemos que el Jefe de Estado tiene el *hobby* del cine. Por esta única vez autorizaremos la filmación del ritual.”

Los exateístas, con diabólica inteligencia, habían descubierto la debilidad secreta del Monitor. Lo creían muy capaz de aflojar por curiosidad y para no perderse el registro filmico de ese acto único. Y tenían razón. El Supremo Jerarca estaba realizando una película y buscaba materiales insólitos. Éste era un secreto conocido por escasas personas. Cómo lo habían averiguado los exateístas era un misterio. Monitor pasó un mal cuarto de indecisa hora. Sabía perfectamente que le tendían una trampa: si asistía ya no tendría autoridad moral para prohibir posteriores sacrificios. Dudó muchísimo pero, al fin, con un máximo esfuerzo de voluntad decidió hacerse el sordo y no dio la autorización. La causa es la causa. ■

Literatura argentina en Internet

<http://csf.colorado.edu/argentina/authors/index.html>

¡No te la pierdas!

Todo lo que usted quería saber sobre cultura cubana



FRESA Y CHOCOLATE

Periódico bimestral de cultura cubana para Latinoamérica

El mundo inséctil

POR JEAN RHYS

TRADUCCIÓN: ELVIO E. GANDOLFO

UNA NARRADORA POCO CONOCIDA PERO DIGNA DE CULTO. NACIÓ EN DOMINICA EN 1894 Y DESARROLLÓ SU CARRERA COMO ESCRITORA EN INGLATERRA. PUBLICÓ CUATRO NOVELAS Y DURANTE MÁS DE 30 AÑOS NO SE SUPO MÁS DE ELLA HASTA QUE REAPARECIÓ EN LOS '70. AHÍ DIO A CONOCER SU NOVELA MÁS FAMOSA: **EL MAR DE LOS SARGAZOS**. EL SIGUIENTE ES UN CUENTO INÉDITO EN ESPAÑOL.



Audrey empezó a leer. Su libro se llamaba **Nada tan azul**. Se ambientaba en los trópicos. Empezó en el párrafo que describía las costumbres de un insecto llamado el ácaro de la cosecha.

Casi cualquier libro era mejor que la vida, pensó Audrey. O más bien, que la vida tal como ella la estaba viviendo. Por supuesto, la vida pronto cambiaría, se abriría, se volvería muy distinta. Uno no podría seguir adelante si no tuviera esa esperanza, ¿verdad? Pero por el momento no había dudas de que era agradable alejarse de ella. Y los libros podían llevarla lejos.

Audrey podía entregarse a la palabra escrita con la misma naturalidad con que un buen bailarín se entrega a la música o un estupendo nadador al agua. La única dificultad era que después de terminar la última frase se quedaba con una sensación a la vez hueca e incómodamente plena. Exactamente como la indigestión. Tal vez fuera por ese motivo que nunca olvidaba que los libros eran una cosa y la vida otra.

Cuando se trataba de la vida Audrey era práctica. Aceptaba todo lo que le decían que aceptara. Y había habido bastante. Había vivido en Londres durante los últimos cinco años salvo unas breves vacaciones. Había estado el gran bombardeo, después el inquieto adormecimiento, después el pequeño bombardeo y ahora las bombas voladoras. Pero ella aún aceptaba todo lo que le decían que aceptara, trataba de recordar todo lo que le decían que recordara. El problema era que no siempre podía olvidar todo lo que le decían que olvidara. No podía olvidar, por ejemplo, que en su próximo cumpleaños tendría veintinueve

años. Ya no sería una Muchacha. No realmente. La guerra ya se había tragado varios años y nadie sabía cuánto duraría. Audrey tenía terror de envejecer. Le disgustaba y evitaba la gente vieja y pensaba con horror en ella misma como vieja. Nunca le había contado a nadie su motivo real y especial para odiar la guerra. Nunca había hablado de eso... ni siquiera a su amiga Mónica.

Mónica, que era una optimista cinco años menor que Audrey, estaba segura de que la guerra terminaría pronto.

-La gente siempre piensa que las guerras terminarán pronto. Pero no es así -decía Audrey-. Caramba, una duró cien años. ¿Qué te parece?

-Pero fue hace siglos y muy distinta -decía Mónica-. Nada que ver con Ahora.

Pero Audrey no estaba para nada segura de que fuera tan distinto.

-Es como si yo fuera gemelas -le dijo un día a Mónica, en un intento de explicarse a sí misma-. ¿Alguna vez te sentiste así?

Pero al parecer Mónica nunca se había sentido así o si se había sentido no quería hablar del asunto.

Sin embargo ahí estaba. Sólo una de las gemelas aceptaba. La otra se sentía perdida, traicionada, sacudida, una vagabunda en un bosque muy oscuro. La otra le decía que todo lo que aceptaba con tanta docilidad era bastante loco, chiflado. Y en eso hasta los libros la abandonaban, porque ningún libro -al menos ningún libro que Audrey hubiese leído- insinuaba siquiera ese error o chifladura esencial.

Apenas ayer, por ejemplo, había dado con eso en **Nada tan**

azul. Nada tan azul era de ella, porque compraba libros con frecuencia: la mayor parte de Penguin, pero algunos en librerías de segunda mano. Siempre escribía su nombre en la solapa y trataba de borrar cualquier señal de dueños anteriores. Pero este libro había sido muy difícil. Le había llevado más de una hora frotar las marcas de lápiz que había encontrado en todo el libro. Empezaban inofensivas: "Leído y disfrutado por Charles Edwin Rooft en este Año de nuestra Salvación MCMXLII, lo que puede interpretarse como Muchas Gracias", y después "¿Azul? Más bien rosado, creo", y, a través de todo el libro, la palabra "azul" -que desde luego aparecía a menudo- estaba subrayada y en el margen había un signo de pregunta, una nota exclamativa, o "Ja, ja". "Nauseabundo", había escrito en la página que empezaba, "La miré bien y decidí que serviría." Después venía el auténtico asunto amoroso con la hermosa muchacha inglesa que olía a narcisos y el señor Rooft había recaído en "¡Ja, ja... eso dices!" Pero fue en la página 166 que Audrey sufrió una sacudida. El tipo había escrito "Las mujeres son una abominación indecible", con tal vigor que el lápiz había roto el papel. Audrey había arrancado la página y la había tirado a la estufa. ¡Hay que ver! No había fuego, desde luego, así que pudo recogerla, alisarla y volver a pegarla.

"¿Por qué voy a arruinar mi libro?" había pensado. Igual se sentía terriblemente deprimida por alguna razón. Y sin embargo, se dijo, "apuesto que si conoces a ese hombre sería de lo más común, como todos los demás." Lo que la hacía pensar así era su letra manuscrita pequeña, nítida, precisa. Pero siempre eran las cosas más comunes las que de pronto se daban vuelta y te mostraban otra cara, una cara aterradoramente. Ese era el horror oculto, el horror que todos fingían que no existía, el horror responsable de todos los demás horrores.

El libro no era tan alegre, tampoco. Era sobre un calor húmedo y pegajoso, pájaros que no cantaban, flores que no tenían aroma. Además estaba aquella horrible muchacha a quien el héroe simplemente tenía que hacerle el amor, aunque en realidad no quería, y cuando la encantadora y fresca muchacha inglesa se enteraba, lo rechazaba.

Los nativos eran arrogantes. Siempre parecían estar soltando risitas a tus espaldas. Y eran estúpidos. Creían todo lo que les contaban, así que podían ser convencidos con facilidad de que se pusieran en contra de alguien. Entonces se volvían crueles, tan horriblemente crueles, que no podía creerse...

Y los insectos. No sólo las ratas, las serpientes y las arañas venenosas, los escorpiones, los ciempiés, millones de termitas en sus nidos color tierra desde los cuales brotaban metros de líneas de comunicación elaboradamente construidas que llevaban a un nido más pequeño, a veces en un sitio intocado del árbol del que se alimentaban, mientras que a veces simplemente se perdían, vacíos. No tenía sentido meter un palo en un nido. Parecería vulnerable, pero los insectos saldrían en enjambre, blancamente horribles, para defenderlo, y lo reconstruirían en una noche. Lo único era echarlos con humo. Quemarlos vivos. E incluso entonces algunos escaparían y de inmediato empezarían a construir en algún otro lado.

Por último, estaban todos los diminutos seres reptantes invisibles que se metían contigo mientras caminabas inocentemente. El más horrible era el ácaro de la cosecha.

"Incluso cuando salió del subte la pesadilla no terminó. Mientras se dirigía a casa tuvo que subir por una callejuela que odiaba y que ahora se estaba poniendo oscura."

quicio era comprar el vestido. La empleada había tratado de venderle un vestido estampado de talle demasiado grande y, cuando no lo quiso, había sugerido que era poco patriótico hacer tanto escándalo con lo que usaba.

-Pero los colores son tan chillones, y no me sienta bien. Es demasiado corto -dijo Audrey.

-Pero lo podría llevar alargando cómodamente.

-Pero no hay nada que alargar -dijo Audrey-. Me gustaría probarme aquel otro.

-Es un talle muy pequeño.

-Bueno, soy bastante delgada -dijo Audrey, desafiante-.

¿Cuánto más flaca quiere que sea?

-Pero es un vestido de muchacha -dijo la empleada.

Y de pronto, con lo del dolor de espalda y todo lo demás, Audrey había querido llorar. Casi dijo "Yo trabajo tanto como usted", pero era demasiado digna.

-El gris parece bonito -dijo-. No tan espantoso. Espantoso -repitió, porque era una buena palabra, y si la empleada sabía algo de las cosas la ubicaría por ella. Pero la mujer no se impresionó en absoluto, y miró fijamente por encima de su cabeza.

-Los vestidos de aquel exhibidor no son de su talle. Puede probarse uno si quiere, pero no serviría de nada. Podría alargar un poco el estampado cómodamente -repitió de modo enloquecedor.

Audrey se había sentido como un trapo mojado después de la derrota con la empleada, porque había terminado por comprar el vestido estampado. No habría bastado ir y arreglarlo en la sala de espera del quinto piso -que estaría hasta el tope de Antiguos Vejestorios- así que había vuelto a casa, había vuelto al piso que compartía con Mónica. No había tenido tiempo de comer nada, pero se había puesto el vestido nuevo y se veía todavía peor de lo que se veía en el negocio. Del cuello a la cintura era enorme, o informe. La falda, por otro lado, era muy corta y escasa y se le quedaron dos botones en la mano; tenía que esperar y volver a coserlos.

Todo el asunto la había cansado mucho. Y llegaría tarde al té de Roberta...

"Me gustaría vivir aquí", pensó cuando salió del subte. Pero siempre pensaba eso cuando iba a una zona distinta de Londres. "Aquí es más lindo", pensaba, "aquí podría ser más feliz."

La casa de su amiga Roberta estaba pintada de verde y tenía un pequeño jardín. Audrey sintió envidia cuando apretó el timbre. Y sintió aún más envidia cuando Roberta abrió llevando un saco de entrecasa floreado, la guió hasta una hermosa salita y se derrumbó en su sofá con una actitud de estrella de cine. El pensamiento inmediato de Audrey fue: "¿Qué derecho tiene una mujer a apoltronarse así en época de guerra, aun cuando esté por tener un bebé?" Pero cuando notó las grandes ojeras de Roberta, su panza enorme y patética, las manos

arruinadas, las uñas rotas, y se dio cuenta de que el saco de entrecasa estaba hecho con dos cortinas viejas ("no es ni la mitad de hermosa que antes. Parece mucho más vieja") dijo las cosas usuales, con calidez y sinceridad.

Pero esperaba que, aunque fueran casi las seis según el reloj plateado, Roberta le ofreciera torta y un poco de té. Incluso un simple pedazo de pan: podría haber devorado eso.

-¿Por qué llegaste tan tarde? -preguntó Roberta-. Supongo que ya tomaste el té -y se apuró antes de que Audrey pudiera abrir la boca-. Sírvete una galletita de chocolate.

Así que Audrey comió lentamente una galletita. Sentía que no conocía tanto a Roberta como para decir: "Me muero de hambre. Tengo que comer algo." Además eso era lo raro. Cuanto más hambre tenía una, más imposible se hacía decir: "¡Me muero de hambre!"

-¿Es bueno ese libro? -preguntó Roberta.

Roberta hojeó las páginas de *Nada tan azul* sin demasiado interés. Y dijo:

-Los ingleses siempre confunden los lugares tropicales. ¡Querida mía, el otro día encontré una muchacha que creía que Moscú era la capital de la India! Realmente, creo que es peligroso ser tan ignorante, ¿no te parece?

Roberta hablaba a menudo de "los ingleses" de esa manera. Había tomado la costumbre, pensaba Audrey, cuando estuvo fuera de Inglaterra durante dos años antes de la guerra. Ella había vivido seis meses en Nueva York. Después había estado en Miami, Trinidad, Bermuda... todos esos lugares... y sin ahorrar gastos, o al menos así decía. Había traído al regresar todo tipo de grandes ideas.

Demasiado grandes. Aparatitos para la cocina. Un amplio guardarropa. Maquillaje costoso. Se hacía arreglar el pelo y las uñas todas las semanas en lo del peluquero. Era algo interminable. De todos modos, la guerra tenía algo bueno. Había eliminado eso por completo. Por completo.

-Lee lo que dice sobre los ácaros de la cosecha -dijo Audrey.

-Querida mía -dijo Roberta-, el tipo *está inventando* todo.

-¿Quieres decir que los ácaros de la cosecha no existen?

-Por supuesto que existen -dijo Roberta-, pero sólo son jejenes. Mejor no ir descalza si les tienes miedo.

Explicó sobre los jejenes. Tenían costumbres horribles: el tipo no estaba tan equivocado. Habló un buen rato sobre insectos tropicales después de eso; parecía recordarlos con más vividez que cualquier otra cosa. Después leyó fragmentos de *Nada tan azul*, riéndose.

-Si es que debes leer todo el tiempo, no tienes por qué creer todo lo que lees.

-No lo creo -dijo Audrey-. Si supieras lo poco que creo realmente te sorprenderías. Quizás el tipo no ve las cosas como tú. Todo depende de cómo ve las cosas la gente. Si alguien quisiera escribir un libro horrible sobre Londres, ¿no escribiría un libro horrible? Me gustaría que alguien lo hiciera. Yo lo compraría.

-¡Chiflada! -dijo Roberta con afecto.

Cuando llegó la hora de irse Audrey caminó de regreso al subte mareada, y mareada se sentó en el tren hasta que un

sacudón del freno le advirtió que había pasado Leicester Square y ahora tenía que hacer trasbordo en King's Cross. Se sentía muy mal cuando salió, como si pudiera desmayarse en cualquier momento. Había tanta gente empujando, que una se confundía.

Trató de pensar en Mónica, en el fin del viaje, sobre todo en comida-comida caliente, buena- pero algo le había pasado dentro de la cabeza, y no podía concentrarse. Siguió recordando las termitas. Termitas corriendo a lo largo de uno de los caminos ocultos que se perdían y no llevaban a ninguna parte. Cuando llegó a la escalera mecánica, vaciló, con miedo a subirse. La gente que se aferraba a los pasamanos parecían insectos muy grandes. No, no parecían grandes insectos: eran insectos.

Subió a la escalera mecánica y permaneció firme sobre el costado derecho. Esta noche no habría corrido escalones arriba para ella. Apretó el brazo contra su costado y sintió el libro. Eso hizo que volviera a pensar en los ácaros de la cosecha. Los ácaros de la cosecha se te metían bajo la piel cuando no lo sabías y te ponían huevos adentro tuyo. Con solo caminar, como podrías estar caminando por una calle hacia la estación de subte, pescabas un ácaro de la cosecha tan fácilmente como comprabas el diario o encendías la radio. Y ahí estabas, infectada, y sin saber nada al respecto.

Ante ella iba una mujer mayor con pelo húmedo y ropas feas. Era divertido cómo odiaba a las mujeres como ésa. Las mujeres mayores se tendrían que quedar en casa. No tendrían que andar caminando. ¡Gente deprimente! Sobresalir: eso era lo que la mujer estaba haciendo. Quedándose derecha en el medio, en vez de ir en fila. Así que uno no podía enojarse con la muchacha de

mantenimiento, que galopaba apurada, por darle un buen empujón y decirle en voz baja:

-¡Oh, quítate del camino!

Pero debe de haber empujado demasiado porque la vieja se tambaleó. Iba a caerse. El corazón de Audrey se le subió enfermizo a la boca mientras cerraba los ojos. No quería ver cómo sería, no quería oír el grito.

Pero no hubo ningún grito y cuando Audrey abrió los ojos vio que la anciana se había salvado asombrosamente. Sólo había tropezado un par de escalones abajo y había aferrado de nuevo la baranda. Incluso logró reírse y decir:

-¡Ahora veo dónde van a parar todos los bifés!

Tenía el rostro muy blanco, sin embargo. Como el de Audrey. Tal vez el corazón de la mujer seguía dado vuelta. Como el de Audrey.

Incluso cuando salió del subte la pesadilla no terminó. Mientras se dirigía a casa tuvo que subir por una callejuela que odiaba y que ahora se estaba poniendo oscura. Era una de esas calles que están casi siempre vacías. La habían bombardeado mucho y Audrey estaba segura de que estaba embrujada. Hierbas y flores de aspecto salvaje crecían sobre los esqueletos de las casas, sobre los montones de escombros. Había escalones delanteros que parecían colgar de un hilo, y cerca de uno de ellos vivía un gato negro de ojos verdes. A Audrey le gustaban los gatos pero éste no, éste no. Estaba segura de que no era realmente un gato.

¿Y si sonaba la sirena? "Si suena la sirena cuando estoy en esta calle significará que está todo en mi contra." Y si un hombre con un extraño rostro inexpresivo y sin cejas... como el que se metió en el baño de damas del cine la otra noche y se quedó ahí sonriéndoles y nadie sabía qué hacer así que todos fingieron que no estaba allí. Tal vez no estaba, por otra parte... si un hombre como éste se le acercara suavemente por detrás, le tocara el hombro, le hablara, ella sería incapaz de luchar, se limitaría a tenderse y morir de miedo, tanto odiaba esta calle. Y tenía que caminar con serenidad porque si corría le daría a lo que quiera que fuese su oportunidad y eso correría detrás de ella. Sin embargo, incluso caminando con serenidad, al fin se llegaba al final. Sólo había que dar vuelta la esquina hacia una plácida calle común donde todo el daño había sido limpiado y estaba el tercer piso que compartía con Mónica, también mecanógrafa en una oficina del gobierno.

La radio estaba a todo volumen. El olor a repollo bajaba flotando por las escaleras. Mónica, por una vez, estaba preparando la comida. Comían afuera los lunes, miércoles y viernes, en casa los martes, jueves, sábados y domingos. Por lo común Audrey hacía las cosas de la casa y cocinaba y Mónica se encargaba de las libretas de racionamiento, hacía largas colas para comprar y llevaba y traía las cosas del lavadero todas las semanas porque la camioneta ya no iba a domicilio.

-Hola -dijo Mónica.

-Hola -contestó Audrey con voz débil.

Mónica, una chica morocha, bonita, puso la comida sobre la mesa y observó de inmediato:

-Tienes la cara un poco verde.

¿Estuviste tomando gin adulterado otra vez?

-Oh, no te burles. No comí mucho hoy: eso es todo.

Unos minutos después Mónica dijo con impaciencia:

-Bueno, ¿entonces por qué no comes?

-Creo que ya se me pasó -dijo Audrey, jugueteando con la salchicha y el repollo que tenía en el plato.

Mónica empezó a leer el diario de la mañana. Hablaba en voz alta, por encima de la música de la radio.

-¿Viste este artículo sobre lo que es ser mujer en Alemania? Dice que no pueden conseguir perfume ni colonia ni pintura para uñas.

-¡Imagínate! -dijo Audrey- ¡Pobrecitas!

-Dice que lo primero que eliminó Hitler fue la pintura para uñas. Empezó así. Me pregunto por qué. El tiene que tener un motivo, ¿verdad?

-¿Por qué tiene que tener un motivo? -dijo Audrey.

-Porque -dijo Mónica-, si tienen a una muchacha pensando que no es bonita, pensando que se ve horrible, la tienen donde quieren tenerla, por supuesto. Y podría empezar con la pintura para uñas, ¿no? Y dice: "Todas las mujeres maduras y ancianas se ven terriblemente infelices. Sencillamente *se escurren*" dice.

-Me dejas pasmada -dijo Audrey-. En la Isla de los Perros es distinto, ¿verdad?

Ahora estaba harta y quería ser grosera con alguien.

-Oh, cállate -dijo-. No me interesa. ¿Por qué tengo que vérmelas con las mujeres alemanas además de todas las

mujeres de aquí? ¡Qué pesadilla!

Mónica abrió la boca para contestarle algo agudo; después volvió a cerrarla. Era una chica de carácter parejo. Apiló los platos sobre una bandeja, la llevó a la cocina y empezó a lavar.

En cuanto salió, Audrey apagó la radio y la luz. Sueño bendito, sueño encantador, nunca tenía bastante... Los domingos por la mañana, mucho después de que Mónica se levantaba, estaba tendida inconciente. Tenía el sueño pesado, podía decirse, salvo que su modo de respirar era silencioso y hueco y que estaba tendida tan inmóvil, sin agitarse ni darse vuelta. Y después *Ella (¿quién?) envió el suave sueño de Cielo que se deslizó en mi alma. Eso se deslizó en mi alma. El sueño, el dulce da-lo-mismo de la naturaleza. El sueño que teje las hebras enredadas...*

Parecía que acababa de cerrar los ojos cuando estaba despierta otra vez. Mónica la sacudía.

-¿Qué pasa? ¿Ya es de mañana? -dijo Audrey-. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

-Oh, nada, nada -dijo Mónica, sarcástica-. Sólo estabas descascarando el techo con tus gritos.

-¿Yo? -dijo Audrey, interesada-. ¿Qué estaba diciendo?

-No sé qué estabas diciendo y no me importa. Pero si quieres que nos echen, ésa es la manera. Sabes muy bien que la mujer de abajo está haciendo todo lo que puede para expulsarnos porque dice que hacemos demasiado ruido. Decías algo sobre ácaros de la cosecha. ¿Qué son los ácaros de la cosecha, en todo caso?

-Lo usan en lunfardo para hablar de la gente del subte -contestó Audrey con tono voluble, para su gran sorpresa-. ¿No lo sabías?

-¿Es así? No, nunca lo había oído.

-El nombre viene de un insecto tropical -dijo Audrey-, que se te mete bajo la piel sin que te des cuenta. Pone huevos y los empolla y no te das cuenta. Y hay otro tipo de insecto que vive en grandes ciudades. Tienen rieles, subtes, puentes, soldados, guerras, todo lo que tenemos. Y tienen grandes ciudades, y ciudades más pequeñas con caminos que van de un lado a otro. La mayoría son lo que se llaman obreros. Nunca vuelan porque perdieron las alas y tampoco hacen nunca el amor. Son sólo obreros. Nadie sabe muy bien cómo lo hacen, pero creen que es la comida. Otra gente dice que es la segregación. ¿No me crees? -dijo, alzando la voz-. ¿Crees que te estoy contando mentiras?

-Por supuesto que te creo -dijo Mónica con voz tranquilizante-, pero no veo por qué tienes que gritarlo.

Audrey aspiró mucho aire. Le temblaron los costados de la boca. Después dijo:

-Mira, me voy a la cama. Estoy horriblemente cansada. Voy a tomarme seis aspirinas y después me voy a la cama. Si la sirena suena no me despiertes. Incluso si una de esas cosas cae muy cerca, no me despiertes. No quiero despertar, pase lo que pase.

-Perfecto -dijo Mónica-. Está bien, vieja muchacha.

Audrey se precipitó sobre ella con los puños apretados y empezó a gritar otra vez:

-Maldición, no me llares así. Que tu alma caiga en el infierno eterno, no me llares así...



Foto: LEE MILLER

El despertar de Irma Sheinberg

POR PATRICIA SUÁREZ

LA ROSARINA PATRICIA SUÁREZ (1969) TIENE EL EXTRAÑO VICIO DE ACUMULAR PREMIOS LITERARIOS: EL AÑO PASADO, SIN IR MÁS LEJOS, GANÓ EL HAROLDO CONTI DE CUENTO Y EL SEGUNDO PREMIO DE NOVELA QUE ORGANIZA LA MUNI DE ROSARIO. ADEMÁS ES PERIODISTA Y FUE UNA DE LAS SELECCIONADAS EN EL PRIMER CONCURSO DE LA V. HACE AÑOS HA.

Todavía no había enrojecido el cielo, cuando Irma Sheinberg despertó. No había llegado la madrugada, y el rocío no había caído aún sobre las tres desoladas macetas con petunias. De modo que cuando Irma Sheinberg despertó, sofocada, a mitad de un deseo y en medio de la noche, sintió que todo había terminado. Entrevió la noche, prieta, pesada, sobre el jazmín que nunca había florecido, y la oscuridad, la noche era como un animal ululante que la reclamara. El sueño que he tenido, dijo, porque a algo había que culpar. Le pareció que un hámster, un ratoncito, giraba eternamente en su ruedita, en la noche, y no quiso acordarse del hámster. Odiaba hasta la palabra hámster. Ella decía criceto. Decía criceto, decía canalla, decía devenir, decía acto amoroso, decía el fin, para no nombrar las cosas que temía. Era una extraña pasión por el eufemismo. Sentía, le pareció sentir el chirrido de la ruedita, a través de la noche, que prorrumpía del silencio hacia ella. Que había sido como un sueño, pensó Irma. Que acababa de despertarse. Que no era la elegida de Dios.

Se incorporó como pudo, incapaz de llegar a la cocina, arrasándose por la habitación como por las arenas del desierto. Cuando se levantó, en la cama quedó un hoyo profundo. Respiró con fuerza para calzarse las chinelas. El vientre, la gordura, le impedían tocarse las puntas de los pies. Pasó delante del espejo, sin mirarse, temiendo encontrarse con un monstruo, con el regreso de un muerto vivo. Llevaba una mano abierta sobre el pecho, para captar la desaceleración de su corazón. Extrañaba, al tocarse, no encontrar los arcos férreos de su corpiño. Los arcos que usaba se templaban, seguramente, para ella, en un astillero. Si los fundía, podría construir con ellos la quilla de un barco.

En la oscuridad, tanteó las paredes. Tropezó con el piano, que yacía a sus pies igual que un buey muerto. La madera del piano la golpeó en la canilla y el sonido que partió, de la carne macerada, le pareció la primera nota de una obertura. Podría ponerme a escribir, dijo, y se frotó los ojos ardidos, invadidos por la arenilla del desvelo. Apuntó mentalmente la idea que acababa de concebir. Una nota grave, densa, y luego el grito de la soprano, uno de esos gritos que hacen estallar los cristales, un grito sostenido, incesante. La sangre bullió por la zona golpeada e Irma, masajeándose, desistió de la idea; del reino entero de las ideas.

Siguió, como un destino, hacia la cocina. Abrió las alacenas con fuerza. Vió, con tristeza, infinitas latas apiladas. Las pilas de

comida enlatada eran como dientes en una sonrisa. Atrapó una cualquiera, para desdentarla. Era una lata de sardinas. Nereida, leyó. Y sonrió, casi se puso de buen humor, de imaginarse a sí misma, semidesnuda, bamboleando sus desnudeces a través de las olas del mar, montada en una sardina. Hincó el abrelatas y lo hizo girar: verdaderamente parecía una cimitarra. Tres pescaditos míseros, hundidos en aceite, hincharon sus agallas. Eran tres lápices de colegio, de esos que se usan para trazar las primeras letras. Irma metió el dedo, se embadurnó de aceite. Sin mirarlos, los echó a la basura, airosa y con asco a la vez, como si las devolviera al mar. Como si alguna de las esmirriadas sardinas fuera a saltar de entre los residuos para ofrecerle un tesoro a cambio de su buena voluntad. Y ella respondería, convencida: No, no, riquezas no. La mejor, lo que yo quiero es ser la mejor. Y claro, entonces el pez se partiría de risa. Imposible, imposible, qué estupidez, le diría el pez, y le enseñaría sus dientes puntiagudos porque ella le había hecho el favor no a una flacucha y feérica sardina, sino a una palometa. Ojalá se pudran, dijo Irma con indignación. Buscó otra lata. Atún. Lo despanzuró con la cimitarra. Lo echó con rabia sobre un pan. El atún no tenía sabor a nada. Peor: tenía el sabor de la nada. Pena le daba masticar esos filamentos que no parecían pertenecer a un pez. Sino a una nereida. Se la había engullido antes de volcar la primera lágrima. Y antes de llorar, con pulmones e hipos, con todo lo que se aprende viendo a las gruesas primas donnas, le pareció volver a sentir el traqueteo indecible, casi podría decir en Do Menor, que es el tono de la desgracia, del hámster, el criceto, en su ruedita, girando en la madrugada que iba a ser, dando vueltas en redondo, hasta echar a volar. Después, Irma Sheinberg empezó a llorar.

Durante el llanto, Irma no se asombró de que la noche no acabara, que no llegara el fin y empezara a clarear, y la claridad cayera, a mansalva, sobre las mustias petunias del balcón. No se extrañó, y no pensó que al día siguiente, en unas horas nomás, tendría que lidiar con la insipidez y la torpeza de los alumnos y arremetería contra el piano como contra un búfalo del Colorado. No pensó en las aspirinas que tendría que tomar para que no se le hincharan los párpados, la cara, como una calabaza, como siempre se le inflamaba por el llanto. Menos todavía le preocupó que sus alumnos susurraran que ella era alcohólica ante la presencia absoluta, acaparadora, de sus ojos turbios. Que uno, Berutti, por ejemplo, fuera a decir: Grapa, la Maestra toma grapa. Encima le decían Maestra. Y ella, para

corregirlo, debiera alzar su voz ronca, llamándolo al orden: Berutti, Preludio de la Gota de Agua de Chopin. Lo oigo. Encima Chopin. Tristeza había traído a su vida el piano. ¿Piano? La noria.

Se forzó, dijo: Me voy a poner a escribir. Arrastrando las chinelas, trajo el papel pautado. El sonido de las chinelas contra el piso era el jadeo de un perro. Apartó el plato, los restos del sandwich de atún, o del cadáver de la nereida, según se mire, y se acodó en la mesa. El lápiz tambaleó en su mano. Anotó el tono, garrapateó el clave. Trató de precisar, escuchar la voz de la soprano en un melisma infinito. Alto, alto, por encima de los capiteles, de las torres, de los nidos de las cigüeñas. Alto, tan alto la soprano.

Entonces, Irma dudó. Cayó de nuevo en la languidez. Recordó sus sueños, el sueño, el primero. La Escalera y la Voz, y ella que es elegida por la Voz para hallar sitio en la Escalera. Ese sueño, el primero, la indujo, la torció en el error, o no, tal vez no fue un error creer que estaba destinada, consagrada, a la música. Que Dios la había elegido a ella, verdaderamente, a Irma Sheinberg. Y tal vez ni siquiera fue un sueño, sino una ocurrencia que ella tuvo. Se le ocurrió que podía ser la elegida de Dios, que sería su instrumento, que se consagraría a Él a través de la música.

Querría que no creciera, le dijo una vez la madre. Había llovido toda la noche, y todavía seguía lloviendo. Apenas distinguían, a través de la ventana, la copa de la acacia, a lo lejos. Envuelta en un torbellino de gotas, en la lluvia. Quisiera que no crezcas, Irma, repitió la madre, que no crezcas más. Que no pase nada, que ni el tiempo pase.

Irma se levantó. Puso el agua a hervir. Buscó una botella de whisky, de esas destiladas por Mr Grant en Dufftown. Se sirvió medio vaso. Observó, durante un lento cuarto de hora el líquido amarillo. Le pareció oír las campanadas, cuatro o cinco, con ese aire definitivo que daban las campanadas de la catedral. Un aria. Podría escribir un aria, cantado por un arzobispo, que baja a todo correr por la escalera de caracol del campanario, alzándose la sotana, cada vez más rápido, para no oír las doblar. Preparó el café. Mientras lo hacía, echó un trago de whisky en su garganta. No la quemó. Estaré muerta, pensó Irma, ya no siento nada. revolvió la taza de café innumerables veces. La cucharita dio vueltas hasta el mareo. Tomó el café, mareada, como el hámster, el criceto. El hámster que ella había liberado en el invierno, en el cordón de la vereda, desesperada, para no verlo ya más, nunca más, dar vueltas sin ton ni son en su ruedita. Te vas, le ordenó cuando lo puso en una alcantarilla. Te vas a ver un poco de mundo por ahí. Me cansa tu cara de rata, me cansa tu presencia, tu manía. Afuera, al mundo. El animalito observó en redondo, desorientado. Frunció el hocico, se paró en dos patas. Chilló. El chillido cortó la noche como el filo de una cuchilla. Después huyó, sin dirección, cuesta abajo.

Ojalá no se haya muerto, deseó Irma mientras mojaba una galleta dulce en el café. La galleta estaba un poco vieja; verda-



deramente: tenía sabor a musgo. Supuso que ya nadie la vendría a buscar para hacer el papel de sílfide en un ballet. Sacó el merengue de la heladera. La luz de la heladera era azul y fría, más penetrante que la de la mañana. Mojó los dedos en el merengue, y los chupó uno a uno, los diez, como a paraguaitas de chocolate. Qué tristeza, dijo, y después se acordó dónde estaba la ricota. La había escondido, en el placard, detrás de las medias de nylon, para no tentarse y comer a

deshoras. Había escondido una torta entera de ricota. Qué desastre, murmuró, y corrió a buscarla. La llevó, con alboroto, a la cocina. Escribió "Irma" con la punta del cuchillo. La cortó. Comió algunos pedazos. No, Dios no la había llamado. O si la había llamado, la misión ya había finalizado. Se terminó esta misma noche cuando ella despertó. Se terminó con las dos suites que escribió, con el concierto para piano y la media docena de nocturnos. Los nocturnos eran como su propia vida: con la mano izquierda se tocan los arpeggios, y con la derecha, la melodía. Así, ella creía que por las noches hablaba con Dios. Que Dios le dictaba los compases. Que tenía sublimes discusiones, como melopeas, con Dios. Que Dios, en sueños, la llamaba Irma. Porque Dios no podía menos que tutear a una de sus criaturas preferidas. Y durante el día, bueno, durante el día Irma Sheinberg daba clases. Sin embargo, nunca se había preguntado por qué, si Dios la había elegido, si había hecho a su música perfecta, le vedaba la gloria. Tal vez, ella, Irma Sheinberg, no le gustaba a Dios. Le había caído mal desde siempre. Y Él decidió engañarla, como sólo Dios puede estafar a sus criaturas: inculcándole la idea de la perfección absoluta. Qué estupidez, suspiró Irma, segura, por otra parte, de que su misión, la música, había terminado. Que Dios venía a relevarla. O a liberarla, quizá.

Encontró dos porciones de pizza en un rincón de la heladera. La media aceituna que adornaba la pizza le pareció un escarabajo. Algo inmundito, ahogado en el queso. No, mamá, se acordó que le contestó a su madre la tarde de aquella lluvia. Te prometo que no voy a crecer nunca. La madre le sonrió, y, en una caricia, le desordenó el flequillo. Tenía el pelo largo y rulento y su cabello, para el peine, era como un país inconquistable. Tenía dientes largos, también, y por eso su padre le decía que parecía una marmota, que tenía cara de marmota. Agotada, subió los pies a un banquito. Permaneció con las piernas estiradas, un buen rato, y se vió a sí misma como un maravilloso puente colgante. Las cosas rezumaban en su vientre, cálidas. Dijo, Bueno, no es una catástrofe, tampoco. Es como en las tortugas. O crecen o se mueren. Qué se le va a hacer. Habrá que ver un poco de mundo.

Irma se levantó, aspiró aire profundamente. Le parecía que iba a llorar, pero en realidad tenía sueño. Cuando se acostó le llegó desde la cocina el goteo de la canilla mal cerrada. Aguzó su oído, y comprobó que ya nada giraba, interior en la ruedita. Que ahora, por fin, podría ser ella misma. Entretanto, se quedó dormida.

Letra para salsa y tres soneos por encargo

POR ANA LYDIA VEGA

LA BORICUA ANA LYDIA VEGA FORMA PARTE DE LO MEJOR DE LA NARRATIVA PUERTORRRA ACTUAL (LA V. YA HA PUBLICADO VARIAS MUESTRAS DE ESTA BRILLANTE LITERATURA). VEGA HA PUBLICADO VARIOS LIBROS DE RELATOS ENTRE LOS QUE SE DESTACAN PASIÓN DE HISTORIA Y FALSAS CRÓNICAS DEL SUR. EL SIGUIENTE RELATO FUE TOMADO DE SU PRIMER LIBRO, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

En la De Diego fiebra la fiesta patronal de nalgas. Rotundas en sus pantis super-look, imponentes en perfil de falda tubo, insurgentes bajo el fascismo de la faja, abismales, olímpicas, nucleares, surcan las aceras riopedrenses como invencibles aeronaves nacionales.

Entre el culipandeo, más intenso que un arrebato colombiano, más perseverante que Somoza, el Tipo rastrea a la Tipa. Fiel como una procesión de Semana Santa con su rosario de qué buena estás, mamichulín, qué bien te ves, qué ricos te quedan esos pantaloncitos, qué chula está esa hembrotá, men, qué canto e silán, tanta carne y yo comiendo hueso...

La verdad es que la Tipa está buena. Se le transparenta el brassiere. Se le marca el Triángulo de las Bermudas a cada temblequeo de taco fino. Pero la verdad es también que el Tipo transaría hasta por un palo de mapo disfrazado de pelotera.

Adiossss preciossssa, se desinfla el Tipo en sensuales sibilancias, arrimando peligrosamente el hocico a los technicolores rizos de la perseguida. La cual acelera automática y, con un remeneo de nalgas en high, pone momentáneamente a salvo su virtud.

Pero el salsero solitario vuelve al pernil, soneando sin tregua: qué chasis, negra, qué masetera estás, qué materia prima, qué tronco e jeva, qué zocos, mama, quién fuera lluvia pa caelte encima.

Dos días bíblicos dura el asedio. Dos días de cabecidura persecución y encorcorante cantaleta. Dos luengos días de qué chulería, trigüeña, si te mango te hago leña, qué bestia esa hembra, sea mi vida, por ti soy capaz hasta de trabajar, pa quién te estarás guardando en nevera, abusadora.

Al tercer día, frente por frente a Almacenes Pitusa y al toque de sofrito de mediodía, la víctima coge impulso, gira espectacular sobre sus precarios tacones y: encestaaaaa:

—¿Vamos?

El jinete, desmontado por su montura da una vuelta de camero emocional. Pero, dispuesto a todo por salvar la virilidad patria, cae de pie al instante y dispara, traicionado por la gramática:

—Mande.

La Tipa encabeza ahora solemnemente la parada. En el parking de la Plaza del Mercado janguea un Ford Torino rojo metálico del '69. Se montan. Arrancan. La radio aúlla un bolero.

senil. La Tipa guía con una mano en el volante y otra en la ventana, con un airecito de no querer la cosa. El Tipo se pone a desear violentamente un apartamento de soltero con vista al mar, especie de discoteca-matadero donde procesar ese material prime que le llueve a uno como cupón gratuito de la vida. Pero el desempleo no ceba sueños y el Tipo se flagela por dentro con que si lo llego a saber a tiempo le allano el cuarto a Papo Quisqueya, pana de Ultramona, bródel de billar, cuate de jumas y jevas, perico de altas notas. Dita sea, concluye fatal. Y esgrimiendo su rictus más telenovel, trata de soltar con naturalidad:

—Coge pa Piñones.

Pero agarrando la carretera de Caguas como si fuera un dorado muslo de Kentucky-fried chicken, la Tipa se apunta otro canasto tácito.

La entrada al motel yace oculta en la maleza. Ambiente de guerrilla. El Torino se desliza vaselinoso por el caminito estrecho. El empleado saluda de lejitos, mira coolmente hacia adelante cual engringolado equino. El carro se amocola en el garage. Baja la Tipa. El Tipo trata de abrir la puerta del carro sin levantar el seguro, hercúlea empresa. Por fin aterriza en nombre del Homo Sapiens.

La llave está clavada en la cerradura. Entran. Ella enciende la luz. Neón inmisericorde, delator de barro y espinillas.

El Tipo se trinca de golpe ante la mano negra y abierta del empleado protuberando ventanilla adentro. Se acuerda del vacío interplanetario de su billetera. Minuto secular y agónico al cabo del cual la Tipa deposita cinco pesos en la mano negra que se cierra como ostra ofendida y desaparece, volviendo a reaparecer de inmediato. Voz roncona tipo Godfather:

—Son siete. Faltan dos.

La Tipa suspira, rebusca en la cartera, saca lipstick, compacto, cepillo, máscara, kleenex, base, sombra, bolígrafo, perfume, panti bikini de encaje negro, Tampax, desodorante, cepillo de dientes, fotonovela y dos pesos que echa como par de huesos a la mano insaciable. El Tipo siente la obligación histórico-social de comentar:

—La calle ta dura, ¿ah?

Desde el baño llega la catarata de la pluma abierta. El cuarto tiene cara de closet. Pero espejos por todas partes. Cama de media plaza. Sábanas limpias aunque sufridas. Cero almohada.

Bombilla roja sobre cabecera. El Tipo como que se friquea pensando en la cantidad de gente que habrá sonrojado esa bombilla chillona, toda la bellaquería nacional que habrá desembocado allí, los cuadrazos que se habrá gufado ese espejo, todos los brincoteos que habrá aguantado esa cama. El Tipo parquea el cráneo en la Plaza de la Convalecencia, bien nombrada por las huestes de enfermitos que allí hallan su cura cotidiana, oh, Plaza de la Convalecencia donde el espacio de los panas se hace rito tribal. Ahora le toca a él y lo que va a esepitar no es campaña electoral. Se cuadra frente al grupo, pasea, va y viene, sube y baja en su montura épica: La Tipa estaba más dura que el corazón de un mafioso, mano. Yo no hice más que mirarla y se me volvió merengue allí mismo. Me la llevé pa un motel, men, ahora le tumban a uno siete cocos por un polvillo.

La Tipa sale del baño. Con un guille de diosa bastante merecido. Esnufta. Tremenda india. La Chacón era chumba, bródel.

—¿Y tú no te piensas quitar la ropa? - truena Guabancex desde las alturas precolombinas del Yunque.

El Tipo pone manos a la obra. Cae la camiseta. Cae la correa. Cae el pantalón. La Tipa se recuesta para ligarte mejor. Cae por fin el calzoncillo con el peso metálico de un cinturón de castidad. Teledirigido desde la cama, un proyectil clausura el strip-tease. El Tipo lo cachea en el aire. Es —oh, pudor— un condescendiente condón. Y de los indesechables.

En el baño saturado de King Pine, el macho cabrío se faja con la naturaleza. Quiere entrar en todo su esplendor bélico. Cerebros retroactivos no ayudan. Peles a través de puerta entreabierta: nada. Pantis negros de maestra de estudios sociales: nada. Gringa soleándose tetas Family Size en azotea: nada. Pareja sobándose de A a Z en la última fila del cine Paradise: nada. Estampida de mujeres rozadas en calles, deseadas, desfloradas a cráneo limpio; repaso de revistas Luz, Pimienta embotelladas: incomparables páginas del medio de Playboy, rewind, replay; viejas frases de guerra caliente: crucifícame, negrito, destrúyeme, papi, hazme papilla, papote. Pero: nada. No hay brujo que levante ese muerto.

La Tipa llama. Clark Kent busca en vano la salida de emergencia. Su traje de Superman está en el laundry.

En una humareda de Marlboro, la Tipa reza sus últimas oraciones. La suerte está como quien dice echada y ella embollada en el despojo sin igual de la vida. Desde la boda de Héctor con aquella blanquita comemierda del Condado, el himen pesa como un crimen. Siete años a la merced de un dentista mamito. Siete años de rellenar caries y raspar sarro. Siete años de contemplar gargantas espatarradas, de respirar alientos de pozo séptico a cambio de una guiñada, un piropo mongo, un roce de mariposa, una esperanza yerta. Pero hoy estalla el convento. Hoy cogen el vuelo de tomateros los votos de castidad. La Tipa cambia el canal y sintoniza al Tipo que el destino le ha vendido en baratillo: tapón, regordete, afro de peineta erecta, T-shirt rojo pava y mahones ultimátum. La verdad es que años luz de sus más platinados sueños de asistente dental. Pero la verdad es también que el momento histórico está ahí, tumbándole la puerta como un marido borracho, que se le está haciendo tarde y ya la guagua pasó, que entre Vietnam

y la emigración queda el racionamiento, que la estadidad es para los pobres, que si no yoguea engorda y que después de todo el arma importa menos que la detonación. Así es que: todo está científicamente programado. Hasta el transistor que ahogará sus gritos vestales. Y tras un debut en sociedad sin lentejuelas ni canutillos, el velo impenetrable del anonimato habrá de tragarse por siempre el portátil parejo de emergencia.

De pronto, óyese un grito desgarrador. La Tipa embala hacia el baño. El Tipo cabalga de medio ganchete sobre el bidet, más jincho que un gringo en febrero. Al verla, cae al suelo, epilépticamente contorsionado y gimiendo como ánima en pena. Pataleos, contracciones, etcétera. Pugilato progresivo de la Tipa ante la posibilidad cada vez más posible de haberse enredado con un tecato, con un drogo irredento. Cuando los gemidos se vuelven casi estertores, la Tipa pregunta prudentemente si debe llamar al empleado. Como por arte de magia cesan las lamentaciones. El Tipo se endereza, arrullándose materno los chichos adoloridos.

—Estoy malo del estómago, dice con mirada de perico sarnoso a encargado de la perrera.

"El Tipo pone manos a la obra.

Cae la camiseta. Cae la correa.

Cae el pantalón. La Tipa se re-

cuesta para ligarte mejor. Cae por fin el calzoncillo con el peso metálico de un cinturón de castidad."

Soneo I

Primeros auxilios. Respiración boca a boca. Acariciando la pancita en crisis, la Tipa rompe con un rapeo florecido de materialismo histórico y de sociedad sin clases. Fricción vigorosa de dictadura del proletariado.

Recital aleluya del Programa del Partido. El Tipo experimenta el fortalecimiento gradual, a corta, mediana y larga escala, de su conciencia lirona. Se unionan. Emocionados entonan al unísono la Internacional mientras sus infraestructuras se conmocionan. La naturaleza acude al llamado de las masas movilizadas y el acto queda dialécticamente consumado.

Soneo II

La tipa confronta heavyduty al Tipo. Lo sienta en la cama, se cruza de piernas a su lado y, con impresionante fluidez y meridiana claridad, machetea la opresión milenaria, la plancha perpetua y la cocina forzada, compañero. Distráida por su propia elocuencia, usa el brassiere de cenicero al reclamar enfática la igualdad genital. Bajo el foco implacable de la razón, el Tipo confiesa, se arrepiente, hace firme propósito de enmienda e implora fervientemente la comunión. Emocionados, juntan cabezas y se funden en un largo beso igualitario, introduciendo exactamente la misma cantidad de lengua en las respectivas cavidades bucales. La naturaleza acude al llamado unisex y el acto queda equitativamente consumado.

Soneo III

La Tipa se viste. Le lanza la ropa al Tipo, aún atrincherado en el baño. Se largan del motel sin cruzar palabra. Cuando el Torino rojo metálico del '69 se detiene en la De Diego para soltar su carga, sigue prendida la fiesta patronal con su machina de cabalgables nalgas. Con la intensidad de un arrebato colombiano y la perseverancia somociana, con la desfachatez del Sha, el Tipo reincide vilmente. Y se reintegra a su rastreo cachondo, al rosario de la interminable aurora de qué meneo lleva esa mulata, oye, baby, qué tú comes pa estal tan saludable, ave maría, qué clase e lomillo, lo que hace el arroz con habichuelas, qué troj de calne, mami, si te cojo...

Los veteranos de guerra

POR PHILIPPE DJIAN

TRADUCCIÓN: DIANA ARBISER

FAMOSO POR SER EL AUTOR DE LA NOVELA **37° 2 POR LA MAÑANA** (QUE DIO ORIGEN A LA PELÍCULA **BETTY BLUE**), DJIAN (1949) SE HA DESTACADO ENTRE LOS ESCRITORES FRANCESES DE SU GENERACIÓN POR SUS HISTORIAS DE AMOR SIEMPRE AL BORDE DE LA LOCURA Y POR SU ESCRITURA CUIDADOSAMENTE DESCUIDADA. UNA MUESTRA DEL MEJOR DJIAN ES ESTE CUENTO TOMADO DE SU LIBRO **50 CONTRE 1**.

Cuando me encontré con Sonia, yo venía de caer bajo una banda de tipos malhablados, que habían ajustado cuentas conmigo. Era de noche, llovía y yo estaba apoyado contra una pared, todo lo que yo quería era no desplomarme sobre la vereda, empujaba sobre mis piernas, me resbalaba, no veía qué podía hacer con mis brazos; nada sino ese peso muerto atornillado sobre dos piernas flojas. En particular, ese satánico golpe que había recibido sobre la oreja, mamá, me sentía partir, intento *resistir*, eso se volvía interesante y luminoso en mi cabeza, respiraba una gran bocanada y escapaba por un pelo al viaje.

Cerré los ojos. Escuchaba los autos que enfilaban la calle como peces serrucho furiosos, los revólveres me vigilaban, posado sobre el dolor del viernes a la noche.

En un momento, la encontré cerca de mí. Enseguida, veía las gotas rodar sobre sus pestañas y su piel blanca, ja, ja, yo no creía mucho en ese tipo de cosa y en nada en particular, ella me ayudó a enderezarme, yo pensé decíle que se vaya, pero me aferré a ella, con todo mi peso y zigzagueamos bajo los faroles. Yo exageraba.

Permanecí contra la puerta del auto mientras ella buscaba las llaves. A veces, me sucedía, yo entregaba mi vida a las personas y las veía hacer. Psé, hubo algunos buenos cabrones que me hicieron dar grandes escalofríos y he perdonado a otros, no hay cuentas que ajustar. Debo decir que ella manejaba muy bien. En menos de dos, habíamos salido de la ciudad, ella había sabido evitar a los chiflados que cruzaban locamente de un lado al otro de la calle.

Bordeamos la playa y nos internamos en un bosque, yo hacía del tipo que sufría en silencio, pero seguramente no tenía nada que decir, no había cambiado en una hora.

Igualmente, me puse a gesticular sobre el asiento, ella estaba bien encaminada.

- ¿A dónde vamos?- produje.
- Vamos a mi casa. Vivo en un árbol.
- Ja, ja -dije-. Vamos a poder comer una ensalada de hojas.

- Si querés.
- Y no te lo había dicho, me encanta masticar bellotas.
- Es ahí -dijo ella.

Detuvo el auto. Estábamos en pleno bosque, sólo grandes trastos que se perdían en lo alto, yo me torcí el cuello para hacerme el gracioso, todavía era de noche. Había tropezado con una graciosa, pero sin tener de qué reírme, yo empezaba a estar cansado. Había también esas historias de tipos caídos en golpes sangrientos. Seguramente existían esas minas feroces que te plantaban una navaja en la nuca después de haberte violado sobre un montón de hojas secas. Entonces, cuando ella bajó, busqué un poco en el asiento para ver si no encontraba un manubrio o alguna cosa de hierro, ella ya había retirado la llave de contacto y yo salía a buscarla.

No le quitaba los ojos de encima. Hizo unos veinte metros y se apoyó contra un árbol, un trozo sagrado. Entonces, cuando me llamó y vi esa puerta que se abría hacia el interior del árbol, comprendí que eso podía estar bien. Y entré.

En la mañana, hicimos un pequeño recorrido por las ramas. Yo estaba en plena forma, bien descansado y todo, pero tenía un poco de miedo de pegarme un golpe, no veía abajo, pero debíamos estar a unos treinta metros o más, sin contar las ramas podridas, las piernas rígidas, toda la panoplia de Superman.

- Eh, ¿y si fuéramos a tomar un trago? -dije.

Ella se divirtió y partió *corriendo* sobre una pequeña rama hasta la choza, y yo, de rodillas, fui lo más rápido que pude, les aseguro.

Ya estaba el agua para el té cuando empujé la puerta, bañado en sudor. Por un momento se me fueron los ojos sobre sus jeans ajustados. Me encantan los jeans ajustados, denme una chica con jeans ajustados y estoy listo para enamorarme de su alma, y luego, bueno, nos pusimos a discutir, ella explicaba todo, la cabaña, y por qué, cómo, yo sonreía, no escuchaba nada de nada, ese té de mierda me emborrachaba completamente, no podía saborear todo al mismo tiempo, ay Dios, esta-

Foto: Marino Parisotto Vay



ba hundido en uno de esos almohadones mullidos, yo pensaba en su pequeño cuerpo todo caliente, estábamos todavía en verano y estaba lindo, buscaba un medio para tapiar esa casucha, escuchaba los pájaros y el viento se puso a soplar, todo ese delicioso desorden se mecía, eso me hacía aguantar, me puse a pensar gentilmente en su sexo, dulcemente y el viento me hacía verdaderamente mal, un golpe por delante, un golpe por detrás, a babor, a estribor, yo resbalaba como un ciervo volador.

- ... ¿querés que te haga un masaje? -dijo ella.

Sembré mi ropa un poco por todas partes. Sentí que una especie de aceite se me introducía entre los omóplatos y sus manos, ella estaba a caballo encima mío, era tan bueno que había que elegir: o dormirse o morir, por lo demás, yo me desinflaba, no tuve tiempo de elegir.

Esos pájaros imbéciles me despertaron. Estaba completamente solo. Salí. ¡Se imaginan! Estaba esa rama delante de mí, entonces, bueno, salí, pero tuve mucho cuidado. Había elegido no morir, una elección evidentemente estúpida, es así cuando uno elige. Busqué y aterricé sobre una plataforma: ahí estaba Sonia, tomando sol desnuda. Extendió una mano hacia mí, yo me tendí a su lado, los voyeurs le importaban un carajo.

Los pájaros se contaban cosas. Nosotros no decíamos nada, pero la sentía vivir a mi lado, supe exactamente cuándo iba a abrir la boca.

- ¿Estás bien? -preguntó.

Yo dije mmhongrrriinnnn pensando oanngruiinnnn.

- Voy a mostrarte una cosa...

Abrí un ojo, hice ese esfuerzo espantoso. Todo ocurría en otra parte. En ese momento, yo hubiese podido matarlos a todos ustedes.

Ella avanzó hacia esa dulzura pulverizada, psé, hasta el borde, y yo creí que me iba a poner a vomitar porque ella, nnooooo, sí, *ella se lanzó al vacío*, oohh, y yo vi una cosa toda negra en mis ojos, pero no había terminado, me cago en Dios, no, porque en lugar de caer como ustedes o yo, ella enfíló derecho hacia el cielo rosado y azul tomando altura y cuando no fue más que un puntito negro por encima de mi pobre cabeza, pensé en respirar profundo, felizmente, y mi corazón no explotó, mi solo corazón.

Esperé a que regresara. Finalmente, yo acababa de pescar la idea de la lombriz enamorada de una estrella.

-Hhoouuuu... ¡empieza a hacer fresquete, ahí arriba!

Es eso lo que dijo, mientras se posaba a mi lado y yo temblaba. Es todo lo que pudo decir.

- ¿No? -dije.

- Ji, ji... ¿te gusta?

- ¿Cómo hiciste eso?

- Oh, no sé... es mirando los pájaros, creo.

- Seguramente. A mí, un pez rojo me enseñó a nadar. Al final se hizo polvo cuando quise entrar en el tarro. Lo eché.

- Escucháme, no sé como sucedió, te lo juro. Un día probé, y funcionó, eso es todo. ¿No me creés?

- Incluso el otro, con sus milagros, se lastimó.

- ¿Me creés?

- Sí.

Tuve el derecho a un beso. Ofrecí mi otra mejilla, como me habían enseñado. Enseguida, volviendo a la cabaña, por poco me hago pomada, y bastante.

- Guau... ¿estás bien? -grité-. ¿No soy muy pesado para vos?

- No, pero me estás tirando del cabello.

Impecable. Me había hecho el hermético, el tipo insuperable.

en verdad, era capaz de todo cuando quería algo, no conocía el miedo, no conocía gran cosa mirándolo bien y me había tropezado con un corazón puro, no había explicación posible para que yo fuera el primero, pero yo no perdía mi tiempo desmenuzando los trastos, me sentía frío y malvado como una bala perdida en una multitud. Había procurado que la idea fuese de ella, había presionado un poco con todas mis fuerzas y una mañana ella dijo querés que probemos y yo me hice el que no entendía, ella sonrió, verdaderamente no soy nada pero ella sonrió y probamos y funcionó, funcionó, funcionó, Jesús, ¡funcionó al pelo!

Yo estaba agarrado a ella y ¡volábamos!, bueno, ella volaba y yo no hacía más que decirle por ahí, subí, hacé una volea, y yo no hacía más que decirle por ahí, subí, hacé una volea, volvé a empezar, y ella se tiraba de cabeza al mar, yo dejaba arrastrar las manos en el agua. Soltaba sus pequeños senos para jorobar a los tiburones y a los peces-luna.

Era la buena vida, la vida fácil, mejor que lo previsto. Volar, coger, comer, dormir, sé de los que buscan otra cosa, tipos enamorados de su cabeza, enredados en su visión del mundo, hola chicos, ya no tengo más odio, simplemente estaba un poco cansado.

Para las compras era fácil, les doy el sistema. En la ciudad había un super-hipermercado con un gran patio detrás en donde camiones enteros venían a vaciar toneladas de comida, todas esas cosas a las que les echás el ojo en los exhibidores, maquilladas como putas agresivas, custodiadas por los canas que te acechan a la salida y a los que no les molesta ponerte contra el paredón con una sonrisa. Este patio estaba bien vigilado, alambrado de cinco metros de altura, electrificado, gran portón y un poco de alambre de púas, más un gran culón de La Vigilancia, atrincherado como un general, con un gran chumbo todo negro y en los ojos del tipo ya estás muerto con una bala entre los dos hombros. Nunca se movía de esa satánica puerta. El paquete de papas fritas te podía costar caro, me decía yo. Miraba la fortaleza del auto mientras me fumaba un cigarrillo. Sonia estaba apoyada sobre mi hombro.

El Hiper cerró. Esperamos todavía un cuartito de hora. Los empleados se fueron. Había sobre todo mujeres jóvenes, no parecían gran cosa, corrían hacia sus casuchas, el marido reventado, los pibes, la comida y los platos sucios, luchaban contra la locura. El horror, les voy a decir, es que eso volvía a empezar a la mañana siguiente, lo más chiflado es que esas buenas mujeres me metían miedo, su vida me provocaba un sudor frío.

En fin, el lugar se vació. Quedaba solamente el tipo con su chumbo, que lo llevaba muy bajo. Con Sonia, dimos la vuelta por el patio y aparecimos por detrás.

- Esperáme acá -me dijo.

- ¿Te puedo ayudar?

- No seas boludo, me vas a hacer enojar.

Ella tenía razón en todos los sentidos. Tomó impulso y pasó por encima del alambrado. Se posó sobre una pila de cajas de cartones de leche. Desde el otro lado veía al aparato que nos daba la espalda: estaba tranquilo, no podía imaginar una jugarreta de esta clase. Su cerebro vacío nos protegía. Nosotros utilizábamos los universos paralelos.

Sonia hizo cinco o seis viajes, una buena pila de provisiones y de cosas divertidas, incomibles o casi. Todo transcurría tan tranquilamente que hacia el final me había puesto a silbar una tonada de J. J. Cale. Todo iba bien para todo el mundo: el gracioso prendió un cigarrillo, hacía anillos de humo en el aire y yo gozaba

realmente con la situación.

Un día, conocí a Marlon Brando. Sobrevolábamos el bosque y regresábamos para darnos un buen baño cuando vi un punto negro que se lanzaba derecho hacia nosotros. Se lo señalé a Sonia.

- Maldición, salgamos de acá rápido -le dije.

- ¡Oh, Marlon! ¡Es Marlon Brando! -dijo.

- Ah...

Ella parecía tan feliz. Los tres nos posamos cerca de la cabaña. Sonia se arrojó sobre Marlon Brando. A mí todo me sonaba raro. Acto seguido, nos presentó. El otro me miró con su ojo amarillo: clic clac. ¡Sí! Es así como hacen. Debía tener por lo menos tres metros de envergadura: un águila magnífica.

Tomamos el té dentro de la cabaña. Marlon se encaramó sobre una silla.

- Es un viejo amigo -me dijo ella.

- Es mi silla -refunfuñé.

Esa noche, cuando Sonia y yo nos acariciábamos, yo estaba un poco tenso. Marlon seguía guiñándome el ojo o de golpe sacudía sus plumas y emitía un largo grito. Me gustaría verlos a ustedes en mi lugar.

Se quedó con nosotros. Incluso nos hicimos bastante amigotes. El boludo se divertía intimidándome.

Una noche volvimos a las provisiones. Marlon estaba con nosotros y le habíamos prometido un buen trozo de carne. Reinaba una cierta euforia en el cascajo.

Era tarde. El Súper estaba cerrado. Queríamos volver rápido y al comenzar los viajes se me ocurrió una puta idea. Era suficiente con pasar un cesto por el cuello de Marlon para doblar nuestras ganancias. Estaba contento de que se me hubiera ocurrido eso. Los vi levantar vuelo a los dos por encima de la cerca. El cowboy estaba siempre ahí con su puchito, siempre vigilante.

Al comienzo todo fue bien. Yo me encargaba de acomodar las cosas en el auto. Cada tanto le echaba una mirada al cana. Estaba parado en silencio como un paquete de copo de nieve azulada, sí. Había un raro y desagradable silencio. Yo me preguntaba dónde estaban todos los inmundos autos del viernes a la noche. Seguro que daban un partido por la tele, la clase de asunto que los volvía locos y los hacía ver confiados el futuro. Debía ser una historia así y fue nomás ese silencio repugnante el que nos cagó.

Era el tercer viaje. Sonia y Marlon se disponían a cruzar el alambrado. Las bolsas estaban a reventar. Sólo había que servirse. Por Dios, les juro que estábamos fuera del mundo. Aunque no sé, todo se detuvo en un instante. Marlon dejó caer un envase, apenas se hubiera notado si lo hubiera rozado con la punta del ala, pero todo se multiplicó porque los sentidos estaban a pleno en ese instante, todo salía directamente de lo más profundo de nuestras venas. Estábamos en cualquier lado.

El tipo se dio vuelta. Los vio. Lo que le permitió reaccionar con rapidez fue que no intentó comprender lo que sucedía. Actuó como si los conociera bien. Se acomodó las pilchas con una rapidez inimaginable. Nos habíamos encontrado con un fortachón, la joda salía cara. Yo podía incluso oler a ese desgraciado suciamente feliz.

- ¡Hey!, ¡ahí arriba! ¡Aaaaaltoooo!!! -gritó.

"Esa noche, cuando Sonia y yo nos acariciábamos, yo estaba un poco tenso. Marlon seguía guiñándome el ojo o de golpe sacudía sus plumas y emitía un largo grito. Me gustaría verlos a ustedes en mi lugar."

No lo escucharon. Los dos siguieron su vuelo. Esa noche había esa luna blanca y gorda. Había todo lo que se necesitaba para que estuviera iluminado y el tipo se encontró de pronto como en un entrenamiento. Su brazo se prolongó en su chumbo y ¡bang, bang! Partió el cielo en dos para recuperar las papas fritas.

Marlon cayó de cabeza en los tachos de basura, del otro lado de la calle. Oí cómo Sonia gritaba detrás de su águila. La veía también. Cuando ella dio media vuelta, yo hice que el tipo volviera a tomar posición lanzándole lo que tenía a mano por encima del alambrado. Por Dios, que fuera una bomba atómica. La cosa explotó cerca del cana. Debía ser una botella de Coca. El tipo dio un paso atrás y me buscó con la mirada pero yo estaba en las sombras y esto le tomó un momento, quizás un segundo, para elegir de qué lado iba a continuar la masacre.

Sonia le cayó encima. Lo tomó por medio del cuerpo y levantó vuelo con él que berreaba, vociferaba y se agitaba como un mono encima de los techos. Había ventanas que se abrían, jetas que se asomaban con olor a cocina, a sopa de puerros, a riñoncitos, a pis de gato, a toda la tristeza infinita del mundo.

Yo veía el combate infernal que se desarrollaba allá arriba. Sonia también vociferaba. El tipo le debía haber dado un golpe y ya sabía yo -oh Dios, cómo lo sabía- que el cuerpo de Sonia era delicado, fino, frágil, sensible. Por cada golpe que ella recibía hubiera dado un dedo, un diente, un ojo y, sin embargo, yo estaba ahí mirando como todos esos idiotas.

Ella estaba ahora encima de la plaza. Me las tomé para ese lado y entré pisoteando las flores, los ojos al cielo, llevándome por delante un banco. Reconocía mi vida: tomármelas, pisotear, abismarme, caer. En el medio de la plaza había un monumento a los Veteranos de Guerra recubierto de cagadas de palomas, un tipo en bronce que avanzaba con una bandera de bronce, que intentaba salir de toda esa mierda. Fue a la altura del monumento que Sonia pudo sacarse de encima al cana. El tipo cayó aleteando en el aire, sin gritar, y se clavó en la bandera. ¡Shhuc!: el armatoste lo partió casi en dos. La bandera tomó un color sucio. El Veterano de Guerra intentaba siempre avanzar, siempre la misma mierda. No hacía nunca un paso de más, no había forma de detenerlo.

Cuando los canas llegaron, Sonia rodeaba al águila con sus brazos. Yo no había conseguido hacer que lo soltara. Con los canas el asunto fue distinto: eran cinco o seis tironeándola, creí que iban a arrancarle los brazos. Los canas tiraron a Marlon en un tacho de basura y nos subieron a un patrullero. Después, no supe más.

No sé que ha sido de Sonia. No la volví a ver jamás. Pienso en un hospital psiquiátrico. Seguro que ellos tomaron sus precauciones. Supongo que cuando la dejan un poco tranquila, ella puede dar algunos aletazos entre la cama y el techo de su habitación. La quiero. Espero que el techo no sea demasiado bajo. No pienso en todo esto, elegí no morir. Encontré un laburo. Me gustan los laburos que te revientan. Cuando llega la noche, estoy muerto. No pienso absolutamente en nada. A la mañana, cuando todo comienza, vomito un buen golpe -no siempre- y me las tomo para no ver todo rojo. Ahora, es el rojo que me caga la vida. Aunque no verdaderamente. Muchachos, encuéntrame un buen color.

Post

POR GISEL PICCA

ORIUNDA DE LA POPULOSA BARRIADA DE MORÓN, GISEL PICCA (1969) DIVIDE SU TIEMPO ENTRE LAS CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN Y LA ESCRITURA. CUANDO McLuhan y Virilio le dejan tiempo pergeña cuentos que en un día NO MUY LEJANO SE REUNIRÁN EN UN LIBRO. PRESENTAMOS UN RELATO SUYO CON BANDA DE SONIDO INCLUIDA.

La tía Isabel insistió en que comprara el disco de Björk. Dijo que el tema Isobel de Björk me haría poco menos que volar la peluca. Lo claro es que insistía porque de alguna manera ella se sentía identificada con el tema y pretendía que yo se lo dijera, *na, na, na*.

Björk me resultó pretenciosa y digitalizada. De todas maneras le dije a la tía Isabel que me habían fascinado ese tema y Possibly Maybe. Pero ella se decepcionó, seguramente porque no le dije que estaba seguro de que el tema Isobel me haría acordar a ella por el resto de mi vida. Pero así van las cosas con mi tía. Ella queda herida, yo me siento un hijo de puta, ella dice que soy el mejor sobrino de la tierra, yo me siento culpable, ella aprovecha la volada y me pide que la acompañe al cine, yo accedo pero llevo a una amiga mía, ella no lo soporta pero nos acompaña a Mc Donald's a la salida, yo espero que todo termine.

Esperé que todo terminara por esa noche. Apuré las últimas papitas y pasé una lechuguita por la salsa Mc Donald's.

-Nos vamos, tía.

La tía Isabel me miró fijo.

-Yo también me voy.

Se tomó un taxi en Esmeralda y Corrientes. Dos cuadras después le dije a mi amiga que hasta luego.

Apenas desperté llamé por teléfono a la tía Isabel y le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que me voy a inscribir en la facultad, para hacer el ingreso a química mientras curse quinto año. Necesito su consejo. Llamáme. Un beso. Puse el disco mientras tomaba una leche cindor bien helada. Cuando empezaba Isobel sonó el teléfono.

-Te acompaño a la facultad -la tía Isabel está de vacaciones en el trabajo. Su voz ronroneaba y se pegaba en el cable de teléfono-. Si querés pasamos todo el día juntos, como en los viejos tiempos.

Solté la pausa del discman, *na, na, na*.

-Está bien, dos y media -sonaba a duermevela, a una voz con densidad pringosa de miel con galletitas-. Sabrina viene con nosotros -*my name Isobel, na, na, na*- ¿Qué? -*married to myself*... bajé el volumen un poco- No. No es mi novia.

Las cosas con Sabrina funcionaron bien desde que termi-

naron las clases. Le conté lo de mi tía y yo en el viaje y quedo conmovida. Me apoyó mucho y un poco la dejé jugar a las confesiones. Sabrina era virgen. Yo, en un viaje a Miami que había ganado gracias a conseguirme el mejor promedio del colegio, acababa de dejar de serlo. Estábamos unidos para siempre. Sabrina pronto se acostaría conmigo, cuando yo pudiera terminar con la tía Isabel. Lo que no era tan sencillo. La tía Isabel me preguntaba ahora en el teléfono si yo quería hacer terapia y le dije que no, que por favor me dejara de joder.

Empecé a trabajar en un Veinticuatro horas exactamente dos días después de que me inscribiera en la facultad. Tomé el turno de la noche los sábados y domingos y casi me desmayo cuando me enteré de que íbamos a hacer el mismo horario. Estaba tan fuerte la chica como para que yo, por primera vez en todo el verano puto, empezara a transpirar como un caballo. Salí de esa entrevista empapado. No había dado siquiera para dirigirle la palabra pero sabía que la yegua, que había estado sentada de piernas cruzadas en el sofá de la recepción, iba a ser mi compañera de turno en el Veinticuatro horas. Suficiente para sentir que mi buena fortuna me convertiría irremediamente ese verano en un semental infernal.

El primer fin de semana en el Veinticuatro horas Sabrina me hizo pata y se pasó toda la noche del sábado en el lugar. Era una mina bárbara. Pusimos casi todos los discos de la máquina, comimos bastante y charlamos animadamente. Mi compañera de trabajo nos prestó relativa atención. Muy al pasar dijo que tenía novio y también que tenía tres años más que nosotros: estaba en la facultad, estudiaba derecho. De todas maneras, además de obtener esos datos, no logré que sostuviera la mirada sobre mí más de quince segundos seguidos. La mandé a cagar para mis adentros y me concentré en Sabrina, en la remerita celeste, con un patito vestido de rojo, en el globito azul que salía del pico y decía imbécilmente *hold me!*, sobre su pezón.

Sabrina esperó a que terminara mi turno a las siete de la mañana. Tomamos el desayuno cuando mi compañera ya se había ido y Sabrina me dijo que mi compañera era linda. Y gorda, tenía cara de muy forra. Le sonreí sin convicción. Miré a los del turno de la mañana del domingo que estaban tapados de laburo con los desayunos y me dio no sé qué, así que nos fuimos rápido. La acompañé hasta la casa y cuando nos despedimos me besó en la boca y yo la besé después otra vez. No estaba seguro de querer estar así ahí, en la puerta de su casa. Pero ella estuvo siempre muy tranquila y eso me dio seguridad. Cuando me despidió pareció furiosamente feliz y algo metido entre todas esas horas que habían pasado desde el remoto día anterior a mi primer día en el Veinticuatro horas, no me cayó bien.

La noche siguiente me llamó para avisarme que los padres no la dejaban salir. El lunes se fue con toda la familia a pasar la segunda quincena de febrero en Villa Gesell. El martes vino la tía Isabel a visitar a mi mamá.

Los fines de semana siguientes mejoraron las cosas con mi compañera de trabajo, con Solange. Aunque conservó siempre ese aire displicente de estar hablando con un pendejo total, se abrió su corazón de pronto y me contó que lo de ella y su novio no era todo color de rosa. Que él era un absorbente, que

era insoportablemente celoso y que no estaba para nada de acuerdo con que ella trabajara acá. Me conmovió, pero de golpe se me ocurrieron sobre mí los puños del novio celoso de Solange. Mis posibilidades se bifurcaban: terminar urgentemente mis pretensiones con Solange -aunque, pensándolo bien, el tipo nunca valoraría el gesto puesto que yo pasaba comprobablemente dos noches a la semana con su novia- o hacer una de héroe y librarla de las guerras del dictador. Lo que más me confundía era no tener muy claro qué era lo que ella me estaba pidiendo.

La única persona que me hubiera podido dar un consejo en ese momento era la tía Isabel, pero la tía Isabel me había escrito una carta la semana anterior en la que me decía, entre otras cosas, que era mejor (para ella) que tuviéramos menos encuentros hasta tanto hubiera resuelto algunas cosas.

Me dejó con la carta debajo de mi almohada otro compact de Björk, el primero como solista, Debut.

Sabrina me llamó para vernos apenas llegó de Villa Gesell.

**Al final se aflojó un poco, me dijo
sos un bombón y me besó en la
mejilla. Bastante torpemente me le
tiré encima en pleno The Ember's y
la besé en los labios.**

Me preguntó si estaba todo bien. Supuse que se refería como siempre a las relaciones con mi tía y le dije que sí, que estaba todo bien. Después me di cuenta de que se refería a las relaciones con ella misma, a la mañana en que nos besamos, pero yo ya había dicho que estaba todo bien, así que le brillaron los ojos y

me dio un collar que me trajo de la playa. Tuve que decirle yo también que había pensado en ella todo el tiempo.

Aunque me di cuenta de que quería que la llevara a bailar no pude, no tuve ganas. Salimos a tomar helado a Flores. Nos sentamos en un banco de la plaza y le dije que la quería. No creí que quedara muy satisfecha, de a ratos mientras la tocaba había reaccionado como si hubiera sido ultrajada y sólo al final se hubiera dado cuenta, y en otros momentos, me había parecido que esperaba más. Por las dudas, para no complicarme, dejé las cosas como estaban. Se me aparecían demasiadas dificultades frente a las que, en caso de llegar más lejos, no sabría como proceder. No me tomé el trabajo de avanzar. Dijo con un tono lánguido que en el fin de semana vendría al Veinticuatro horas por lo que deduje que había impuesto algún tipo de separación entre nosotros, separación dada por una circunstancia que se me escapaba por entre los diálogos de la heladería, o de la plaza, o del 146 en el que volvimos apretando.

Esa misma semana me llamó Solange y me preguntó si podíamos encontrarnos a tomar un café en el centro antes del sábado. Respondí que sí, por supuesto Sol, y me di por victorioso. Di tres vueltas carnero en la cama, completé los cincuenta abdominales de un tirón y un espantoso ataque de pánico me aplastó los dientes contra el piso. Un pie enorme me apretaba la cabeza contra el cordón de la vereda, pero cuando podía girarla un poco más veía unos zapatos de mujer. Me desperté temblando a la mañana y desayuné preocupado. Qué haría si la mina se me tiraba encima un día de estos, cuánto tiempo iba a seguir la cantinela de su novio hasta que tuviera que darme por aludido. Al final me iba a tomar por boludo.

Pero por suerte el encuentro fue breve. Ella estaba apurada. Quería pedirme plata, diez pesos exactamente. Nada menos.

Omití decirle que eran los únicos diez pesos que llevaba en el bolsillo del vaquero. El sábado me los devolvería. Al final se aflojó un poco y me dijo sos un bombón y me besó en la mejilla. Bastante torpemente me le tiré encima en pleno The Ember's y la besé en los labios. Pese a que le tiré del pelo y casi le arranqué una oreja cuando enganché los dedos en uno de sus enormes aros circulares se rió y me dijo nos vemos el sábado. Tuve que volver caminando hasta Caballito. Ya estaba hecho.

El sábado se presentó Sabrina y entonces me acordé ahí, cuando la vi riendo detrás de la puerta de blindex de la entrada con la remera chiquita celeste de Betty Boop, que habíamos quedado en eso, en que ella vendría a verme al Veinticuatro horas. Le hice bastante fiesta, le regalé unas golosinas y me mantuve lo más alejado que pude.

No era tan tonta. Fingió estar entretenida con una revista y por un par de horas más se quedó observándome. Solange estaba insostenible con risitas y bromitas de empujarse mientras atendíamos a los clientes, salpicarme con agua mientras preparaba un café express y otras pavadadas por el estilo. Era hermosa. Me cuchicheó en un momento que había decidido por fin separarse de su novio y me dijo, diligente, que atendiera a esa pobre chica, por Sabrina.

No habló mucho cuando me senté con ella en un reservado. Se mostraba melancólica, batía las pestañas al ritmo lento de la música del bendito tema Love Me de The Cardigans que habían puesto en la máquina de discos todos los días, me miraba largo y gris. Cuando le pregunté qué le pasaba

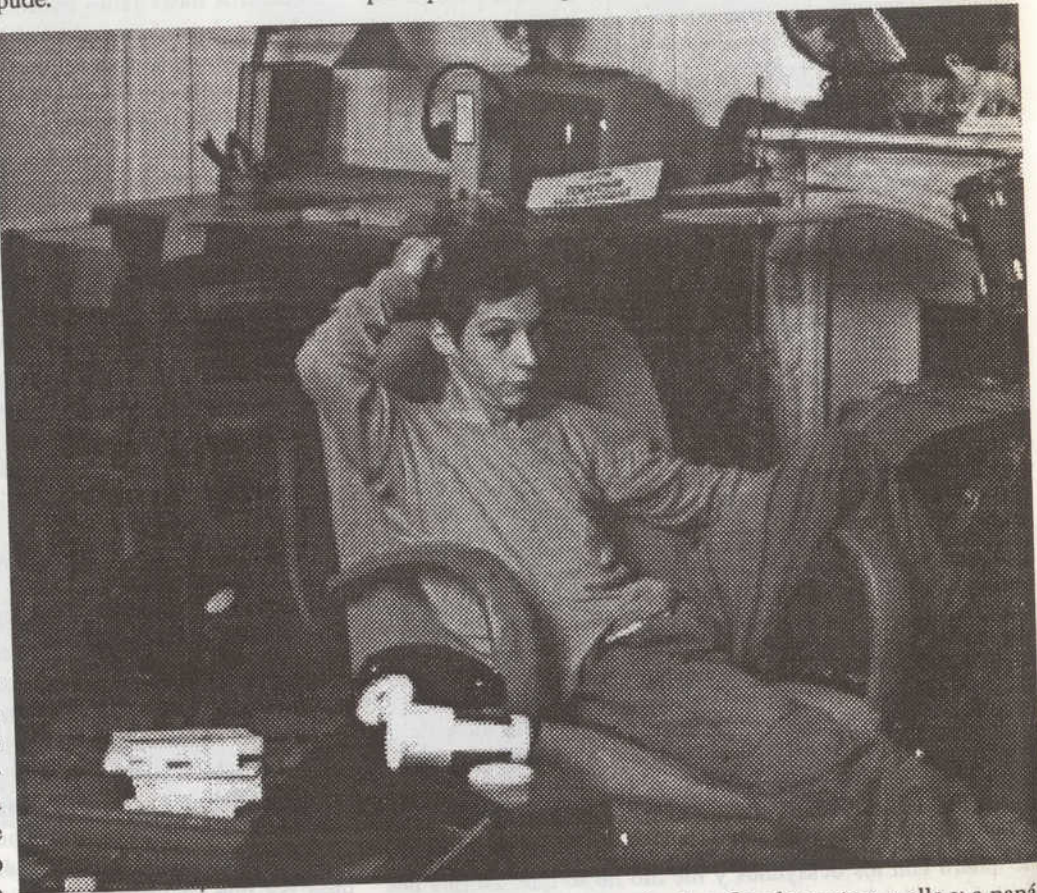
Sabrina dijo que estaba aburrida. Miré yo también aburrido casi sin querer la caja y a Solange en la caja. Le sonrió a un cliente. El pelo le brillaba como si acabara de salir de la ducha. Sabrina me había tomado una mano. Tuve miedo de que se pusiera a llorar así que le conté algunas cosas divertidas que habían pasado con unos tipos. Quedaba poco tiempo de mi descanso. Trataba de divisar el reloj de la pared de la caja para no mirar la hora. Dije algunas cuantas cositas más y la solté como un estúpido, para rascarme la cabeza. Se fue después de eso con un saludo frío. Entonces le dije te llamo. Entonces se rió cínicamente y Betty Boop se movió agitada a punto de reventar.

Solange me llevó esa mañana a su casa porque sus padres se habían ido de vacaciones y mirando un portarretratos con el cara de nabo, cojí.

Cuando llegué a casa, ese domingo al mediodía, estaba raro el aire que se abatía en corrientes frías y calientes contra

el ventilador de techo del living y se volvía hacia mí en velos, alrededor del cuello. Subí las escaleras furtivamente hasta mi cuarto y encontré una nota de mi tía de hacía varios días debajo de la almohada que decía tenemos que hablar, te lo digo en serio. Choqué con mi mamá en la cocina y en ese momento, cuando una corriente cálida daba vuelta en la esquina del aparador, me dijo tenemos que hablar. Levanté la vista y abrí grandes los ojos. Por un instante había creído escuchar la voz de la tía Isabel, pero el pasillo se hallaba en la misma penumbra hueca.

Sabrina había contado a mis padres todo lo de las vacaciones con la tía Isabel. Dijo que lo hacía por mi bien, porque creía que yo tenía que ir al psicólogo y mi mamá dijo que era una buena amiga, que no me enojara con ella ni con nadie, pero quería saber qué era lo que había pasado, que no me iba



a retar, porque no era mi culpa. Que le contara a ella y a papá. Papá llegó y cerró la puerta de la cocina. Vi que en el patio tremendamente iluminado por la luz del mediodía estaba mi hermana. Más fuerte que el verano anterior. Tomaba sol en una reposera celeste. Mi papá decía hablá por favor, hablá.

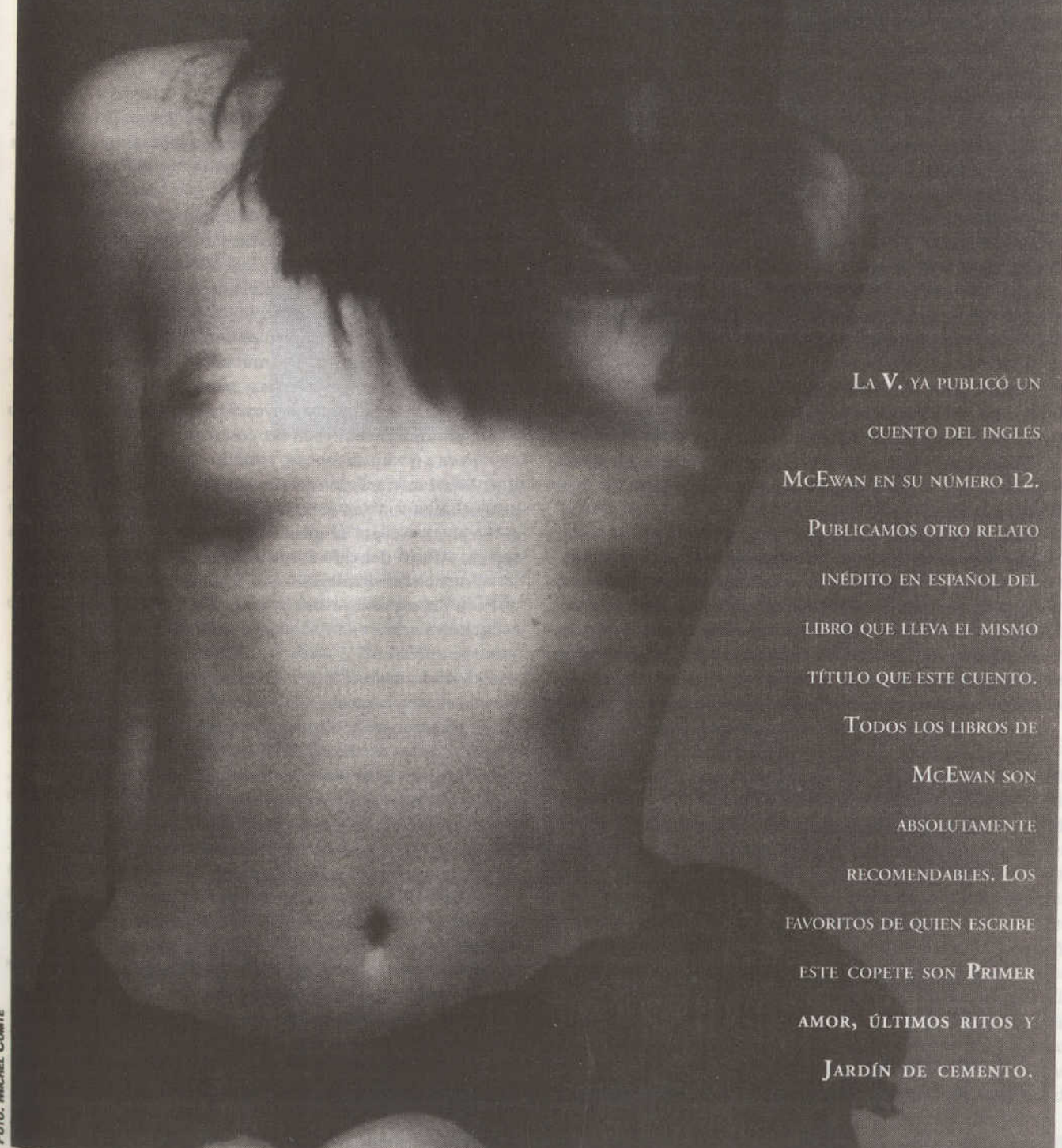
Lo que es decir, no pude decir una sola palabra, pero me levanté y tomé un vaso con agua. Me pareció que me estaba mostrando digno. Mis manos mojaban el vaso por fuera absurdamente. Al final cuando sentí que todo el aire de la cocina no me alcanzaba para respirar abrí la puerta de la cocina y mientras subía las escaleras oí a mi papá que gritaba te vamos a poner un psicólogo. Antes de que empiecen las clases. Esa turra. Y gritó algo más.

Cuando entré a mi cuarto puse Debut, demasiados bits. Me levanté nuevamente en un esfuerzo enorme que me contrajo los músculos del estómago, cambié el disco, me abracé a la almohada y escuché na, na, na, mucho, mucho tiempo Isabel mientras lloriqueaba un poco.

Entre las sábanas

POR IAN MCEWAN

TRADUCCIÓN: KARINA GALPERÍN



LA V. YA PUBLICÓ UN

CUENTO DEL INGLÉS

McEWAN EN SU NÚMERO 12.

PUBLICAMOS OTRO RELATO

INÉDITO EN ESPAÑOL DEL

LIBRO QUE LLEVA EL MISMO

TÍTULO QUE ESTE CUENTO.

TODOS LOS LIBROS DE

McEWAN SON

ABSOLUTAMENTE

RECOMENDABLES. LOS

FAVORITOS DE QUIEN ESCRIBE

ESTE COPETE SON PRIMER

AMOR, ÚLTIMOS RITOS Y

JARDÍN DE CEMENTO.

Foto: MICHEL COMTE

Aquella noche Stephen Cooke tuvo una polución nocturna, la primera en muchos años. Después se quedó despierto, de espaldas, con las manos bajo la cabeza, mientras las últimas imágenes del sueño se diluían en la oscuridad y el semen, extrañamente ubicado en la parte inferior de la espalda, se iba enfriando. Se quedó quieto hasta que la luz se hizo azul grisácea, y después tomó un baño. También allí se quedó un largo rato, mirando, somnoliento, su propio cuerpo, brillante bajo el agua.

El día anterior había tenido una cita con su esposa en un café fluorescente con mesas de formica roja. Eran las cinco en punto cuando llegó y casi había oscurecido. Como lo esperaba, llegó antes que ella. La moza era una muchacha italiana, de quizás nueve o diez años, con ojos pesados e insulsos, llenos de preocupaciones adultas. Laboriosamente escribió la palabra "café" dos veces en su libreta, partió la hoja por la mitad y, con mucho cuidado, dejó una parte sobre la mesa, boca abajo. Después se fue, arrastrando los pies, a usar la Gaggia, una máquina enorme y brillante. Era el único cliente del café.

Su esposa lo estaba observando desde afuera. No le gustaban los cafés baratos y, antes de entrar, se aseguraba de que él hubiera llegado. La vio cuando dio vuelta el asiento para tomar el café que le ofrecía la muchacha. Estaba parada detrás del hombro del reflejo de su propia imagen, como un fantasma, medio escondida en un portal, en la vereda de enfrente. Sin duda creía que él no podía ver la oscuridad desde el café, tan iluminado. Para que ella no sospechara, movió la silla y le ofreció una vista más completa de su cara. Revolvió el café y miró a la moza, en trance, apoyada contra el mostrador mientras se sacaba de la nariz un hilo largo y plateado. El hilo se cortó y le quedó en la punta del dedo índice, como una perla descolorida. Lo miró fugazmente y lo desparramó en el muslo, de modo que desapareció delicadamente.

Cuando entró su mujer, al principio no lo miró. Fue directo al mostrador y le pidió un café a la muchacha. Se lo llevó ella misma a la mesa.

- Me encantaría -dijo con aire descontento mientras desenvolvía el azúcar- que no eligieras lugares como éste.

Él sonrió con indulgencia y se tomó el café de un solo trago. Ella terminó el suyo, a tragos cuidadosos y medidos. Después sacó de la cartera un espejo pequeño y algunos pañuelos de papel. Se secó los labios rojos y limpió una mancha roja de un diente. Hizo un bollo con el pañuelo, lo puso en el platito y cerró la cartera. Stephen miraba cómo el pañuelo absorbía la mancha de café y se ponía gris. Dijo:

Descubrí la nueva literatura argentina en la colección "Cuadernos de Extramuros" de

Simurg

- EL PERDÓN, de Gustavo Alejandro Ferreyra.
- CACERÍAS, de Marcos Herrera.

En preparación

- UNA PENA EXTRAORDINARIA, de Martín Kohan.

- ¿Tienes otro que puedas darme?
Le dio dos.

¿No vas a llorar, no?

En otra cita como esa él había llorado. Se sonrió.

- Quiero sonarme la nariz.

La muchacha italiana se sentó en una mesa cerca de la de ellos y desparramó sobre la formica roja varios pedazos de papel. Los miró, y después se inclinó hacia adelante hasta casi tocar la mesa con la nariz. Empezó a llenar columnas de números. Stephen murmuró:

- Está haciendo las cuentas.

Su esposa susurró:

- No debería permitirse, una niña de su edad.

Desviaron la vista uno del otro, incómodos por compartir una opinión; tan poco frecuente.

- ¿Cómo está Miranda? -dijo por fin Stephen.

- Está bien.

- Voy a ir a verla este domingo.

- Si es lo que quieres.

- Y la otra cosa -Stephen demoró sus ojos en la muchacha, que ahora balanceaba las piernas y fantaseaba. O quizás estaba escuchándolos.

- ¿Sí?

- La otra cosa es que, cuando empiecen las vacaciones, quiero que Miranda venga a pasar unos días conmigo.

- No quiere.

- Preferiría que me lo dijera ella misma.

- No te lo va a decir. Si le preguntas, la harás sentir culpable.

Golpeó la mesa bruscamente, con la palma de la mano. "¡Escucha!" Casi gritó. La muchacha levantó la vista y Stephen sintió que se acercaba.

- ¡Escucha! -dijo más bajo- voy a hablar con ella el domingo y veré yo mismo cómo son las cosas.

- No va a ir -dijo la esposa, y volvió a cerrar la cartera, como si su hija estuviera acurrucada adentro. Los dos se pararon. La muchacha también se paró y se acercó para recibir el dinero de Stephen. Aceptó la generosa propina sin reconocimiento alguno. Afuera del café Stephen dijo:

- Entonces el domingo.

Pero su esposa ya había empezado a caminar y no lo escuchó.

Esa noche tuvo la polución nocturna. El sueño tenía que ver con el café, la muchacha y la máquina de hacer café. Acabó en un placer repentino e intenso, pero por el momento no se acordaba de los detalles. Salió de la bañera, caliente y mareado, al borde -pensó- de una alucinación. Apoyado en la bañera, esperó a que se disipara, una cierta perversión del espacio entre los objetos. Se vistió y salió a la placita de árboles moribundos que compartía con sus vecinos. Eran las siete en punto. Drake, que se había autoproclamado guardián de la plaza, ya estaba arrodillado junto a un banco. En una mano tenía una espátula para sacar la pintura, en la otra, una botella con un líquido incoloro.

- Las palomas cagan -le ladró Drake a Stephen. - Las palomas cagan y nadie puede sentarse. Nadie.

Stephen se paró detrás del viejo, con las manos en los bolsillos, y lo miró trabajar en las manchas blancas y grises. Se sintió reconfortado. Por los bordes de la plaza había un caminito que el tráfico cotidiano de paseadores de perros, escritores con libretas y parejas casadas en crisis usaban hasta el cansancio.

Ahora, mientras caminaba por allí, Stephen pensó -como lo

hacía frecuentemente- en su hija Miranda. El domingo cumpliría catorce años, hoy debería comprarle un regalo. Dos meses atrás ella le mandó una carta. "Querido papi, ¿te estás cuidando? Por favor, ¿me podrías dar veinticinco libras para comprarme un grabador? Un beso, Miranda"- Contestó inmediatamente y en el momento mismo en que tiró la carta en el buzón lamentó haberla mandado. "Querida Miranda, me estoy cuidando, pero no lo suficiente como para acceder a etc. etc.". En realidad, había escrito la carta para su esposa. En el correo habló con un oficial comprensivo que lo llevó, guiándolo por el codo. ¿Quiere recuperar una carta? Por aquí, por favor. Cruzaron una puerta de vidrio y se asomaron a un pequeño balcón. El amable oficial señaló con un amplio movimiento de mano la espectacular vista, metros cuadrados de hombres, mujeres, máquinas y cinturones rotativos. ¿Por dónde quiere empezar?

Volvió al punto de partida por tercera vez y notó que Drake se había ido. El banco estaba completamente limpio y olía a alcohol. Se sentó. Le había mandado treinta libras a Miranda, tres billetes nuevos de diez libras, por carta certificada. Lamentó también eso. Las cinco de más ponían su culpa en evidencia. Pasó dos días escribiéndole una carta, torpemente, sobre nada en particular, sensiblero. "Querida Miranda, el otro día escuché por la radio música pop y no pude evitar preguntarme si las letras". No había respuesta concebible para semejante carta. Pero la respuesta llegó unos diez días más tarde. "Querido papi, gracias por el dinero. Compré un Musivox Junior, igual al de mi amiga Charmian. Un beso grande, Miranda. PD: tiene dos parlantes".

Una vez de vuelta en casa se hizo café, lo llevó a su estudio y cayó en un trance leve que le permitió trabajar durante tres horas y media sin interrupciones. Comentó un panfleto sobre actitudes victorianas frente a la menstruación, completó otras tres páginas de un cuento que estaba escribiendo, escribió un poco en su azaroso diario. Tipeó, "emisión nocturna, como el último jadeo de un viejo", y lo tachó. Sacó de un cajón un libro gordo y en la columna de los haberes escribió: "Comentario 1500 palabras. Cuento 1020 palabras. Diario .60 palabras". Subrayó la fecha con un bolígrafo rojo que sacó de una caja en la que decía "lapiceras", cerró el libro y volvió a ponerlo en el cajón. Cambió la funda de la máquina de escribir, volvió a poner el teléfono en la horquilla, juntó la taza, el platito y la cuchara en una bandeja y se los llevó. Al salir, cerró la puerta del estudio y de esta manera concluyó el rito matutino que practicaba, sin



cambio alguno, desde hacía veintidós años.

Se fue a Oxford Street y buscó, sin detenerse demasiado, regalos para el cumpleaños de su hija. Compró un par de jeans, un par de zapatillas de lona pintadas con las estrellas y rayas de la bandera americana. Compró tres remeras de colores con inscripciones graciosas: Lluve en mi corazón, Virgen Todavía y Ohio State University. Le compró una almohadilla perfumada y un juego de dados a una mujer que vendía en la calle y un collar de perlas de plástico. Compró un libro sobre heroínas, un juego de espejos, un vale de cinco libras para un disco, un pañuelo de seda para el cuello y un pony de vidrio. Asoció el pañuelo de seda con ropa interior y, decidido, volvió al negocio.

La quietud erótica, pastel, del piso de ropa interior despertó en él una cierta sensación de tabú, le dio ganas de acostarse en algún lugar. Dudó cuando estaba por entrar y decidió irse. Compró un frasco de colonia en otro piso y volvió a su casa en un estado de melancólica excitación. Puso los regalos sobre la mesa de la cocina y los inspeccionó con asco. Vomitivamente excesivos y condescendientes. Durante un buen rato se quedó parado frente a la mesa de la cocina mirando los objetos, uno por uno, tratando de revivir la convicción con que los había comprado. Separó el vale para el disco, y metió el resto en una bolsa que guardó en el armario del pasillo. Después se sacó los zapatos y las medias, se tiró en la cama sin hacer, repasó con un dedo la mancha incolora que se había endurecido en la sábana, y después se durmió hasta el anochecer.

Desnuda de la cintura para arriba, Miranda Cook dormía atravesada en la cama, con los brazos desparramados, la cara profundamente enterrada en la almohada y la almohada profundamente enterrada bajo su pelo amarillo. Desde una silla junto a la cama, una radio rosa transmitía metódicamente los top twenty. El último sol de la tarde atravesaba las cortinas, cerradas, y teñía la habitación del verde somnoliento de los acuarios tropicales. Una amiga de Miranda, la pequeña Charmian, le acariciaba con las uñas la espalda pálida y tersa.

Charmian también estaba desnuda, y el tiempo parecía detenido. Las muñecas de la infancia, que ya Miranda había dejado de usar, estaban en fila contra el espejo y el tocador con los pies escondidos por frascos de cosméticos y cremas, y las manos levantadas en perpetua sorpresa. Las caricias de Charmian fueron haciéndose más lentas hasta detenerse, y dejó las manos descansando en la parte inferior de la espalda

de su amiga. Fijó la vista en la pared, mientras se balanceaba ensimismada. Y escuchaba.

*Están todos encerrados en la enfermería,
tienen cabezas de auriculares, tienen cuellos sucios,
son tan siglo XX.*

- No sabía que *eso* estaba de moda -dijo. Miranda dio vuelta la cara y habló detrás de su pelo.

- Volvió a ponerse de moda hace poco -explicó. - La cantaban los Rolling Stones.

*¿No crees que hay un lugar para ti
entre las sábanas?*

Cuando terminó la canción Miranda habló, malhumorada, tapando la rutina histérica del disk-jockey.

- Paraste. ¿Por qué paraste?

- Te lo estuve haciendo por mucho tiempo.

- Dijiste media hora, por mi cumpleaños. Me lo prometiste.

Charmian volvió a empezar. Miranda, suspirando como el que no recibe más que lo que le deben, hundió la boca en la almohada. Fuera de la habitación el tráfico zumbaba tranquilamente, el volumen de la sirena de una ambulancia subió y bajó, un pájaro comenzó a cantar, se detuvo, volvió a empezar, un timbre sonó abajo, en algún lugar y después se escuchó una voz, una y otra vez, pasó otra sirena, esta vez más distante. Todo era tan remoto desde la melancolía acuática donde el tiempo se había detenido, donde Charmian arrastraba suavemente las uñas por la espalda de su amiga para su cumpleaños. Volvió a escucharse la voz. Miranda se levantó y dijo:

- Creo que es mi mamá que me llama. Debe haber llegado mi papá.

Cuando tocó el timbre de la casa en donde había vivido durante dieciséis años, Stephen supuso que lo atendería su hija, como casi siempre. Pero esta vez apareció su esposa. Le llevaba tres escalones de ventaja y lo miró desde arriba, esperando que dijera algo. No tenía nada preparado para decir.

- ¿Está está Miranda? -dijo finalmente. - Es un poco tarde -agregó y, aprovechando la oportunidad, empezó a subir los escalones. A último momento su esposa dio un paso al costado y abrió un poco más la puerta.

- Está arriba -dijo con voz apagada mientras Stephen trataba de abrirse paso sin tocarla.

- Vamos a la sala grande.

Stephen la siguió hasta la sala, cómoda, siempre igual, cubierta desde el piso hasta el techo con los libros que él había dejado. En una esquina, debajo de la funda de lona, estaba su piano de cola. Stephen deslizó la mano por el borde curvo.

- Tengo que sacarlos de tu alcance -dijo señalando los libros.

- Tómame tu tiempo -dijo ella mientras le servía una copa de sherry. -No hay apuro.

Stephen se sentó al piano y levantó la funda.

- ¿Alguna de ustedes lo toca ahora?

Ella cruzó la habitación con el vaso en la mano y se paró detrás de él.

- Nunca tengo tiempo. Y a Miranda ya no le interesa.

Desparramó sus manos sobre un acorde suave, espacioso, lo sostuvo con el pedal y escuchó cómo se iba muriendo.

- Veo que lo tienen afinado.

- Sí.

Tocó más acordes, empezó a improvisar una melodía, casi una melodía. Por suerte pudo olvidarse para qué había venido y lo dejaron tocar el piano, su piano, tranquilamente por una hora o algo así.

- Hace más de un año que no tocaba -dijo justificándose. Ahora su esposa estaba junto a la puerta a punto de llamar a Miranda, y tuvo que suspender el aliento para decir,

- ¿En serio? A mí me parece que suena bien. Miranda -la llamó-, Miranda, Miranda -subiendo y bajando en tres notas, la tercera más alta que la primera, y arrastrándolas a modo de pregunta. Stephen tocó, en eco, la melodía, y su esposa se calló abruptamente. Lo miró.

- Muy vivo.

- Sabes que tienes una voz musical -dijo Stephen sin ironía. Ella entró un poco más en la habitación.

- ¿Todavía piensas pedirle a Miranda que se quede en tu casa?

Stephen cerró el piano y se resignó a las hostilidades.

- ¿Entonces estuviste llenándole la cabeza?

Ella se cruzó de brazos.

- No va a ir. Por lo menos no va a ir sola.

- En mi departamento no hay lugar para ti también.

- ¡Gracias a Dios que no hay lugar para mí!

Stephen se puso de pie y levantó una

mano a lo cacique.

- ¡No empecemos! -dijo. - ¡No empecemos!

Ella asintió con la cabeza y volvió a la puerta y llamó a su hija con tono monocorde, inmune a toda imitación. Después, calmada, dijo:

- Me refiero a Charmian. La amiga de Miranda.

- ¿Cómo es?

Dudó.

- Está arriba. La vas a ver.

- Ah.

Se sentaron en silencio. Stephen escuchó las risitas que llegaban desde arriba, el ruido distante y familiar de las cañerías, la puerta de una habitación abriendo y cerrándose. Eligió de sus estantes un libro sobre sueños y lo hojeó. Se dio cuenta que su esposa estaba saliendo de la habitación, pero no levantó la vista. El sol del anochecer iluminaba la habitación. "La eyaculación que ocurre durante un sueño indica la naturaleza sexual de todo el sueño, por más oscuro o improbable que sea el contenido. Los sueños que culminan en una eyaculación pueden estar revelando tanto el objeto del deseo de la persona que sueña como sus conflictos internos. Un orgasmo no puede mentir".

- Hola, papi -dijo Miranda. - Esta es Charmian, mi amiga.

La luz le daba en los ojos y al principio creyó que estaban de la mano, como una madre y su hija, una al lado de la otra delante de él, iluminadas desde atrás por un sol naranja y moribundo, esperando que las saludara. La risa reciente parecía escondida en el silencio. Stephen se paró y abrazó a su hija. Al tocarla la sintió diferente, más robusta quizás. No olía familiar, por fin tenía una vida privada de la que no tenía que rendirle cuentas a nadie. Sus brazos desnudos estaban muy tibios.

- Feliz cumpleaños -dijo Stephen, cerrando los ojos mientras la abrazaba y se preparaba para saludar a la figura diminuta al lado de su hija. Sonriendo, dio un paso atrás y, para darle la mano, casi se arrodilló sobre la alfombra roja. Ella, una estatuilla



con cara de muñeca, parada a menos de un metro de su hija, que devolvía la sonrisa paterna con rostro inexpresivo y demasiado grande.

- Leí uno de sus libros -fue, tranquila, su primera observación. Stephen volvió a sentarse. Las dos muchachas se quedaron de pie enfrente suyo como si buscaran que las describieran, que las compararan. La remera de Miranda no le llegaba a la cintura por varios centímetros y sus pechos incipientes levantaban el borde y dejaban ver el ombligo. Protectora, tenía la mano en el hombro de su amiga.

- ¿En serio? -dijo Stephen después de una pausa. - ¿Cuál?

- Uno sobre evolución.

- ¡Ah! - Stephen sacó del bolsillo el sobre con el vale para el disco y se lo dio a Miranda. - No es gran cosa -dijo y se acordó de la bolsa llena de regalos. Miranda se apartó a una silla para abrir el sobre. La enana, sin embargo, seguía de pie enfrente suyo, mirándolo fijamente, y tocó con un dedo el dobladillo del vestido de su niña.

- Miranda me habló mucho de usted -dijo con mucha cortesía. Miranda levantó la vista y dejó escapar una risita tonta.

- No, no es cierto -protestó. Charmian continuó.

- Está muy orgullosa de usted.

Miranda se sonrojó. Stephen se preguntó qué edad tendría Charmian.

Se sorprendió diciendo:

- No le di demasiadas razones para enorgullecerse -y señaló con un gesto la habitación para poner en evidencia la naturaleza de su situación doméstica. La muchacha, pequeñísima, lo miró pacientemente a los ojos y, por un momento, él se sintió suspendido al borde de la confesión total. Ya ves, mientras estuvimos casados nunca satisface a mi mujer. Sus orgasmos

me aterrorizaban. Miranda había descubierto su regalo. Con un pequeño grito dejó la silla, acunó entre las manos la cabeza de su padre y, agachándose, lo besó en la oreja.

- Gracias -murmuró calurosa y sonoramente-, gracias, gracias.

Charmian se acercó un par de pasos hasta casi pararse entre las rodillas abiertas de Stephen. Miranda se sentó en el apoyabrazos del sillón. Oscurecía. Él sintió en el cuello el calor del cuerpo de Miranda, que se dejó resbalar un poco y apoyó la cabeza en su hombro. Charmian se movió. Miranda dijo, "Me alegro de que hayas venido" y encogió las rodillas para hacerse más pequeña. Stephen escuchó, desde lejos, cómo su mujer se movía de una habitación a otra. Levantó un brazo alrededor del hombro de su hija, evitando cuidadosamente tocar sus pechos, y la abrazó contra sí.

- ¿Vas a venir a quedarte conmigo cuando empiecen las vacaciones?

- Charmian también -dijo, infantil, aunque con un tono entre la pregunta y la condición.

- Charmian también -Stephen estuvo de acuerdo. -Si quiere. Charmian dejó caer la mirada y dijo tímidamente:

- Gracias.

Durante la semana siguiente Stephen hizo preparativos. Barrió el piso de su única habitación libre, limpió las ventanas y colgó cortinas nuevas. Alquiló una televisión. Por la mañana trabajaba con su habitual entumecimiento y anotaba sus logros en el libro. Finalmente se dispuso a ver qué recordaba del sueño. Los detalles parecían acumularse satisfactoriamente. Su esposa estaba en el café. Era para ella que él estaba comiendo café. Una muchacha joven tomó una taza y la acercó a la máquina. Pero ahora *él* era la máquina, ahora *él* llenaba la taza. Esta secuencia, puesta prolija, críticamente en su diario,

lo preocupó menos ahora. Tenía, según le parecía, un cierto potencial literario. Necesitaba tomar carne, y como no podía recordar nada más tendría que inventar el resto. Pensó en Charmian, en qué pequeña era, y examinó cuidadosamente las sillas ordenadas alrededor de la mesa del comedor. Era lo suficientemente pequeña como para usar una silla alta de bebé. Eligió cuidadosamente dos almohadones en una tienda. Desconfió y resistió el impulso de comprarle regalos a Miranda y Charmian. Pero seguía queriendo hacer cosas para ellas. ¿Qué podía hacer? Limpió la suciedad acumulada debajo de la piletta de la cocina, sacó moscas y arañas muertas de las lámparas del techo, hirvió repasadores malolientes; compró un cepillo para el baño y fregó la suciedad adherida al inodoro. Cosas que no notarían nunca. ¿Se había convertido en un viejo idiota? Habló por teléfono con su esposa.



Había querido levantarla alto como a un niño, pero era pesada, pesada como un adulto. Sus pies sólo se despegaron unos centímetros del suelo, eso fue todo lo que pudo lograr. Ella le golpeó las manos con el puño y gritó.

- Baja.

El golpe de la puerta le cortó la última sílaba. Stephen la soltó instantáneamente.

- Bájame -dijo suavemente. Estaban parados en el pasillo luminoso, los dos un poco agitados. Por primera vez vio la cara de Charmian claramente. La cabeza era pesada y en forma de bala, el labio inferior permanentemente enrollado hacia afuera y tenía un incipiente doble mentón. Tenía la nariz aplastada y, sobre la boca, la vellosa sombra gris de un bigote. El cuello era ancho y masculino. Los ojos eran grandes y serenos, separados, marrones como los de un perro. No era fea, no con esos ojos. Miranda estaba en la otra punta del pasillo. Llevaba

jeans prelavados y una remera amarilla. En el pelo, tenía trenzas atadas en la punta con un retazo de tela de jean. Se acercó y se paró al lado de su amiga.

- A Charmian no le gusta que la anden levantando por el aire -explicó. Stephen las empujó suavemente hacia el living.

- Lo siento -le dijo a Charmian y por un momento le puso una mano sobre el hombro. - No lo sabía.

- Sólo estaba bromeando cuando atendí la puerta -dijo ella, serena.

- Sí, claro -Stephen se apresuró a decir. -No pensé ninguna otra cosa.

Durante la cena, que Stephen había comprado ya hecha en un restaurante italiano vecino, las muchachas le hablaron de la escuela. Las dejó tomar un poco de vino y ellas se reían mucho y se sostenían cuando, medio mareadas, se tambaleaban. Se incitaban mutuamente a contar una historia sobre el director que les levantaba las polleras a las alumnas. Él recordó algunas anécdotas suyas de sus tiempos de estudiante, o quizás eran del tiempo de estudiante de otros, pero de todas formas las contó y se rieron con ganas. Se entusiasmaron mucho. Pidieron más vino. Les dijo que un vaso era suficiente.

Charmian y Miranda dijeron que querían lavar los platos. Stephen se tiró en un sillón con un brandy, acunado por el difuso murmullo de sus voces y el familiar desorden de los platos. Éste era el lugar en donde vivía, ésta era su casa. Miranda le trajo café. Lo apoyó sobre la mesa con el falso respeto de los mozos.

- ¿Café, señor? -le dijo.

Stephen le hizo un lugar en el sillón y ella se sentó al lado suyo, muy cerca. Miranda oscilaba entre mujer y niña con extrema facilidad. Subió las piernas como antes y se apretujó contra su padre, grande y peludo. Se había deshecho las trenzas y el pelo se le desparramó sobre el pecho de Stephen, dorado bajo la luz eléctrica.

- ¿Conseguiste novio en la escuela? -le preguntó.

Negó con la cabeza, que dejó apoyada en el hombro de su padre.

- ¡Ningún novio, eh! -insistió Stephen. De pronto se sentó derecha y se sacó el pelo de la cara.

- Hay montones de chicos -dijo enojada- montones, pero son tan estúpidos, son tan engreídos.

Nunca antes le había parecido tan asombrosa la similitud física entre su esposa y su hija. Ella lo miró. Lo incluyó entre los compañeros de escuela.

- Siempre están haciendo cosas.

- ¿Qué tipo de cosas?

Ella, impaciente, sacudió la cabeza.

- No sé, la forma en que se peinan y flexionan las rodillas.

- ¿Flexionan las rodillas?

- Sí, cuando creen que los estamos mirando. Se paran enfrente de nuestra ventana y se hacen los que se peinan, cuando lo que están haciendo es mirándonos a nosotras, presumiendo. Así.

Se levantó como un resorte y se puso en cuclillas en el medio de la habitación frente a un espejo imaginario, se inclinó como un cantante frente al micrófono, con la cabeza grotescamente echada a un lado, mientras se peinaba lenta y sofisticadamente; fue un poco para atrás, se miró de reojo en el espejo, primero un lado, después el otro, y volvió a peinarse. Era una imitación furiosa. Charmian también la estaba mirando desde la puerta con un café en cada mano.

- ¿Y tú, Charmian? -dijo Stephen, desinteresado- ¿tienes novio?

Charmian apoyó los cafés y dijo:

- Por supuesto que no -y después levantó la vista y sonrió mirando a los otros dos con la tolerancia de una mujer vieja y sabia.

Después les mostró su habitación.

- Sólo hay una cama -les dijo. - Me pareció que no les iba a molestar compartirla.

Era una cama enorme, dos metros veinte por dos metros veinte, una de las pocas cosas grandes que había traído de su matrimonio. Las sábanas eran de un rojo oscuro y muy viejas, de un tiempo en que todas las sábanas eran blancas. No le importaba dormir entre ellas ahora, habían sido un regalo de casamiento. Charmian se acostó en la cama. No ocupaba más espacio que una almohada. Stephen dijo hasta mañana. Miranda lo siguió hasta el pasillo, se paró en puntas de pie para darle un beso en la mejilla.

- Tú no eres engreído -le susurró y se le colgó del cuello. Stephen estaba quieto. - Me gustaría que vinieras a casa -le dijo ella. Lo besó en la cabeza.

- Esta es casa -le dijo él. - Ahora tienes dos casas. Se la descolgó y la condujo hacia la habitación. Le dio un apretón en la mano. - Hasta mañana -murmuró, la dejó allí y se fue rápido a su estudio. Se sentó, horrorizado por la erección, contento. Pasaron diez minutos. Pensó que debería estar preocupado, analítico, ésta era una cuestión seria. Pero tenía ganas de cantar, de tocar el piano, de irse a caminar. No hizo nada de eso. Se sentó en silencio, mirando hacia adelante, pensando en nada en particular, y esperó a que se disipara el escalofrío de excitación.

Cuando desapareció la erección se fue a la cama. Durmió mal. La idea de estar todavía despierto lo atormentó durante muchas horas. Se despertó completamente de sueños fragmentarios a una oscuridad total. En ese momento le pareció que por algún tiempo había estado escuchando un sonido. No

podía acordarse de cuál era el sonido, pero sí de que no le había gustado. Ahora había silencio, la oscuridad le murmuraba en los oídos. Quiso orinar, y por un momento le dio miedo dejar la cama. Lo asaltó, como otras veces, la certeza de su propia muerte, pero la de morir ahora, a las 3.15 de la madrugada, tendido y sereno con las sábanas hasta el cuello y queriendo orinar como cualquier animal mortal. Encendió la luz y fue al baño. Su pene se veía pequeño entre las manos, amarrado y arrugado por el frío, o quizás el miedo. Le dio lástima. Mientras orinaba, el chorro se separó en dos. Empujó un poco la piel hacia sí y los dos chorros convergieron. Se dio lástima. Salí al pasillo y, mientras cerraba la puerta del baño, volvió a escuchar aquel sonido, el que había escuchado cuando dormía. Un sonido tan olvidado, tan completamente familiar que sólo ahora, mientras avanzaba por el pasillo con mucho cuidado, supo que era el telón de fondo de otros sonidos, el marco de toda ansiedad. El sonido de su esposa en, o cerca del, orgasmo. Se detuvo unos cuantos metros antes del cuarto de las muchachas. Era un gemido sordo en medio de una tos chillona y perruna; subió de tono imperceptiblemente, después descendió al final, cayó pero no demasiado, todavía más alto que como había empezado. No se atrevió a acercarse más a la puerta. Se esforzó por escuchar. Llegó el final y escuchó el breve crujido de la cama y pasos en la habitación. Vio que la manija de la puerta se movía. Como un soñador, no hizo preguntas, olvidó su desnudez, no tenía expectativas.

A Miranda la luz la hirió en los ojos. Su pelo amarillo estaba suelto. El camisón de algodón blanco le llegaba a los tobillos y los pliegues escondían las curvas del cuerpo. Podía tener cualquier edad. Se rodeó el cuerpo con sus propios brazos. Su padre estaba parado enfrente suyo, muy quieto, muy macizo, con un pie delante del otro como en mitad de un semi-paso congelado, con sus brazos flácidos, sus pelos negros y desnudos, su personalidad arrugada, amarronada y desnuda. Podía ser una niña o una mujer, podía tener cualquier edad. Ella dio un pasito adelante.

- Papi -gimió- no me puedo dormir.

Lo tomó de la mano y él la llevó a la habitación. Charmian estaba acostada, enroscada en una punta de la cama, de espaldas a ellos. ¿Estaba despierta, era inocente? Stephen levantó la colcha y Miranda se metió entre las sábanas. Él la acomodó y se sentó al borde de la cama. Ella se arregló el pelo.

- A veces me da miedo cuando me despierto a media noche -le dijo.

- A mí también -dijo él y se inclinó y la besó ligeramente en los labios.

- Pero no hay de qué asustarse, ¿no?

- No -dijo él. - No hay nada de qué asustarse.

Ella se hundió más en la oscuridad de las sábanas rojo oscuro y lo miró.

- De todas formas cuéntame algo, cuéntame algo para que me duerma.

El miró a Charmian.

- Mañana puedes fijarte en el armario del pasillo. Hay una bolsa llena de regalos.

- ¿Para Charmian también?

- Sí -observó la cara de Miranda a la luz del pasillo. Empezaba a tener frío. - Los compré para tu cumpleaños -agregó. Pero ella se había dormido y casi sonreía, y en la palidez del cuello creyó ver desde una mañana luminosa de su infancia un campo de deslumbrante nieve blanca que él, un niño de ocho años, no se había animado a manchar con sus pasos.

Olor a ruda

POR RAMÓN D. TARRUELLA

PERIODISTA, ESTUDIANTE DE HISTORIA EN LA PLATA Y HABITUAL
COLABORADOR DE LA V., RAMÓN TARRUELLA (1973) TAMBIÉN
DEDICA SUS NOCHES A LA NARRATIVA. PRUEBAS A LA VISTA.

Mamá no era paraguaya como los papás de Alberto. Era correntina pero igual tenía la costumbre de tomar caña con ruda todos los primeros de agosto. La tomaba para pasar el invierno, según Mamá. Todos los paraguayos lo hacían. Yo una vez olí la botella de caña y no me gustó. Tampoco me gusta el olor que tiene la ruda. Por el barrio está lleno de plantas de ruda. Mamá dice que a ella le gusta más la caña sola pero la toma con ruda por la costumbre. "Tradición" es la palabra que usa. Alberto me contó que sus papás también toman caña con ruda los primeros de agosto. Aunque a él sí le gusta el olor a la ruda.

Alberto vive doblando la esquina, sin cruzar la calle, la tercera casa. En el patio de adelante tiene una piedra de color gris donde dice el nombre de la casa. "Ñand vot'i". Mamá me dijo que quería decir "Hogar tranquilo" en guaraní. Mamá no habla tanto guaraní como la familia de Alberto. En verano a veces se juntaban los sábados a la noche y de mi casa se los escuchaba cantar en guaraní hasta tarde, yo me dormía, me levantaba durante la noche y ellos todavía estaban ahí, siempre había alguien que tocaba la guitarra. Las fiestas de fin de año eran iguales. Nosotros pasamos algunas navidades con ellos. Año Nuevo nunca porque papá siempre quería ir a la casa de sus familiares en Moreno, no sé muy bien donde queda pero hay que tomar un colectivo, después un tren y después otro colectivo. Son aburridas las fiestas con la familia de papá. Igual que Papá.

A Alberto lo conocí primero en el barrio y después por el colegio. El tiene dos años más que yo pero va a mi mismo

curso porque repetió un grado y porque la mamá lo anotó un año tarde. El tendría que estar en cuarto. Yo no me siento con él porque la señorita no nos deja sentarnos entre varones, nos reparte como ella quiere. Yo me siento en el cuarto asiento de la segunda fila con una chica que se llama Anabella. Pero ella no es la chica que me gusta. En primer grado me gustaba una chica que se llamaba Patricia pero en segundo la cambiaron de escuela y no la vi más. Anabella vive en mi barrio. Alberto conoce la casa.

Alberto no me quiere decir qué chica del grado le gusta. Cuando repitió segundo me dijo que le gustaba una que se llamaba Andrea. Me la mostró una vez a la salida del colegio. Ahora la ve en los recreos pero no se dicen nada. Ni siquiera se saludan. Aunque Alberto me dijo que ya no le gusta. Una vez me enojé mucho con Alberto. Fue en verano, antes de que empezáramos juntos segundo grado. Me acuerdo que habíamos terminado de jugar a la pelota, nos habíamos quedado con los chicos a un costado de la canchita y no sé quién preguntó algo de mi hermana. Y fue Alberto que dijo que a él le gustaba mi hermana. Se llama Gabriela y tiene trece años, y ya va a primer año de la secundaria a un colegio que queda en el centro de Quilmes. En ese momento, cuando dijo eso adelante de todos los chicos, me dio bronca pero no le dije nada, sólo lo miré fijo pero él no me prestó atención. Me dio bronca y nada más. Ese día volvimos a casa y yo comí poco y me fui a dormir enseguida, no me quedé viendo televisión hasta tarde con mamá. Era sábado y mamá me dejaba quedarme hasta tarde viendo las series, total, al otro día no tenía escuela y me

podía levantar tarde, eso sí, un rato antes del mediodía para hacer los mandados, porque papá todos los domingos hacía asado. Y ese sábado cuando nos volvimos juntos yo no le dije nada porque veníamos con Julián, un amigo nuestro que vivía en la misma manzana, pero sabía que en algún momento se lo iba a decir porque no me gustó que se hiciera el canchero adelante de todos diciendo eso de mi hermana. Aunque él tenía dos años más y aunque me ganaba jugando a la pulseada, yo me animaba a pelearle.

Cuando me dormía enojado soñaba que me perdía en un bosque raro, grande y oscuro, soñaba que no podía encontrar el camino de regreso, caminaba y caminaba sin poder volver. Después me despertaba y me daba cuenta de que sólo era un sueño que tenía siempre que me acostaba enojado. No sé porqué. Y ese sábado, después de que Alberto dijo eso de mi hermana soñé con ese maldito bosque, otra vez que me perdía, que no sabía qué camino agarrar, caminaba y caminaba.

Empezamos segundo grado juntos y seguimos siendo amigos como siempre. El me pasaba a buscar a las doce y media para llegar justo antes de que cerraran la puerta de entrada de la escuela y así no nos ponían medio ausente.

Cerca de la canchita, a una cuadra de la quinta de los Pelayo, jugábamos a las escondidas. Las reglas eran siempre las mismas: sólo se podía esconder dentro de la cuadra, no valía dar vuelta a la manzana ni tampoco esconderse dentro de las casas. Así era mejor porque el que la contaba no tenía que buscar por todo el barrio para descubrir a alguno.

La quinta de los Pelayo tenía todo un cerco de libustrina. En la otra parte, doblando esa esquina, las plantas de ruda. Cuando pasaba por esa vereda se sentía muy fuerte el olor, se sentía más que los árboles de eucaliptos que había adentro de la quinta. Algunos se escondían en las plantas de ruda, aunque no estaba permitido porque no quedaba dentro de la cuadra donde podía esconderse. Y encima no podían mentir porque el olor se sentía.

Aunque mamá no me decía nada, a mí no me gustaba que el olor de la ruda se me quedara en la ropa. Era el olor que más odiaba, más que el olor a plástico quemado. Algunos chicos cada vez que hacíamos fogatas en algún campito tiraban al fuego envases de plástico y salía ese olor feo de cuando se derriten.

Pero igual odiaba más el olor a la ruda. Y eso por culpa de mi hermana, la tonta de Gabriela, que nunca me decía nada pero yo sabía lo que le pasaba. Estaba por cumplir los quince y seguramente le gustaba algún chico. Y encima iba a la secundaria que según lo que contaban había chicos más grandes que ella. Aunque nunca me decía nada. Todo me di cuenta por el olor de la ruda, porque estábamos jugando a las escondidas y Alberto no aparecía. La contaba Angel, un amigo más chico que nosotros, y todos habíamos sido descubiertos menos Alberto que no aparecía. Estábamos todos alrededor de la pared donde la había contado Angel, había pasado bastante tiempo y el otro que no aparecía. Todos pensábamos que se había ido a la casa, o enojado o porque no quería jugar más, aunque Alberto no era de hacer esas cosas. Hasta que nos cansamos y seguimos jugando nosotros sin Alberto y entonces la contó Julián, que se había escondido arriba de un

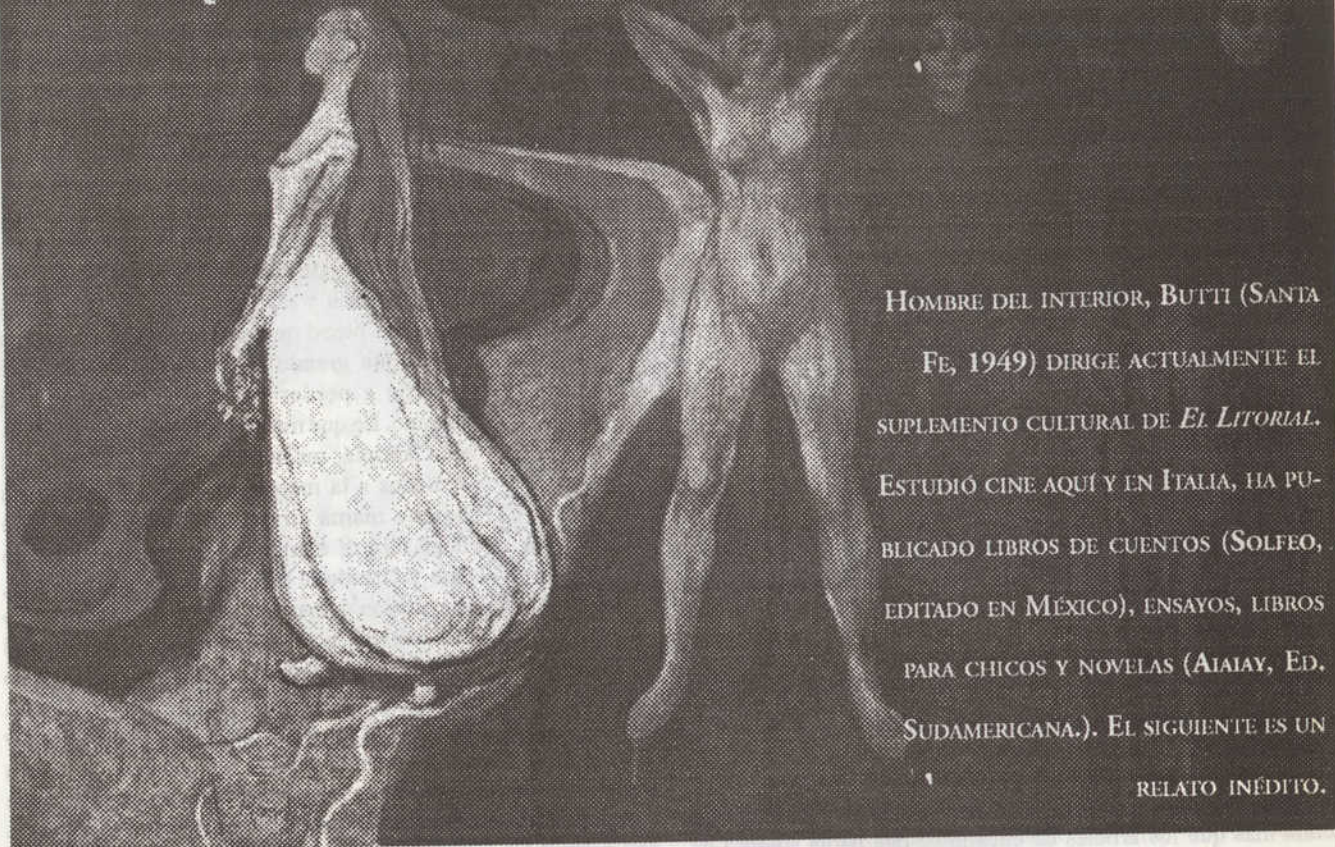
árbol y cuando Angel lo descubrió no pudo bajarse a tiempo para correr. Julián empezó a contar. Yo me escondí en el jardín de una casa muy linda que estaba casi en la esquina. Julián me descubrió pero fui el tercero y así que no la contaba. Justo cuando Julián buscaba al último que quedaba escondido apareció Alberto. Venía de la esquina de la quinta de los Pelayo y yo me di cuenta que se había escondido en las plantas de ruda por el olor. Vino de esa esquina corriendo y tocó piedra libre haciéndose el canchero, cuando Julián se iba para la otra esquina. Todos le preguntaron qué le había pasado, porque se había escondido tanto tiempo. El se hacía el gracioso y no decía nada. En ese momento podía decirle con seguridad dónde había estado escondido y hacerlo contar porque las plantas de ruda de la quinta de los Pelayo no estaban dentro de la cuadra. No dije nada y después me arrepentí porque en realidad se merecía contarla. Por canchero. Julián la tuvo que contar de vuelta porque Angel dijo "piedra libre para todos mis compañeros" y era el último. Alberto dejó de jugar y se fue a la casa. Yo jugué una vez más y también volví a casa. Y esa noche antes de ir a dormir pensé que otra vez iba a soñar con

el bosque grande y oscuro y que otra vez me iría a perder y que no encontraría el camino. Lo que me hizo enojar fue la estúpida de Gabriela, mi hermana. Estábamos todos sentados a la mesa para cenar y justo antes de que mamá sirviera milanesas con puré llegó ella. Y como siempre se sentó al lado mío y cuando le sentí el olor a ruda la odié, me dieron ganas de pegarle aunque no lo iba a hacer porque mamá se enojaría y el único que pegaba en casa era papá. Y como a veces hace papá, la miré de reojo, con la cabeza gacha de cara al plato de comida y

ella me miró como mira cuando papá la reta y sabe que le va a pegar. Papá no anda con vueltas porque cuando pega lo hace con ganas, mamá dice que a veces es así de violento porque está borracho pero para mí que no es así, él pega porque tiene razón y cuando me pega a mí yo no digo nada, me parece que está bien, me lo merezco, y esos días, cuando papá me pega en mi habitación, a la noche no sueño con el bosque oscuro y grande, me duermo bien porque me pegó y él tiene razón, y entonces me olvido del bosque y de que me pierdo y pienso en que tengo que portarme bien porque papá siempre tiene razón, igual que esa noche que Gabriela llegó con olor a ruda y papá se enteró de dónde venía y le pegó media hora seguida, yo la escuchaba llorar desde mi habitación que está al lado y me parecía bien que papá la retara de esa forma, y no le pegó más porque mamá lo paró, aunque por suerte papá no dijo nada y entonces mamá no se enteró de que fui yo quien le dijo a él qué era lo que estuvo haciendo Gabriela y porqué tenía ese olor a ruda, o sino mamá se enojaría mucho conmigo. Y para mí ella no tenía razón en defender a mi hermana, papá tenía que poner orden y bien dada estuvo la paliza y sé que a mamá le pareció exagerada porque Gabriela estuvo tres días sin salir a la calle de cómo le había quedado la cara, ella tenía vergüenza y mamá también. Papá no andaba con vueltas. Papá podía también darle una paliza al marmota de Alberto aunque yo sé que eso papá no lo haría porque a él nunca le gustó tener problemas con los vecinos. Y gracias a papá, esa noche, dormí sin soñar con el bosque y sin que me perdía y todo eso, y todo gracias a papá que supo poner las cosas en orden, porque papá está para eso.

Latente

POR ENRIQUE BUTTI



HOMBRE DEL INTERIOR, BUTTI (SANTA FE, 1949) DIRIGE ACTUALMENTE EL SUPLEMENTO CULTURAL DE *EL LITORAL*. ESTUDIÓ CINE AQUÍ Y EN ITALIA, HA PUBLICADO LIBROS DE CUENTOS (SOLFEO, EDITADO EN MÉXICO), ENSAYOS, LIBROS PARA CHICOS Y NOVELAS (AIAIAY, ED. SUDAMERICANA.). EL SIGUIENTE ES UN RELATO INÉDITO.

Esa noche, quizás porque faltó el Negro López que no dejaba a nadie hablar en serio, alguien se refirió a una tribu africana que hacía alardes de cambiar el pasado antes de que sucediera. Gatti saltó para pontificar que eso se llama previsión, y que sobre esa astucia se funda la actual preponderancia estadounidense y japonesa, a la que estamos pegados con inconsciente dependencia. Sacó a relucir a un tal Weber, y la charla se entretuvo en las diferencias entre los católicos y esos protestantes que no dudamos en admirar en coro con demoledor sentido crítico.

En la calle, Julio Mariani me convenció para que fuésemos caminando hasta nuestro barrio. Seguramente ya tenía en la cabeza sacarse un peso de encima contándose la vieja historia de su tía. Yo acepté porque su casa está antes que la mía y podía tener la suerte de atisbar, aunque fuese de refilón, a su señora, un milagro de la naturaleza. Lo confieso con asumida envidia: en medio de nuestra anodina sociedad de masas, Lidia es una verdadera reina.

La tía sobre quien empezó a hablar Julio vivía en San Julián, con su marido y una única hija joven, a quien de repente se le había desencadenado una fea enfermedad en la sangre. La chica tenía la misma edad que Julio, quince o dieciséis años en ese entonces. Los tres sanjulianos, desesperados, habían venido a la capital para consultar a los mejores médicos. Se instalaron durante una semana en casa de los Mariani. A la chica le prepararon una cama en la pieza de Julito.

-A mí no me daba ninguna gracia quedarme en medio de ese velorio, porque cada día llegaban de una nueva consulta con menos esperanza. Con la excusa de que tenía que ser muy considerado con la prima desahuciada, me obligaban a quedarme a su lado y tenerle la vela. Hasta me hicieron faltar al colegio una mañana que le había quedado libre. Ella se me colgaba del brazo y me preguntaba si tenía ganas de llevarla a la plaza. Pero lo peor sucedía durante la noche. Se levantaba, traía la cámara fotográfica del padre, cerraba la puerta de mi dormitorio para que no la oyeran los mayores y se ponía a hacerme escenas.

La historia recién empezaba y me frené de interrumpirlo para inquirir qué tipo de escenas le ofrecía la primita. Alimenté la ilusión de que el cuento se explayara en particulares picantes y creí oportuno no apresurarlo. Me decepcionó, en cambio, dándole un giro de ciento ochenta grados a su monólogo.

Pasó esa semana y los parientes regresaron a su pueblo. La chica desmejoró rápidamente y falleció. Al mes murió el padre, con el corazón destrozado por la pena. Julio estaba en época de exámenes y se libró de participar en los dos velorios lejanos.

Pasaron uno o dos años y empezó a llegar la noticia de que la tía de San Julián se había vuelto loca. No quería recibir a ninguno de los familiares que se sometían al sacrificio de ir a verla. La casona en la que vivía estaba rodeada por un amplio jardín, y los vecinos a quienes los parientes de la capital recurrieron por noticias tenían la desgracia de ser unos

provincianos tan o más cerrados que la tía alienada. Para no sentirse desairados, esos parientes habían justificado su viaje llevando unas flores a las tumbas de Betita y de su padre, y se habían encontrado con lápidas llenas de inscripciones sentenciosas:

"Vivirás mientras alguien te recuerde", "¡Betita vive!", "Nada nos separa", "No adiós, sino hasta luego", y rarezas similares. Hasta que en la capital los parientes se acordaron de que en los velorios la pobre mujer no hacía más que preguntar por Julio. Contaba, entre sollozo y sollozo, que Betita había muerto con el nombre de su primo en la boca, y que hasta el último momento sostuvo entre sus manos las fotos que se había traído del viaje a Buenos Aires. Se les ocurrió entonces que a Julio no le iba a cerrar la puerta en la cara. El muchacho podría investigar si el caso requería el auxilio de la policía, o de los bomberos, para no nombrar la vergüenza peor del manicomio.

Así que Julito partió en tren una noche, en su primer viaje independiente.

El trayecto hasta San Julián fue la única parte entretenida de la aventura, puntualizó. Era la época en que se imponía la novedad de las radios a transistores con audífonos, y Julio se pasó la primera mitad del viaje recorriendo los vagones, acompañado de locución y música. Cuando en Radio Mitre explotó "Mi Corazón Latió", por Los Cinco Latinos, una morochita recostada contra una ventanilla abrió los ojos y lo miró. Fueron a tomar café al vagón restaurante, y otra vez me dejó con la pica y saltó al momento en que el tren se detuvo en San Julián. En vez de contarme sus cosas íntimas, volvía a la historia de la vieja loca.

La casa lo impactó tanto que creyó haberse equivocado de dirección. En la capital ese chalet en medio de jardines estaría reservado a un millonario; en San Julián no significaba nada; formaba parte de un grupo de villas abandonadas a principios de siglo por los constructores del Ferrocarril Francés. Además, bastaba prestar un poco de atención para descubrir una fatal decrepitud por todas partes. Apenas si era correcto llamar jardín a esa selva de matorrales, en la cual Julito juró no meter un pie debido a su nada normal aversión a las víboras, que, entre paréntesis, lo sigue acosando en plena madurez, y que no pocas tomadas de pelo inspira al Negro López y a los muchachos del café.

La puerta cancel estaba cerrada con una gruesa cadena y un candado. Julito tocó un timbre que no debía funcionar. Golpeó las manos. Al final se animó y se puso a gritar:

-¡Tía! ¡Tía María!

Advirtió movimientos en las celosías de una ventana de la planta alta. Al rato apareció la mujer en la puerta de la villa, agitada, abotonándose el vestido. Se acercó, presurosa, y mientras forcejeaba con el candado, exclamaba: -¡Qué alegría! ¡Qué linda sorpresa! Era hora de que te acordaras de estos parientes que te quieren tanto.

"Tan loca no está si se comporta con tanta gentileza", fue la primera deducción de Julio, mientras se atoraba con el desayuno. "Si tiene pan fresco, manteca, leche, quiere decir que tan encerrada no está". La oyó moverse en la planta alta y bajar para anunciarle que le había preparado una cama en el cuarto de Betita. Dijo: -Ojalá que una de estas noches nos tomemos una foto todos juntos.

-¿Todos juntos?- preguntó Julito, atragantándose con un pedazo de pan.

-Sí. Nosotros dos, Betita y tu tío.

A Julio se le cortó el apetito. La solitaria señora empezaba a mostrar la hilacha. Sintió miedo, precisó. Por primera vez miró a su alrededor y vio las ventanas cerradas ("y cerradas

es decir poco: clausuradas, amuralladas"); la luz que entraba sólo por una minúscula banderola ("demasiado minúscula para escapar por ahí"); el polvo que cruzaba a través de ese único rayo de sol ("un sol ceniciento y denso como una llamarada, como una lanza que se clavaba incesantemente en un sillón de terciopelo despanzurrado"); los viejos cuadros ovales que colgaban de un largo triángulo de cordeles, como esos medallones que caían entre los senos de las matronas ("y adentro de los cuadros una sola mancha negra, como si fuesen agujeros, túneles")... Por primera vez se dio cuenta de que estaba encerrado con una loca, y recordó que los locos son peligrosos porque cuando atacan a ciegas los anima una fuerza sobrehumana.

En el baño no había agua caliente. "Los adelantos llegan con tardanza a los pueblos", pensó Julito. "De que se bañe con agua fría lo que se deduce no es que esté loca sino que es una espartana". La tía lo esperaba fuera de la puerta.

-Te quiero mostrar la casa. Recién caigo en que es la primera vez que estás de visita en nuestro hogar.

El le largó lo que había meditado durante sus pocas abluciones, decidiendo que una negativa de la tía podía ser más que reveladora acerca de su condición de prisionero:

-Antes me gustaría ir al cementerio. Los parientes de Buenos Aires me encargaron que llevara unas flores a las tumbas del tío y la Betita.

La tía se dio vuelta y agitó un brazo indicándole que la siguiera:

-Ya vas a tener tiempo de ir al cementerio, si tanto te preocupa. A la Betita y a tu tío Mario no es ahí donde los vas a encontrar.

La casa estaba dividida en dos zonas: la villa que él había visto desde la calle y un ala posterior en el fondo de la planta baja, a la que se llegaba atravesando una galería descubierta, invadida por el jardín. ("En un primer momento, cuando vi el cielo, me sentí libre. Después me di cuenta de que escapar por ahí suponía zambullirme en ese pozo hirviente de alimañas"). Alimañas las llamaba; bastaba que escuchase decir víbora para que se estremeciera.

Al final de la galería había una puerta, y detrás un cuarto grande, el escritorio del tío. Una puertita interior llevaba a la última pieza, el Cuarto Oscuro. Ese Cuarto Oscuro era un laboratorio fotográfico, pequeño pero muy bien puesto, con ampliadoras, cubetas, platos con manivelas y con un aparato grande como un pulmotor. ("amén de otros objetos que parecían instrumentos de tortura"). Las paredes estaban cubiertas por pesadas cortinas negras, que Julio llamó "crespones".

-Entramos en ese último cuartucho, que me hizo pensar en la última celda de un subterráneo, como ésas que aparecen en las películas de gladiadores. Para asombrarme con los detalles de avanzada del laboratorio, la tía cerró la puerta, corrió sobre ella otra cortina como ala de murciélago y encendió una débil lámpara amarilla. Me dijo: "Me acorraló". Consideré que lo mejor era defenderse, no mostrarse entregado, así que me le animé: "Tía... tía, usted tiene que aceptar la fatalidad. No puede vivir de recuerdos. El tío y Betita ya gozan de una existencia superior".

La mujer lo miró con una llamarada en los ojos ("un destello blanco en ese cuarto pintado de negro, donde la luz amarilla ocupaba el aire como una gelatina"). Julito tuvo la exacta impresión de que su tía estaba sometida a la voluntad de los muertos, de que era una esclava de los muertos.

Con la violencia de quien dictamina: Te doy una última oportunidad, la tía recogió las alas de murciélago, los crespones que caían delante de la puertita, y volvió al escritorio. De una caja sacó unos sobres y los agitó, triunfante:

-Los muertos no salen en las fotos, que yo sepa.

Habló, desbordada, en catarata:

-Para cada día tengo un sobre con la fecha correspondiente. Cuando tu tío usa el disparador automático para sacar las fotos, estamos los tres. Pero muchas veces prefiere atender el encuadre porque es un perfeccionista, y entonces en las fotos salimos Betita y yo solas. En cada sobre yo encuentro la foto que nos sacamos el día anterior y un papel con indicaciones. Por ejemplo, el de hoy me dice, ¿ves?: "A las 21 sentarse en el medio del sillón de la sala, con el vestido de terciopelo y el sombrero de paja"... Seguro que va a ser una foto risueña; imagináte, con vestido largo de terciopelo y con el sombrero de jardín, que está todo maltrecho. De manera que, aunque no lo diga en la nota, voy a posar riendo. El va a salir también, por eso me dice que me siente en el medio de los dos, en el sillón. Seguro que me quiere sorprender con ropas cómicas, los conozco...

Julio pensó, por supuesto, que la mujer le mostraba fotos de años atrás para demostrarle lo imposible: que su marido y la Betita estaban vivos. La vieja habrá sido loca pero no era nada estúpida y le adivinó la desconfianza:

-¿Te resulta difícil creerme?... ¿Ves? Esta es la foto que nos sacamos ayer. Yo me olvidé el tejido en el aparador; cuando vayamos a la sala verás que sigue ahí... Esta es de tres días atrás; yo tengo una venda en la cabeza porque esa tarde me había cortado con una rama, fijáte, acá en la frente, acá tengo la crosta... Vamos a hacer una cosa; esta noche colocás lo que quieras cerca del sillón de la sala, antes de las nueve, y mañana verás que sale en la foto.

Julito pensó que era mejor llevarle el apunte por un rato. Le preguntó:

-¿Y todos esos sobres en la caja son de los días siguientes? Y si abre uno que tiene la fecha de la próxima semana, ¿qué pasa?

La tía le largó una prédica:

-No. Tu tío me recomienda no ser curiosa. Supongo que no quiere que me entere de la fecha de mi muerte, que debe ser la del último sobre... Son tantos, de todos modos, que ya puedo adivinar que llegaré a ser más vieja que Matusalén... En una caja coloco a mano sólo las de este mes... -se acercó a un armario y con una llave abrió sus puertas. Los estantes rebosaban de sobres apilados ordenadamente. -El resto queda organizado aquí por día y por año; cada mes saco los sobres que corresponden y a los otros ni los toco. Después voy abriendo el de cada día. Estoy siempre tan ansiosa que apenas tocan las doce de la noche vengo corriendo... Capaz que en la carta de esta noche nos dicen que te prepares para fotografiarte con nosotros...

Salieron a la galería. La mujer anunció que tenía que hacer las compras. Julito saltó, ni lardo ni perezoso:

-La acompaño, tía, así conozco un poco de San Julián.

La loca movió la cabeza:

-No, no. No has venido hasta aquí por turismo, ¿no? Lo que vas a hacer es quedarte y familiarizarte con la casa. En una de esas te gusta y decidís quedarte a vivir, ¿por qué no?

Al rato Julito se encontró solo y encerrado en la fortaleza. "Es verdad, no vine a hacer turismo", pensó con firmeza. "Tengo que cumplir una misión y no voy a echarme atrás delante del primer obstáculo. Volvamos al lugar clave: el escritorio del tío".

Atravesó otra vez la galería, pegándose a las paredes para evitar los yuyos que reventaban las baldosas. En el cuarto del tío trató de abrir el armario donde estaban "las cartas futuras", pero la tía lo había cerrado y se había llevado la llave. Se dedicó a revisar cajones, y en un escritorio encontró un cuaderno que resaltaba entre los papeles sueltos y desordenados, con incomprensibles dibujos técnicos de lentes y mecanismos fotográficos.

Recordaba todavía hoy las anotaciones singulares de ese cuaderno, y me las repitió como un lorito.

Bajo la fecha 24 de Febrero de 1949 estaba escrito: "Laplace sostuvo que si se conocieran en un determinado momento todas las fuerzas que actúan sobre la Naturaleza y la posición de todos los cuerpos, se podrían conocer todos los estados subsiguientes del universo. El futuro, como el pasado, serían presente.

"En su tratado de Física Atómica (a esta noción la escribirá mañana o pasado mañana), Heisenberg trata de demoler la teoría de Laplace apuntando que los instrumentos de observación inevitablemente modifican el objeto observado.

"Pero lo que me importa ahora no son los instrumentos o el objeto de observación, sino los resultados. Conocer todos los estados subsiguientes del universo, ¿solicitan o permiten una intervención sobre ellos, una constante mejora, hasta el último instante antes de que suceda lo previsto -revisado y corregido-?

"Evidentemente me muerdo la cola: veo más allá, pero no sé qué mover para conjurar esa visión y cambiarla. Si no logro recomponer los mecanismos de funcionamiento, no soy más que una pobre pitonisa de la Antigua Grecia, o que uno de esos epilépticos con arrebatos proféticos, de los que están llenos los loqueros.

"15 de Mayo de 1959. La euforia por haber conseguido una foto futura se apaga. Si los experimentos no sirven para transformar esas fotografías en sucesivos 'falsos', es decir, recomponerlas a piacere nostro, entonces, seguimos como antes. O peor, porque Nostradamus tiene el consuelo de la ambigüedad literaria, mientras estas fotos tienen una deprimente y pesada concreción.

"21 de Noviembre de 1959. Medito frente a estos rollos vírgenes que ya guardan en latencia las imágenes del futuro.

"He logrado sincronizar las lentes y los relojes para anticiparme en más de 30 días. El hallazgo no me parece grandioso ni definitivo. Después de todo, los tantos granos de cada fotograma, con su juego de probabilidades de blancos, grises o negros, no son infinitos. Tengo entendido que un poeta francés hizo consideraciones parecidas frente a las hojas en blanco. ¿Escritas con tinta de limón?

"6 de Diciembre de 1959. Hoy me animé a empezar con los experimentos al azar. En una foto futura (los relojes indican que se tomará dentro de 40 días) aparece Betita abrazando ese jarrón azul que tenemos en el comedor. No debe quedar otro igual en el mundo. Acabo de romperlo a pedazos y enterrarlo. Veremos.

"15 de Enero de 1960. Llegó el momento de sacar la foto donde está el jarrón azul que rompí. Betita se coloca frente a la cámara. Todo coincide, excepto la ausencia del jarrón. Me inclino sobre el trípode, trato de no pensar, miro el reloj incor-

porado al visor, a las 4 en punto gatillo. El disparador no funciona. Reviso todo, saco la cámara del trípode, voy al cuarto oscuro para destrabar los engranajes. Vuelvo a la sala. Al probar olvido poner el seguro y disparo la foto de la esquina del techo que me había intrigado cuando la revelé 40 días atrás. Busco el negativo. La foto del techo sigue a la de Betita y el jarrón. De manera que es como si a esa foto nadie la hubiese gatillado. Una foto fantasma. Tengo que pensar en esto y en sus posibles consecuencias.

"25 de Julio de 1960. Me tuve que controlar para no ir y agarrar a sopapos a Betita. Salí una foto en la que besa a un hombre en la cama. Una foto de dentro de diez meses. La cara del hombre está fuera de foco, pero está claro que no soy yo, que no se trata de un beso de buenas noches. Por supuesto, en la mano de la nena, bien visible, no hay alianza de matrimonio. Mocosa de porquería. Para exorcizar el suceso corrí a quemarle el camisón que ella usa en la foto y que tenía guardado, sin estrenar, en un ropero.

"10 de Abril de 1961. Me tranquiliza saber que aunque los médicos no dan a Betita más de tres meses de vida, yo tengo fotos de ellas sacadas hasta dentro de once meses. Me paso todo el día buscando fotos cada vez más futuras de nosotros tres para asegurarme su salvación. Ya ni miro los negativos. Me basta atisbar que en ellos Betita está viva.

Las últimas anotaciones no tenían fecha: "Lo veo y no lo puedo creer. En las fotos Betita está viva, el año que viene, y el próximo, y el próximo... Y sin embargo, ¿cómo puedo ocultarme la verdad de que ayer la enterramos?

"¿Podré sobrevivir a la duda, a los remordimientos?". "¿Tienen sentido esas acusaciones de mi conciencia, que me martirizan repitiéndome que mis intervenciones la mataron? "No. ¡Betita vive! Tengo que seguir metiéndome cada vez más, hasta que ella vuelva o yo muera.

"Si no me muero, me mato.

"Para animar a la pobre Mary, le ordenaré las fotos. Que a ella, por lo menos, le sirvan como consuelo".

Julito terminó de leer el cuaderno y se apresuró a regresar a la casa, recorriendo otra vez la galería en puntas de pie y pegado a la pared. "Ese hombre la enloquece", iba pensando. "La tiene pendiente de él, día a día, más que si estuviera vivo y la castigara con algún vicio espantoso".

La tía no había regresado. Julio aprovechó para examinar las ventanas enrejadas y la puerta principal, cerrada con llave. Era pesada, pero con los fierros de la chimenea y un poco de esfuerzo se la podría hacer saltar de sus goznes, consideró. Después subió las escaleras y recorrió la planta alta.

En el dormitorio matrimonial vio, tirado sobre una silla, el batón que la mujer se había cambiado para salir. Sin proponérselo, dijo, de puro atrevido, metió una mano en el bolsillo de ese vestido. Estaba sacando la llavecita del armario del escritorio cuando oyó un crujido a sus espaldas.

-Ah, estás acá...- lo sorprendió la tía.

Saltó con el corazón en la boca. Recién cuando se sentaron a almorzar descubrió que seguía apretando la llave en un puño. El resto del día transcurrió sin novedades. Julio durmió una larga y sobresaltada siesta. Se despertaba y se decía: "Mejor seguir apolijando que aburrirme con la loca", y a cada rato le abría los ojos la exacta sensación del dulce peso de unos labios rozando los suyos. Así es la adolescencia; en medio de tantos delirios fúnebres, para Julito lo que persistía con mayor fuerza era el recuerdo de la morochita del tren. Demás está decir que no se explayó en detalles. Cuando se levantó, ya había caído la tarde. La tía lo esperaba con mate y facturas. A las ocho ella empezó a agitarse; tenía que prepararse para la foto, dijo. Corrió a su dormitorio.

Julito dio vueltas por el comedor. Ya estaba empachado de pastelitos y de kinotos en almíbar. Se sobresaltó: "Ahora va a descubrir que falta la llave en el bolsillo de su batón". Unió esa preocupación a la otra idea que, de puro aburrido, le andaba

dando vueltas: la de dejar algún objeto cerca del sillón para ver si salía en la foto. Eligió un lugar destacado: el posabrazos del sillón, arriba del acolchado de terciopelo que saltaba de la madera. Dejó ahí la llave. "La loca bien puede habérsela olvidado en ese lugar. Si la encuentra, mejor".

A las nueve menos diez la tía ya estaba sentada en el medio del sillón, inmóvil, con su vestido largo y el sombrero de paja agujereado.

Tiraba atrás la cabeza, sin que se le moviera

un músculo, con una carcajada congelada.

Julito, sentado en el comedor, se empezó a poner nervioso. Lo que había visto ya era suficiente; resultaba inútil prolongar esa visita. Había planeado quedarse todo el fin de semana; cuando el reloj de pesas tocó las nueve campanadas sintió un escalofrío y decidió que al día siguiente tomaría el tren de regreso. A los curiosos parientes de la capital les diría la pura verdad: "Está loca pero es pacífica. El tío muerto es quien la pone ansiosa".

-Bueno, ya está -se levantó la tía. -Ahora podemos cenar tranquilos. Vas a ver que sale una foto de morirse de risa.

La comida fue muy larga y sombría, siguió contando Julio. -Yo no sabía qué decir, y para no hablar tragaba y tragaba un guiso viscoso. Apenas terminamos de cenar le dije a la tía que el aire del campo me había cansado y que prefería irme a dormir enseguida. Subí y me encerré en la pieza de Betita. Como podés imaginar, concilié un sueño muy liviano. Cuando no eran las campanadas del reloj, era el peso de los labios que se empecinaban en desvelarme. Cuando conté los doce martillazos, ya estaba decidido a ir al escritorio del tío para matar el tiempo. Recordé que la tía había dicho que a medianoche corría a abrir el sobre correspondiente; oí, en efecto, sus pasos que bajaban y al rato subían las escaleras. Esperé una buena media hora, me vestí y bajé. Tenía lista la excusa de que el guiso me había caído mal y necesitaba estirar un poco las piernas. Me acerqué al diván de la sala. La llave seguía en su lugar, en el posabrazos, y la recogí. Iba encendiendo y apagando las luces; cuando llegué a la oscu-



ridad de la galería estuve por volverme. A cada paso me parecía que aplastaba el lomo de algún bicho. Al final resultó más rápido escapar corriendo hacia el escritorio del fondo que regresar a la casa.

"Ninguna ventana se abría en dirección de la villa, de manera que cerré la puerta y encendí tranquilamente las luces.

"Lo primero que llamó mi atención fue el sobre con la fecha del día que acababa de comenzar, abierto sobre la mesa. En la foto estaba la tía, tal como la había visto posar esa noche. Tuve un chuchito que me nubló los ojos; la tía no estaba sola: de un lado tenía al tío, con un casco de bombero y la mano escondida en el pecho como Napoleón, y del otro lado Betita, con un vestido de dama antigua y peineterón, ocultando su boca detrás de un abanico desplegado. En el brazo del sillón, la manchita brillante de la llave.

"El mensaje que acompañaba a la foto decía: 'Que Julio duerma la siesta con el pecho desnudo'.

"Me indigné. ¿Qué querían, enloquecerme a mí, ahora? "Fui hacia el armario cerrado y lo abrí con la bendita llave. En el estante de arriba estaba la caja con los sobres del mes: sin dudar saqué el del día siguiente y lo abrí cuidadosamente. En la foto estaba yo durmiendo, en un plano cercano que dejaba ver mis hombros desnudos. Atrás sólo se veía un fondo neutro, la almohada quizás. A un costado, el perfil de Betita que bajaba a besarme en la boca. El mensaje que acompañaba a la foto decía: 'Que Julio y Mary se sienten en la sala a las nueve de la noche. Julio en la silla con el respaldar alto, a la izquierda del sillón, y Mary en el medio, como siempre'.

"Mojé con saliva el sobre y lo volví a pegar. Saqué el siguiente. Mientras estaba despegándolo, oí un chasquido que me heló la sangre: alguien había corrido las alas de murciélago en el cuartito de al lado.

"Tiré el sobre en la caja y pegué un salto, queriendo escapar del escritorio. No tuve tiempo. La puerquita del laboratorio empezó a abrirse.

"Pegué otro salto y me aplasté contra la pared. El tiempo se alarga en los sustos. La puerta se abría y se abría y no salía nadie. 'Es claro', pensé, 'Betita y el tío aparecen sólo en las fotos. El resto del tiempo son invisibles'.

"La tía dejó caer la toalla con la que se estaba secando los brazos: - ¿Qué hacés acá?

"- Nada, nada... No podía dormir...

"Vio el armario abierto.

"- ¿Qué estuviste haciendo? No habrás estado curioseando, mocoso de porquería...

"- No, no, estaba buscando algo para leer.

"Cerró con furia las puertas del armario y se guardó la llave. Recuperó su control:

"- Vamos para la casa. Acá no hay otros libros que de fotografía, no vas a encontrar nada que te interese.

"Esa noche decidí que me escaparía sin despedirme. Conociendo la orden que le habían dado los muertos, esta enferma no me dejaría ir antes de hacerme dormir esa siesta en la que me iba a besar la Betita, o antes de sacarme la foto en la sala con todos ellos. Tuve otro chuchito de miedo: a lo mejor esta loca me mataba, y quien aparecía en la foto no era yo dormido sino muerto".

Julito durmió mal y se levantó temprano al día siguiente. La tía ya estaba despierta, dando vueltas por la cocina. El muchacho puso cara de bobo y se ofreció para ir a comprar bizcochitos. Ella le negó la salida con excusas que ya no ocultaban su condición de carcelera. Le dijo: -Después te voy a dar una sorpresa. Te voy a mostrar la foto que nos sacamos anoche y voy a leerte el mensaje que nos dejaron. Ni te imaginás...

A las diez de la mañana salía el tren. Cuenta Julio que a las

nueve se empezó a preparar:

-Subí a la pieza. No quería llevar el bolso para no despertar las sospechas de la tía. Me puse una camisa arriba de la otra y escondí la radio debajo de la campera. Volví a bajar y con paso firme salí a la galería, atravesé el jardín, salté la verja y llegué a la calle.

"Corrí hasta la estación. Saqué el pasaje y me escondí junto a una casilla, temiendo que la tía hubiese salido a buscarme. A las diez y cinco apareció el tren y volvió a partir, salvándome.

"Apenas dejé atrás San Julián sentí la humillación de esa fuga cobarde. Para no tener que revivirla, al llegar esa noche a Buenos Aires no di demasiadas explicaciones. 'Está loca pero es una loca tranquila. Yo creo que lo mejor es dejarla sola y que viva en paz con sus recuerdos'. Eso es todo lo que dije, y apenas si tuvieron tiempo y ganas para pedirme precisiones.

"Esa misma noche vino la policía a casa para avisarnos que una desgracia había sucedido a nuestra parienta de San Julián. Una parte de su caserón se había incendiado esa mañana. Los bomberos de Santa Clara llegaron a las diez y media, saltaron la verja y entraron sin problemas en la villa, pero se encontraron con que la parte trasera ya había sido destruida por el fuego. La tía María había fallecido, atrapada en un cuarto del fondo. Mi padre viajó a San Julián de inmediato y reconoció el cadáver de su hermana por las sortijas que bailaban entre los huesos de una mano.

"Todo esto sucedió hace catorce años. Al principio, de vez en cuando, creía despertarme con la impresión de que alguien había posado sus labios en los míos. Desde que me casé esos besos se fueron haciendo más y más frecuentes. Ahora no tengo descanso. No me deja dormir, quizás porque ha encontrado la forma de agotarme y dejarme sin fuerzas para festejar a mi esposa...

Recién cuando Julio pareció dar por terminada la historia, apresurándola porque nos acercábamos al barrio, entendí que no la había contado para entretenerme. El pobre tenía los nervios pelados y necesitaba una descarga a tierra.

-Si solicitás mi opinión -le dije, haciendo gala de una extrema generosidad- te la manifiesto sin vueltas: todas eran artimañas de la tía loca. Ya cuando me contaste lo de las inscripciones que había hecho grabar en las lápidas, paré la oreja. Esas frases daban a entender que la mujer creía en la común noción de que los muertos viven mientras alguien los recuerda. El hobby que le dejó en herencia el marido le hizo imaginar una forma de consuelo y (perdoná que lo diga con crudeza) un plan para atraparlos justo a vos en el recuerdo de su hija muerta. La primita parece que te quería mucho; tu tía tenía que conseguir que vos te obsesionaras con esa Betita, sin poder sacártela de la cabeza...

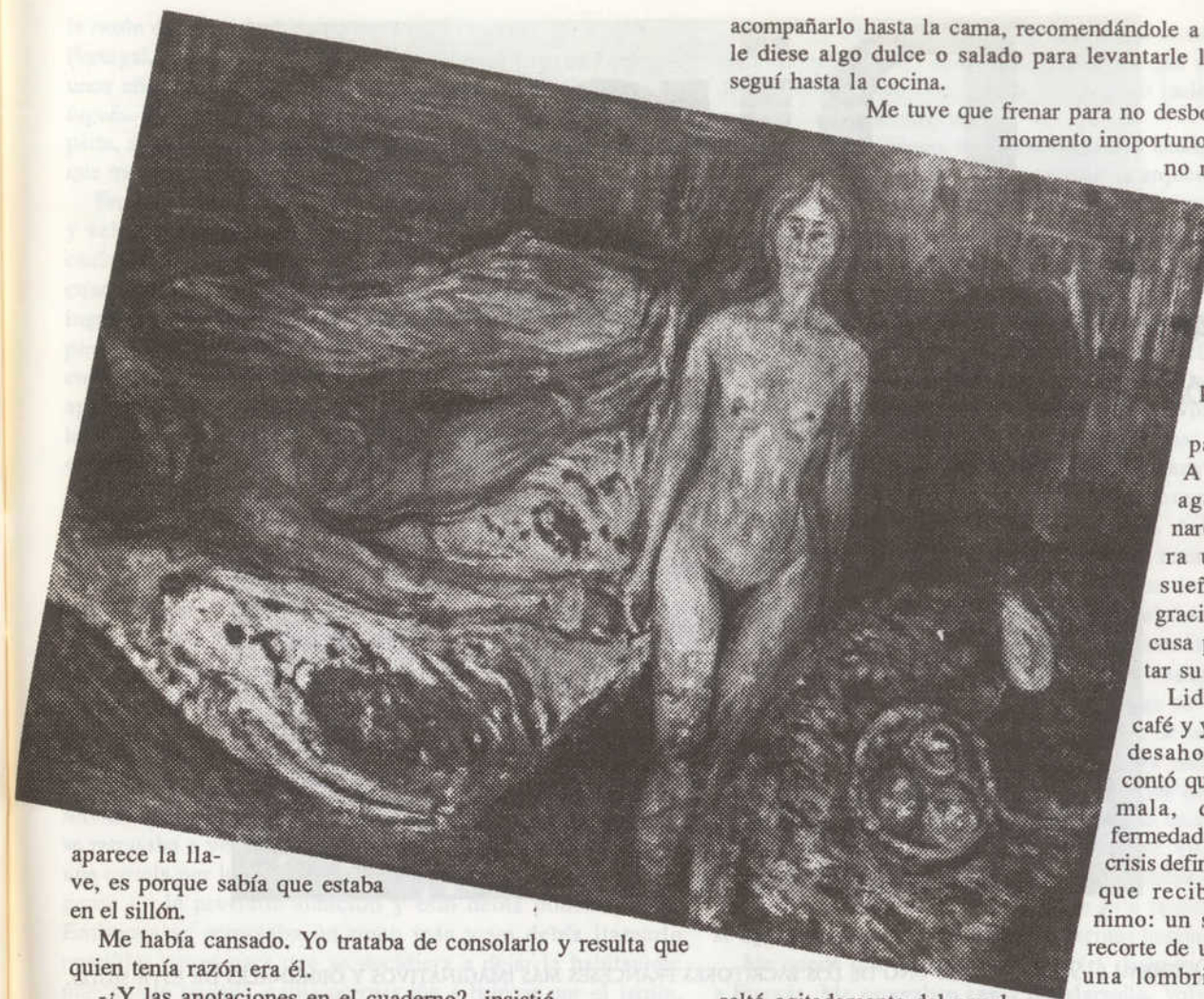
-¿Y las fotos?- preguntó Julio, mirándome mientras caminábamos, pendiente de mis labios.

-Todas trucadas, ésa es mi firme consideración. La mujer tenía un lindo laboratorio y una buena biblioteca especializada. Fijáte, si no, en esta prueba: esa llave que vos conservaste en tu poder y que sin embargo no le impidió a la tía sacar del armario el sobre con la foto de ese día, simplemente porque no la sacó de ningún lado. No, ella la reveló, la trucó esa misma noche, y después la dejó arriba de la mesa para que vos la encontraras...

-Pero...- tartamudeó, tropezándose porque ni miraba adonde ponía los pies -ella puede haber visto la llave, en el sillón...

-Vos la encontraste ahí a la noche, cuando bajaste de tu cuarto, ¿no? Si la vio y la usó para sacar el sobre, ¿para qué la volvió a llevar y dejar en el mismo lugar? Un poco de lógica, Julio...

Se sublevó: -Si ella trucó la foto, como decís, y en la foto



aparece la llave, es porque sabía que estaba en el sillón.

Me había cansado. Yo trataba de consolarlo y resulta que quien tenía razón era él.

-¿Y las anotaciones en el cuaderno?- insistió.

-Las habrá escrito ella misma, para engatusarte. También pueden ser las fantasías de tu tío, ¿qué sé yo? Se ve que la tía era familiar..., o te ponés bajo las órdenes del razocinio, o tenés que aceptar que el tío fotografiaba el futuro, lo cual no me parece para nada conveniente. O peor todavía, si preferís creer lo que la tía quería inculcarte: que los muertos se venían todos los días a echar pinta, posando para después aparecer vivitos y coleando en las fotos.

Caminó una cuadra en silencio y largó el juicio final:

-No, no tiene explicación...

Estuve a punto de traicionarme y decirle que a mí no me engañaba, que yo bien sabía lo que me estaba ocultando. Si lo que buscaba era sincerarse, bueno, que se sincerara realmente... Me mordí la lengua. Jorobáte, pensé, y me quedé callado, no sólo por orgullo sino también por piedad. Si yo le descubría lo que él no me quería contar, seguro que se iba a poner peor. Y ya se encontraba bastante mal; estaba blanco como un papel y temblaba como un viejito. Le seguí la corriente, le di un consejo que nunca está de más: que hay que dejar que los muertos entierren a sus muertos. Pero ya llegábamos a casa. Le agarré el brazo:

-¡Julio, por Dios, estás blanco como un cadáver! Tenés los labios morados. Te acompaño; apuesto cualquier cosa que estás manifestando claros síntomas de una lipotimia.

No era para tanto, pero yo no iba a perder la oportunidad. Sin soltarlo toqué el timbre hasta que salió la señora Lidia.

-Julio está un poco descompuesto -avisé, y me metí de prepo en la casa.

-No es nada, no es nada, estoy bien -repetía él. Insistí en

acompañarlo hasta la cama, recomendándole a la señora que le diese algo dulce o salado para levantarle la presión. La seguí hasta la cocina.

Me tuve que frenar para no desbocarme en ese momento inoportuno y decirle que

no me engañaba, que yo sabía que bajo esos delantales de Cenicienta se ocultaba una grandeza principesca.

Todo esto pasó en junio. A principios de agosto internaron a Julio para una cura de sueño. La desgracia me dio excusa para frecuentar su casa.

Lidia me servía café y yo le permitía desahogarse. Me contó que la gente es mala, que la enfermedad de Julio hizo crisis definitiva el día en que recibió un anónimo: un sobre con el recorte de unos labios y una lombriz viva que

saltó agitadamente del papel.

La pobre conocía a medias la historia de los sanjulianos, exactamente lo que Julio me había contado a mí. Yo no quise remover las aguas dándole mi modesta visión de las cosas.

Julio no se animaba a confesar el peor remordimiento: el de haber causado el incendio y la muerte de su tía. Ni siquiera mientras me lo contaba me tragué que aquel día se había escapado de la villa atravesando el jardín. Le conozco demasiado la fobia a los invertebrados y los reptiles como para creerlo capaz de tal hazaña. Prendió fuego al escritorio para alejar a la tía del ala principal de la casa y poder abrir y salir por la puerta de entrada, esa puerta que después los bomberos encontraron abierta. La tía habrá querido salvar sus fotos de entre las llamas y quedó atrapada, mientras Julito corría a la estación. El pobre hombre ya tiene bastante que lidiar (lidiar, hermoso término para tan feo sentido) con los labios de su prima como para aumentarle la pena recordándole esa especie de asesinato.

Pasó agosto, y pasaron setiembre, octubre y diciembre, y la cura de sueño se fue repitiendo y prolongando, tanto que con Lidia nos fuimos acostumbrando a la idea de su ausencia. Como dice ella, la vieja debía estar contenta ahora que lo tenía a Julio encerrado, durmiendo todo el día, a disposición de su Betita.

Mantuve secretas mis deducciones. Más simple y piadoso es dejar todo como está y que la pobre Lidia siga sufriendo con la idea de que su marido le es infiel con una muerta. Comparado con ese espanto, sentirse reconfortada por un amigo sincero y devoto, por un ser humano de carne y hueso, le resultará a la larga la cosa más natural del mundo.

Dino

POR RAYMOND QUENEAU

TRADUCCIÓN: SERGIO S. OLGUÍN



RAYMOND QUENEAU (1903-1976) ES UNO DE LOS ESCRITORES FRANCESES MÁS IMAGINATIVOS Y ORIGINALES DE ESTE SIGLO.

POSEÍA UN CONOCIMIENTO ENCICLOPÉDICO QUE LO LLEVÓ A DOMINAR LAS ARTES Y LAS CIENCIAS, ESTUVO CON LOS

SURREALISTAS PERO SIEMPRE SE SINTIÓ PARTE DE LA PATAFÍSICA. ENTRE SU OBRA SE DESTACAN SUS EJERCICIOS DE ESTILO

(1949), DONDE REPITE UNA Y OTRA VEZ LA MISMA ANÉCDOTA VALIÉNDOSE DE LAS POSIBILIDADES CASI ILIMITADAS DE LA

LENGUA HABLADA, ZAZIE EN EL METRO (1959), MI AMIGO PIERROT (1942) Y PEQUEÑA COSMOGONÍA PORTÁTIL (1950).

EL SIGUIENTE RELATO FUE TOMADO DEL LIBRO CONTES ET PROPOS.

El color de ese perro no me ha dejado ningún recuerdo claro; su raza, tampoco. Jamás pude precisar si se trataba de un basset pelirrojo o un briard negro, un caniche blanco o un perro lobo. Simplemente, se llamaba Dino. En la ruta, él iba a buscar las piedras que le lanzaba y venía a traérmelas a mis pies. Esto ocurría en las rutas de Portugal; en general, había dos o tres molinos de viento en la línea del horizonte; a veces, Dino se sacudía en la galería, cerca de las viñas; o bien, caminábamos por el borde de los acantilados, pegados a un pequeño sendero donde sólo nos cruzábamos con aduaneros. Allí abajo, rompían las olas atlánticas, sin barcos ni bañeros, debido a las corrientes. En la mesa, Dino se ponía en dos patas para recibir un azúcar o un trozo de carne. Los otros habitués del hotel nos miraban, o mejor: me miraban, ya que Dino no existía. Por otra parte, ellos no manifestaban más que una atención cortés que traicionaba un escepticismo civilizado que se permitía dudar del valor de la percepción

antes que tener que abordar el arduo problema de la singularidad del espíritu.

Incluso en los tiempos en los que andaba con gente que no era en absoluto común, yo no tuve nunca el gusto por la excentricidad y ahora, después de haber pasado diez años, me pregunto aún qué razones me llevaron a adoptar a ese animal silencioso y dócil, que agregaba a todos los caracteres de la especie canina el destacable talento de la invisibilidad. Me acuerdo muy bien que cuando partí del Havre, yo no contaba con él todavía y estoy seguro que en el barco no estaba aún pegado a mis pies. En Vigo no se encontraba ahí cuando nos raspamos el trasero con los bloques de piedra del muelle. Tampoco lo veo en Porto. Por otra parte, tampoco yo me veo en Porto sino al regreso, dos meses más tarde. Es cierto que en Lisboa, en el hotel donde paré, no habrían aceptado un perro parecido. Y finalmente, ¿para qué iba yo a Lisboa? Resolviendo el problema de mis movimientos, ¿podría avanzar sobre

la razón del pichicho? Yo no tenía razón especial de dirigirme a Portugal. Una, lejana, nacía de un documental visto en *Parisiana* unos años antes y que mostraba las bellezas del barroco portugués. Las otras es muy probable que no existieran. Por otra parte, siempre pensé que era por amor a la arquitectura por lo que me fui a Portugal; y además, necesitaba irme a algún lado.

En Lisboa, ninguna necesidad de un perro. Los autos, bellos y veloces, rápidamente lo hubieran aplastado. Toda clase de curiosidades desanimaban el empleo de un compañero cuadrúpedo. Las noches calientes y ruidosas habrían sido ingratas y pesadas para el pobre animal; jamás se hubiera permitido embarrarse en el suntuoso empedrado de las plazas públicas. Dino no apareció —estoy seguro— hasta que, cansado de los placeres de la capital, alquilé una habitación en un pueblito cerca del mar. Era un hotel tipo pensión de familia. Había allí un oficial de marina portugués, la hija del dueño, portuguesa, y otra gente, portuguesa también pero de las que no tengo ningún atisbo de recuerdo; y además, estaba Dino.

Pensándolo bien, este animal no debía ser de talla muy alta; me parece que se echaba bajo mi silla y es de ahí que debía hacerlo salir para que se pusiera en dos patas. Se ponía en dos patas admirablemente, sin jamás hacerse rogar y al obtener su trozo de carne o su azúcar, volvía serenamente debajo de mi lugar. Cuando me iba de la mesa, él se retrasaba a veces en el comedor, al acecho de algún mimo, una caricia por lo menos; pero no sacaba ninguna ganancia: la gente no le prestaba atención y esto debía ponerlo triste. Entonces se retrasaba un poco más y yo debía llamarlo repetidas veces para que se decidiera a dejar la habitación; marchando pegado a mis piernas iba a brincar por el jardín, entre las flores, a título de consuelo. Era un compañero encantador, lleno de buena voluntad. Nunca enojoso; sacrificado también probablemente; no mostró jamás los colmillos ya que en el curso de nuestras excursiones no tuvimos ningún encuentro peligroso; jamás tampoco se mostraba fatigado y eso que nuestros paseos eran a veces bien largos; incluso una vez, debimos volver en auto, tanto nos habíamos alejado de nuestro punto de partida. ¿Ese día me había perdido? En todo caso fue esa vez que nos cruzamos con más gente, primero con un caballero vestido de negro y muy melancólico, luego con un campesino, sombrío y chiflado, que nos indicó el camino correcto. Es este día que me confundo. En el crepúsculo, las alas de los molinos de viento giraban sin otra razón que animar el paisaje. Oscurecía cuando llegamos al hotel. Dino se había mantenido tan tranquilo que me preguntaba incluso si él no había corrido detrás del auto, prefiriendo dejarme disfrutar de la soledad del encanto de este medio de transporte y de las bellezas del día que moría. No me asombré de esta delicadeza debido a su destacable inteligencia. Y, si bien el sacrificio de su parte fue ciertamente desinteresado, esa noche tuvo derecho a dos azúcares.

Era en dirección a Cintra que yo iba siempre preferentemente. Los dos, mi perro y yo, teníamos debilidad por esa ruta en la colina donde no nos cruzábamos ni con peatones ni autos, a través de una soledad de bosques y de castillos abandonados. Había un convento encajonado en un valle profundo. Sin duda, ninguna carroza atravesaba las altas rejas nunca abiertas por los lacayos con pelucas. A veces, Dino y yo

sentíamos pasar una de esas carrozas cerca nuestro, nebulosa como el vapor de un aliento de invierno, y que se difuminaba detrás nuestro, como borrada de este mundo incierto por nuestro capricho y nuestro temor.

Después llegábamos a Cintra, a los tres castillos escalonados. Ahí yo gustaba de los placeres de la arqueología y Dino olisqueaba los últimos trazos del insolente aroma de lord Byron. Mientras me retrasaba delante de los cordeles entrelazados alrededor de las ventanas, abandonados por los navegantes entonces desposeídos, mi perro estudiaba los helechos gigantes, únicos en Europa. Finalmente, los dos nos dirigíamos

“Me parece que se echaba bajo mi silla y es de ahí que debía hacerlo salir para que se pusiera en dos patas. Se ponía en dos patas admirablemente, sin jamás hacerse rogar y al obtener su trozo de carne o su azúcar, volvía serenamente debajo de mi lugar.”

a una confitería de aspecto inglés donde las pastas eran excelentes. Volvíamos bordeando el mar gracias a un pequeño tranvía que marchaba ruidosamente durante una horita. A la noche, las olas que rompían en los acantilados de este extremo occidental hacían renacer durante unos instantes a los marinos señoriales y los sabios que se aventuraban a lo largo de las costas africanas y ya más bien muertos, muertos como los lores

ingleses venidos a cultivar, a la sombra de una arquitectura barroca, las últimas flores de su excentricidad. Yo, de día, cualquier día, leía *La Eneida* y pintaba aguafuertes donde inmovilizaba en su oscilación la piel de un gato fantasmal y donde se fijaban, atrapadas y moribundas, formas humanas indecisas.

Me quedé dos meses en ese pueblo, después debí retornar a Francia. Me esperaban cerca de Marsella. Volví a Lisboa y visité una a una las compañías de navegación. No había ninguna línea regular que uniera estos dos puertos. Terminé descubriendo un paquebote vacío que de regreso de América hacía escala en Palermo y en Nápoles. Tomé un camarote. Debíamos embarcar el viernes. En el tiempo que me quedaba, quería visitar Porto y Coimbra. Dino, también él, visitó estas dos ciudades. La víspera de mi partida, los dos vagabundeamos por Coimbra y, habiendo descubierto la campiña, no regresamos hasta el crepúsculo. Un bello Mercedes relucía delante del hotel. La compañía de navegación había telefonado durante nuestra ausencia: el paquebote partía un día antes de lo previsto. Regresamos arrebatados por un entusiasmo desinteresado. No obstante, llegamos demasiado tarde. El paquebote, que remontaba el Tajo, ya había desaparecido sin esperarnos. Me quedé ahí, al borde del muelle, dubitativo. ¿Qué debía hacer? Era necesario entonces volver por tren, cruzar toda España. Me esperaban cerca de Marsella. Una posibilidad maravillosa acababa de perderse. Detrás de mí, sentía al chofer del auto compadecerse de mi inquietud. Oí entonces algo que caía con un ¡plaf! y luego un chapoteo. El ruido se alejó poco a poco, y en cada luz reflejada se veía el agua quebrada por el paso de una nube invisible. Después no se oyó más nada: allá abajo, el área de la luz se quebraba todavía, inexplicablemente; luego todavía más lejos, allá bajo; y más lejos aún. Y eso fue todo.

Dino había partido, me había dejado con mis sueños, abandonándome el infiel a la estricta realidad de una plaza reservada en un gran tren europeo.

**¿Cuánto vale
la Silencio**

Presenta:

Esposa 2.0, Enter

POR ANÓNIMO

Este texto de autor anónimo apareció publicado en *El País Cultural* de Montevideo y fue postulado por Santiago Pazos para reemplazar su sección durante sus habituales vacaciones en Honolulu. Vanos fueron los esfuerzos por identificar al responsable de este relato que se esconde vaya a saber por qué oscura razón. Aunque queda claro que el autor entiende de programas de computación y de relaciones humanas. Quien quiera ver en el texto una triste paradoja al más o menos flamante estado conyugal de Pazos queda en libertad de acción para hacerlo.

El año pasado un amigo analista de sistemas cambió la aplicación NOVIA 6.0 por la muy publicitada ESPOSA 1.0 y encontró que la instalación dejaba mucho que desear. En primer lugar ESPOSA 1.0 no sólo deja muy escasos recursos del sistema para otras aplicaciones, sino que se ha dado cuenta que ESPOSA 1.0 es también una prolífica procesadora de NIÑOS 1.X los cuales, en forma adicional, son grandes consumidores de valiosos recursos.

No había mención de este particular fenómeno ni en la documentación aportada por el fabricante del producto, ni en la garantía del mismo, aunque otros colegas le habían informado que esto sería de esperar, debido a la naturaleza de la aplicación. Pero las sorpresas no acabaron ahí. ESPOSA 1.0 se autoconfigura de tal forma que modifica el AUTOEXEC.BAT y se lanza en la inicialización del sistema, quedando activo en el RAM. Puede monitorear, así, todo el resto de los procesos.

Mi amigo se ha encontrado que ahora algunas aplicaciones como NOCHEDEPOKER 10.3, FIESTADECERVEZA 2.5 y NOCHEDEJODA 7.0 ya no se pueden ejecutar más porque ESPOSA 1.0 bloquea el sistema cuando son seleccionados. Es evidente la interferencia de este nuevo software; antes todo funcionaba a la perfección. En su instalación, además, ESPOSA 1.0 añade automáticamente servicios indexados como SUEGRA 55.8 y CUÑADA versión demo. Los efectos más notables de estos servicios son una degradación, diaria y progresiva, de los rendimientos del sistema.

Este amigo, que no escarmienta, está considerando muy seriamente cambiar la versión de la aplicación por la muy publicitada ESPOSA 2.0. Pero hay algunas características que él querría ver añadidas en la nueva versión, como que con ALT F3 se obtenga el proceso "olvidáte de mí", y que con F7 se pueda minimizar. Que traiga una opción "uninstall" que permita desinstalar en cualquier momento sin la pérdida del caché y otros recursos valiosos del sistema. Una opción que permita correr el controlador de red de modo "promiscuo", que permita al sistema probar en versión shareware diversas aplicaciones de la competencia, y así tener mejor conocimiento del mercado.

Yo, por mi parte, he decidido evitar todos los dolores de cabeza asociados con ESPOSA 1.0 continuando con NOVIA 2.0. Así, incluso, he encontrado numerosos problemas. Apparentemente no podés instalar NOVIA 2.0 sobre NOVIA 1.0; primero tenés que desinstalar la versión anterior. Además, pare-

ce que las versiones de NOVIA tienen conflictos para compartir el uso de la puerta I/O (entrada/salida). En el servicio de soporte técnico me han comentado que se trata de un *bug* conocido, y que están buscando la manera de rodear el problema; en apariencia se encuentra implementado en el KERNEL (corazón) de la aplicación, y no consideran aconsejable modificar éste.

Para empeorar las cosas, el "uninstall" de NOVIA 1.0 no funciona muy bien, dejando trazas indeseables de la aplicación en el sistema. Otro problema: todas las versiones de NOVIA lanzan en forma continua mensajes molestos, diciendo que determinada función no se puede ejecutar con este programa, pero que sería muy fácil si se cambia a ESPOSA 1.0. Consultado de nuevo, el servicio de soporte me sugiere ignorar los mensajes advirtiendo de las ventajas de cambiar a ESPOSA 1.0; cuando les explico que para esa solución no me hace falta llamarlos, vuelven sobre la explicación anterior (problema del *bug* en el KERNEL).

Otros problemas encontrados en el ESPOSA 1.0 le han hecho a mi amigo redactar los siguientes avisos de incompatibilidad:

- Si tratás de instalar AMANTE 1.1, antes de desinstalar ESPOSA 1.0, ésta borrará automáticamente los ejecutables de MS-MONEY, y a continuación procederá a ejecutar una auto-desinstalación, mudando todos los archivos al directorio SUEGRA 55.8, donde no podrán ser accedidos. Como consecuencia de esto AMANTE 1.1 rehusará instalarse, alegando insuficientes recursos del sistema.

- Para evitar el anterior efecto indeseable, intentá instalar AMANTE 1.1 en un entorno diferente, y nunca ejecutes una aplicación de transferencia de archivos, como el MANCHADE-ROUGE.BAK, o CARTADEAMOR.DOC.

- También evitá similares aplicaciones de alquiler; se sabe que pueden transmitir virus no detectados por el VSHIELD, y que pueden ser pasados en forma accidental a ESPOSA 1.0.

- Otra solución que en apariencia resulta es ejecutar AMANTE 1.1 vía proveedor de red, pero bajo un nombre anónimo; el problema es que ninguna de estas soluciones se puede ejecutar durante mucho tiempo porque o bien ESPOSA 1.0 detecta el nuevo programa y se desinstala, o AMANTE 1.1 comienza a enviar los mismos mensajes molestos de las aplicaciones NOVIA ya mencionadas, con el agravante que en este caso insiste en la desinstalación de ESPOSA 1.0, para cambiar a la nueva versión ESPOSA 2.0.

¡Preparate que se viene!



Sí, ya llega el Tercer Concurso de Narrativa V DE VIAN.

En el próximo número te vamos a dar las bases para participar. En realidad, no va a haber muchas diferencias con las bases de los concursos anteriores. Sólo que estamos tratando de negociar algunos premios superiores a los que veníamos dando. Por ahí, la espera vale la pena.

Andá corrigiendo los cuentos, avisá a tus amigos, que ya llega la posibilidad de ver tu nombre en las nunca demasiado bien ponderadas páginas de la V.

Citomegalovirus

Diario de la guerra contra el sida

de HERVÉ GUIBERT

Una temporada en el infierno del escritor francés más importante de las últimas dos décadas. Un testimonio único del autor de Al amigo que no me salvó la vida.

PRÓLOGO DE SERGIO S. OLGUÍN

Oferta por ser Nuestro Primer Libro: 9 pesos.
Suscriptores: 7 pesos.

Apojen el surgimiento de una editorial independiente comprando y regalando nuestros libros.



VIAN Ediciones

Disponible en las mejores librerías. Venta directa a domicilio llamando al 953-4476